

MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN - LA TRILOGÍA -



**EL HOGAR
MALDITO**



**EL CASO
ÁLAMO**



**LA MUERTE
NÓMADA**

LA SERIE REVELACIÓN DE
TERROR PARANORMAL
-TOP100 AMAZON ESPAÑA-

ANTONI SCALUGGIA



Mas allá de la razón
El caso Álamo

Antoni Scaluggia

MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN

EL CASO ÁLAMO

“No hay fortuna mayor en este mundo, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella...”

Los mitos de Cthulhu

H. P. Lovecraft

Sus ojos se abrieron súbitamente tras el repentino ruido. El sueño plácido se vio interrumpido para dar paso a un estado de alerta. Entre tanta oscuridad, la habitación que ahora atravesaba únicamente podía distinguirse unos muebles difuminados por la tenue luz de la luna reflejada en el mar que entraba por la ventana. El joven trataba de moverse sigilosamente pero la penumbra y el frío calado en su torso desnudo hacían difícil la tarea, algo extraño teniendo en cuenta que era una época calurosa. El ruido volvió a surgir, esta vez mucho más nítido que el que le despertó. Era un chirriar metálico, como el desenvaine de una espada o el afilar de un cuchillo. Tras coger su revólver de la cómoda salió al pasillo siempre con paso firme pero silencioso. El corredor estaba más opaco aún si cabe que la habitación. Avanzando más por instinto que por certeza, atravesó el estrecho corredor comprobando cuarto por cuarto, todos en calma. El crujido insistió una vez más, ahora desde la cocina junto a la puerta de entrada a la casa. Al llegar, revólver en ristre, asomó lo justo para vislumbrar lo máximo posible la habitación. A pesar de la poca visibilidad, todo parecía tal cual lo había dejado. Comprobó las cerraduras de la entrada y dio la luz, la cual le molestó sensiblemente los ojos acostumbrados a tales horas de la noche. Con su único ojo abierto registró de un barrido toda la cocina, cerciorándose de que todo estaba correcto. Lo único que no terminaba de entender es de dónde había venido aquel ruido. Mucho más relajado depositó el arma sobre la mesa junto al adorno floral, abrió la nevera y echó mano de una de las botellas de agua. Mientras bebía no pudo evitar percatarse de reojo de algo que no terminaba de reconocer. Al fijarse mejor pudo ver que encima del fregadero había un cuchillo oxidado que jamás había visto. Justo cuando iba a dejar la botella en su sitio, aquel cuchillo giró por sí solo sobre sí mismo. Un extraño escalofrío recorrió entonces su cuerpo paralizándolo totalmente. El corazón latía ahora con mucha más fuerza y aumentando a cada segundo. El cuchillo volvió a agitarse esta vez de modo más salvaje, como el animal que recorre su jaula desesperado en busca de una salida. Se arrastraba por el fregadero

provocando ese sonido férreo que le había despertado. Todas las convicciones y escepticismo de las que siempre hacía gala se evaporaron en un instante. Los latidos, cada vez más potentes, le hacían temblar casi a la par que aquel instrumento poseído. De pronto el objeto detuvo su agitada danza como si alguien lo hubiera sujetado con firmeza justo cuando la hoja apuntaba directamente al inmóvil y asustado joven que nada podía hacer salvo contemplar aquella escena surrealista. El cuchillo salió disparado hacia él clavándose justo en su vientre, sin dejar de girar, taladrando los órganos que encontraba a su paso y regando de sangre el suelo de mármol de la cocina. En un último esfuerzo por salvarse, el joven arrojó un grito desgarrador, un grito que de pronto se mezcló con otro zumbido eléctrico mientras caía de espaldas. El dolor cedió. Al abrir los ojos el ruido intermitente continuaba sonando justo desde su izquierda. Por acto reflejo echó sus manos al estómago para arrancar el cuchillo, pero no había nada. Ni sangre, ni cuchillo, nada. Se encontraba tirado en su cama, y aquel molesto ruido no era otro que el de su despertador, el cual apagó de un golpe llevándose por delante la lámpara y el móvil. La luz ya ingresaba por los resquicios de la persiana bañando casi todo el cuarto. Con aire sofocado y respiración acelerada se incorporó sobre la cama comprobando que todo había sido un mal sueño. “Tengo que dejar de ver pelis de miedo antes de acostarme”, pensó Fran para sí.

Durante todo el desayuno no pudo apartar la mirada del televisor oyendo las noticias y tratando de obviar la mala noche que había pasado. Una hora de ejercicio en su cuarto-gimnasio y una ducha templada bien le valieron recuperar la compostura y el ánimo por empezar el día más positivamente. Los miércoles no eran su día preferido precisamente, más bien los detestaba ya que, por lo general, sus cualidades mermaban y sus ambiciones estaban más orientadas al fin de semana que al trabajo, una muestra más de su gran inmadurez. Una camiseta y un vaquero ceñido eran ropa más que suficiente para los calurosos veranos de Málaga. Fran siempre contaba cinco antes de irse de casa, así nunca olvidaba nada. Llaves, móvil, cartera, tabaco y revólver, listo para salir.

Aquel extraño sueño seguía siendo una interferencia en el agradable recreo que solía disfrutar cada mañana con las vistas marítimas y turísticas que ofrecía el paseo del Rincón de la Victoria mientras se desplazaba a su oficina en Málaga. Ese cuchillo, y lo real que parecía todo, le provocaba una sensación de inquietud extraña que nunca había resultado de algo tan simple como una pesadilla. Deseoso de llegar cuanto antes a la oficina y ocuparse del papeleo de los últimos dos casos, aún pendientes de cierre, aceleró un poco más la velocidad de su Lexus descapotable, rozando casi lo ilegal. No sería la primera vez que le pusieran una multa por exceso de velocidad, ni la última que Rivas le quitase a modo de favor en honor a su amistad.

El aire golpeaba con fuerza su rostro y cabello secando el fijador que mantenía impertérrito el conservador peinado que ostentaba ya desde hace muchos años, una muestra más de lo tradicional de su personalidad y su extraño afán por lo constante y lo duradero. Fran se definía a sí mismo como “un animal de costumbres”, simple, franco, y sencillo, al menos fuera del trabajo, aunque en esto último discreparía su más que amiga Elisa, pues le conoce bien y sabe cuán complicado puede llegar a ser en ocasiones. Pero si Fran era un animal de costumbres, Elisa rozaba lo maniático.

Veinte minutos más tarde tras evitar en última instancia un atasco en la N-340^a, desviándose por la Avenida Sebastián Elcano y callejeando monótonamente por el mismo recorrido de siempre, llegó por fin a la oficina. El tráfico era extrañamente liviano hoy, quizá por la hora; un día más llegaba tarde, no así el resto de habitantes, lo cuales ya llevaban un buen rato en sus respectivos trabajos aligerando el tránsito de vehículos por la ciudad. Pero eso no le llamó la atención tanto como el extraño personaje que aguardaba en la entrada de la oficina en actitud expectante. Su porte elegante y vestimentas aparentemente caras, combinadas de forma extremadamente simple a base de tonalidades oscuras, le presuponían un estado importante en la jerarquía

socio-económica. Fran detuvo el vehículo en su “aparcamiento habitual” justo en frente del intercepto, con el cual no pudo evitar un cruce de miradas. Se tomó su tiempo para examinarlo; sus rasgos no parecían latinos, más bien arios o de Europa del Este. Una piel tersa, nívea, y unos ojos añiles cristalinos como la aguamarina le daban un aspecto enigmático a la vez que atractivo a pesar de su avanzada edad reflejada en el escaso cabello platino que contrastaba con el resto del opaco traje. Sin apartar la mirada, Fran apagó el motor y se apeó de su lujoso coche dirigiéndose al hombre.

- Buenos días – el acento rudo y la contundencia consonántica hacía presuponer que el individuo era alemán o austriaco – estoy buscando al Señor Velasco.

- ¿En qué puedo ayudarle? – preguntó precavido.

- ¿Es usted?

- Sí, soy yo – Fran vio innecesario aquello de evitar las presentaciones; fuera lo que fuese lo que quería, ya no valía de nada esconderse. Este temor no era infundado, no sería la primera vez que un marido receloso o algún objetivo de cliente le buscaba para devolverle el “favor” de investigarle. Gajes del oficio.

- ¿Podríamos hablar en privado? – el hombre resultaba más preocupado que preocupante, en su tono de voz destacaba sobremanera cierta penalidad. Esto alivió en gran parte a Fran.

- Claro, hablemos dentro, en mi oficina. Acompañeme por favor.

Levantó la persiana metálica de seguridad con su minúsculo mando anidado en el llavero, abrió la puerta y le invitó a pasar. La oficina presentaba el aspecto perdulario habitual en épocas de excesivo trabajo, aunque a decir verdad, para alguien tan desaliñado como él, cualquier cosa que no fuera estar en su piscina, la playa, o de fiesta, era excesivo trabajo.

- Siéntese, por favor – indicó amablemente a lo que el señor accedió de inmediato tras recoger su chaqueta en un gesto de clase antes de recostarse sobre la silla. En la mente de Fran ya se iban sucediendo las imágenes a modo de trailer sobre lo que el viejo iba a contarle, “Quiero que espíe a mi mujer...”, “Me han robado mis salchichas...” – Cuénteme – se encendió un cigarrillo mientras le ofrecía otro al cliente.

- Tiene usted buena fama, Señor Velasco – hizo caso omiso a la invitación – sobre todo por su discreción y su rapidez a la hora de resolver... casos.

- Trabajo lo justo para resolver los... casos – imitó el lapso y la expresión insidiosa del rostro del hombre a modo de réplica – De ahí mi rapidez.

- También me avisaron de su peculiar sentido del humor.

- ¿Y quién le ha dicho eso? Si no es mucho preguntar...

- Usted estuvo trabajando en la Agencia Thomas, en Marbella ¿Es correcto?

- Si, así es – no quiso entrar en detalles dado el nefasto final que allí aconteció y dio paso a su independencia.

- Me dijeron que es un profesional, a saber, a pesar de su aspecto y su actitud descarada – eso sí que fue un desconcierto para Fran. ¿Los chicos de la Agencia Thomas hablando bien de mi? Era como oír a los pitufos hablando bien de Gárgamel – Parece extrañado, ¿hay algún problema? – preguntó en un perfecto castellano.

- No, en absoluto – sonrió – No quiero hacerle perder más tiempo, señor...

- Ohlfan, Klaus Ohlfan. Está usted en lo cierto, no debemos perder el tiempo con banalidades – ahora se mostraba más serio – Soy propietario de varios negocios en la ciudad junto con mi socio, Rafael Álamo, ¿ha oído hablar de él? – “esto se pone interesante”, pensó Fran para sí.

- Me suena, sí – aunque su pretensión era disimular, sabía perfectamente de quién le estaba hablando, uno de los empresarios más prolíferos de Málaga.

Dueño de restaurantes, pubs, salas de fiesta y todo lo que se pudiera referir al ocio y la diversión de la ciudad. De hecho Fran y sus amigos eran clientes asiduos a muchos de ellos. Después de todo, a pesar de ser un caso más de disputa entre socios, quizá sirviera de aliciente el hecho de que los clientes fueran económicamente reconocidos. Aunque bien sabía él que estos asuntos eran armas de doble filo - ¿Qué problema tiene?

- Lo que le voy a contar – se inclinó hacia delante en actitud prepotente – requiere la máxima discreción y seriedad, ¿queda claro?

- Puede usted estar tranquilo señor Ohlfan, la seriedad es lo mío - ¿a qué vendrá tanta complicación?, se cuestionó Fran. No podía ser tan importante, aunque ya recelaba desde hace tiempo sobre cómo eran los millonarios de postín como él tras mucho tratar con ellos; les conocía bien y sabía que en sus asuntos eran de lo más excéntricos.

- Eso espero – volvió a recostarse en la silla – Hace unas semanas, Rafael desapareció de su casa y su familia me llamó por si sabía dónde se encontraba, por desgracia, me encontraba tan desconcertado como ellos – la perfecta dicción y el espléndido vocabulario del extranjero hacía más placentero atender la explicación – Me sugirieron que tal vez podría encontrarse en su casa de campo a las afueras de Málaga, pero por algún motivo no se atrevían a ir hasta allí, me comentaron que su actitud se había vuelto... violenta, en los últimos días. Así que fui en su búsqueda y efectivamente, allí le encontré, pero no como yo esperaba. Lo hallé... inconsciente, por decirlo así.

- ¿Inconsciente? – interrumpió involuntariamente. Fran oía el aire atento la definición de los hechos.

- Rafael se encuentra en el Hospital Carlos Haya en observación, en una sala especial. Le agradecería que se pasara por allí y comenzase su investigación empezando por su familia. Ellos podrán contarle más detalles sobre los hechos acontecidos.

- ¿Cuál es el estado del señor Álamo? – preguntó intrigado.

- Eso deberá explicárselo un médico, señor Velasco, no me veo capacitado

para hacerlo personalmente – aquella sentencia sonó tan extraña como parece.

- Bien, lamento mucho lo ocurrido, pero... ¿cuál es el mi objetivo en todo esto? – Fran seguía sin ver su finalidad en la trama – No soy médico, soy detective.

- No pretendo que cure a Rafael, señor Velasco. Pero quiero que investigue lo que sucedió antes de que mi socio entrase en... ese estado en que se encuentra – Ohlfan daba la impresión de no encontrar las palabras correctas para expresarse.

- Está bien. Eso es otra cosa. Me veo en la obligación de hacerle saber que poseo la titulación requerida y las licencias 1.741 y 767 que me permiten legalmente investigar las conductas de mis clientes y sus objetivos – una vez más debía repetir el discurso legal al cliente – así como hacer uso y tratamiento de la información confidencial investigada...

- Ahórreselo – interrumpió – sé cómo funcionan estos asuntos.

- Estupendo, empezaré lo antes posible, ahora si no le importa debemos firmar un contrato estándar de prestación de servicios, la APDPE es muy estricta en estos asuntos.

- La Asociación Profesional de Detectives Privados de España, comprendo. Pero me temo que no seré yo quién firme ningún contrato, eso corre a cuenta de la familia Álamo. Vaya al hospital y hable con ellos – se mostró tan contundente en su última afirmación que Fran no tuvo más remedio que asentir con un leve gesto de cabeza - De sus honorarios si me encargaré personalmente, pero nada más. Por favor, vaya cuanto antes al hospital.

- Desde luego – respondió finalmente. El germano se levantó de su silla y estrechó su mano con Fran a modo de acuerdo con la particular clase de caballero que había mostrado ser durante toda la reunión – Descuide, haré cuanto esté en mi mano, señor Ohlfan.

- Estoy seguro. Le dejaré mi tarjeta por si necesita ponerse en contacto conmigo – abrió ligeramente la solapa de su impecable chaqueta y sacó del bolsillo interior una pequeña cartulina con sus datos personales que en seguida

le entregó en mano – Gracias por todo.

- A usted.

El buen clima favorecía el tener que circular por la ciudad hasta llegar al Hospital. El Carlos Haya de Málaga era reconocido en toda Andalucía tanto por su reputación como por su carácter vanguardista en investigación e innovaciones, como pudo verse hace pocos años en las noticias con la inauguración de un centro de alta resolución de especialidades, orientado a la consecución de una mayor rapidez en cuanto a diagnóstico en problemas de salud en una sola visita, algo pionero en la sanidad pública andaluza y referente a día de hoy en cuanto a metodología de alta resolución. Si había un lugar idóneo para saber lo que le ocurría al señor Álamo, era ese.

Al llegar a la rotonda que daba acceso a su destino, Fran recordó lo imponente que resultaba a la vista aquel complejo hospitalario. Los cuatro hospitales, tres de ellos unidos en forma de hélice, y el centro de especialidades, conformaban un recreo para la vista y un reflejo del buen servicio que allí se ofrecía. De todos ellos, era obvio por descarte, que el señor Álamo debía estar ingresado en el centro especializado, ya que no sería lógico ingresarlo en el materno-infantil, el civil, o el ciudad jardín, este último destinado a hospitalización a domicilio y cuidados paliativos. El hospital general daba más la impresión de ser un hotel que otro tipo de edificio, pensaba Fran mientras volteaba la rotonda del complejo buscando aparcamiento, dado su impacto ornamental, así como por su prolongación estructural ovalada y cristalina que presentaba en la parte izquierda de la fachada, la cual se iluminaba en la noche con un color verdoso que daban un aspecto muy vivo y llamativo destacando del resto de la construcción.

El estacionar no fue un problema, pues las dimensiones eran lo bastante amplias como para albergar multitud de vehículos. Al subir las escaleras principales y entrar al recibidor, pudo comprobar que el interior hacía justicia al aspecto externo. La transparencia de las puertas automáticas, únicamente visibles gracias a los símbolos de la Junta de Andalucía, y el brillo del suelo,

el cual parecía incluso resbaladizo de tal pulcritud, daban una sensación de limpieza e higiene inmejorable. Había tanto movimiento de trabajadores y pacientes allí dentro que daba la sensación de que todo el edificio se agitaba a la par. Sin más remedio que el de ir esquivando a todo aquel que le cruzaba por delante a velocidad apresurada, se dirigió a recepción, donde hubo de esperar a que atendieran a dos personas que ya estaban antes que él.

- Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? - preguntó por fin la chica de recepción sacando a Fran del asombro y atrayendo su atención.

- Buenos días, estoy buscando al señor Álamo, me han dicho que está hospitalizado aquí.

- Un momento por favor – la muchacha comenzó a teclear rápidamente en su ordenador de sobremesa – Está en la cuarta planta, bloque B, habitación 343.

- Muchas gracias –...

- Disculpe, tiene que decirme su nombre – interrumpió al ver el amago de Fran de dirigirse hacia el ascensor. Este no tuvo inconveniente en detenerse y virar hacia recepción.

- Claro, Fran Velasco.

El ascensor ofrecía unas dimensiones excepcionalmente amplias y hacía factible el aforo para multitud de usuarios al mismo tiempo. Aun así, toda la capacidad estaba acaparada por unos y otros, creando gran incomodidad a todo el que allí se apilaba. Los servicios se encontraban francamente desbordados, o esa impresión daba, a pesar de tanta profesionalidad y tantos recursos modernos como los que disponía el Carlos Haya. A Fran le sobrevino entonces, a raíz de aquello, uno de tantos razonamientos de los que hacía su antiguo profesor de Historia y amigo, Alejandro León, mientras esperaba paciente la llegada a la cuarta planta: “No importa cuántos medios tengas ni lo bueno que seas, si no te organizas, siempre te desbordará el trabajo...”.

El característico timbre de los ascensores públicos anunciaba el fin del fugaz viaje alargado quizá por tanta incomodidad. Fue un verdadero alivio salir del cubículo atestado y respirar un aire menos viciado. Deambulando pasillo tras pasillo, con unos carteles verdes resultones como única guía sobre unas paredes de colores neutros, iba dejando tras de sí familias, pacientes, enfermeras, celadores y médicos entre escenas variopintas, algunas dramáticas y otras esperanzadoras, a las que trató de no hacer excesivo caso. Una mujer de mediana edad, junto a un muchacho y una muchacha, ambos jóvenes de edad similar según su apariencia, llamaron su atención. La expresión de la mujer no era como ninguna otra que hubiera visto durante el recorrido en busca de la habitación 343. No era tristeza, pero tampoco indiferencia, era una actitud extraña, como de incredulidad, y totalmente distinta a la de los dos adolescentes que estaban con ella. Estaba apoyada en el quicio de la puerta, y su atención estaba perdida en el suelo muy lejos de querer prestar cuidado a nada ni a nadie. Su aspecto era cansado, y se notaba reflejado en el rostro, con ojeras y marcas propias de la falta de sueño y desorden del reloj vital.

- ¿Señora Álamo? – preguntó Fran con cierto cuidado sacándola del profundo ensimismamiento. La mujer reaccionó con presteza levantando la mirada y prestando atención a quién la había nombrado – Soy Fran Velasco. El señor Ohlfan me ha pedido que viniera para ayudar a esclarecer... ciertos hechos referentes a su marido.

- ¿Quién? – la mujer cuestionó lo explicado con gran desconcierto.

- Klaus Ohlfan, el socio de su marido, esta mañana me ha pedido que me encargue de ciertos asuntos referentes al señor Álamo – el rostro de la mujer cambió levemente y ahora daba la impresión de darse cuenta de qué le estaba hablando.

- Ah, sí, Klaus – su expresividad era casi nula, carente en gran parte de sentimiento - ¿Y qué quiere?

- Entiendo que este no es el mejor momento pero debo hacerle algunas preguntas sobre el señor Álamo – en ese momento Fran se percató de que los chavales seguían la conversación con gran expectación - ¿Podríamos hablar en

privado? – preguntó bajando ligeramente el tono de voz.

- Hijos, id a la cafetería – ordenó la mujer sin dudar. Los jóvenes no rechistaron, se miraron entre ellos un instante y se marcharon sin decir nada.

- Gracias. No le robaré mucho tiempo. ¿Cuál es el estado de su marido?

- Eso será mejor que se lo pregunte al médico, yo no terminé de entender lo que me dijo, solo sé que tiene que estar en observación y que no responde a nada.

- ¿Qué quiere decir con que “no responde”?

- Pues eso, que no reacciona. Lo curioso es que no está en coma, ni ningún estado que le impida moverse o hablar, pero... no lo hace.

- Entiendo. ¿Cuánto hace que empezó a actuar de forma extraña?

- Pues hará un mes que comenzó a dejar de lado el trabajo, cada vez más; se quedaba en casa haciendo llamadas y encerrado en su estudio, leyendo o yo que sé.

- ¿Leyendo? ¿Qué clase de libros?

- Pues de todo tipo, era una de sus grandes aficiones.

- ¿Qué más aficiones tenía el señor Álamo?

- Pues... - la mujer tuvo que pensar la respuesta – en realidad tenía varias. La lectura, la música, las antigüedades, y también le gustaba mucho trastear por Internet.

- ¿Habían discutido antes de su cambio de actitud? – Fran recogía toda la conversación grabándola en su agenda electrónica.

- No, nos iba muy bien. Es un buen hombre, muy trabajador, y un buen padre. Y de un día para otro... - las lágrimas amenazaron levemente con salir de los ojos de la señora. Cogió aire profundamente y consiguió relajarse un poco – Cuando empeoró la situación Rafael se volvió incluso violento si no le

dejábamos en paz, intenté convencerle para que saliera del estudio y pasara más tiempo con nosotros pero ya no quería saber nada de nadie. Siempre que intentábamos entrar en su habitación lo encontrábamos leyendo con un montón de libros sobre la mesa y nos echaba de allí si lo interrumpíamos. Ni siquiera de noche dejaba de estudiar. Hace una semana, cuando nos levantamos, se había marchado llevándose consigo el coche un montón de esos libros. No lo entiendo – su mirada parecía un poco más perdida cuanto más avanzaba la explicación.

- ¿Qué estudios tiene su marido señora Álamo?

- María, prefiero ir acostumbrándome a que me llamen así – replicó resignada.

- No lo de aún por perdido seño... María. Esto acaba de empezar – la señora trató vagamente de sonreír en modo de agradecimiento a las esperanzadoras palabras de Fran.

- Mi marido no tenía estudios, pero no por falta de inteligencia. Es un hombre extremadamente culto e inteligente. Podría haber conseguido los títulos que hubiera querido, pero desde pequeño se vio obligado a aprender y continuar la vida de empresario que su padre le dejó como herencia.

- ¿Los negocios iban bien? ¿Algún tipo de problema? ¿Económico, anímico, depresión?

- Nada. Ya le he dicho que todo iba bien, al menos es lo que yo tenía entendido.

- Sin ánimo de ofender María, ¿cree usted que existiera la posibilidad de su marido intentara quitarse la vida?

- No, ninguna. Es demasiado fuerte para llegar a eso.

- Bien, le agradezco mucho su tiempo. Es todo por el momento, ahora debo hablar con el médico. Le importa indicarme su nombre o dónde puedo encontrarlo.

- Ahora tiene que venir para una revisión, si se espera un momento lo conocerá en seguida. Es un hombre alto, mayor, con el pelo canoso y gafas doradas un tanto antiguas, es el doctor Fuentes.

- Una vez más, gracias y ánimo – dijo francamente mientras le estrechaba la mano.

- Puede pasar por casa si lo necesita, nuestra asistenta lo atenderá, la avisaré; busque, haga o coja todo lo que necesite. Ahora si no le importa me iré con mis hijos a la cafetería. Llámeme si quiere algo más – le dio una tarjeta con los datos de su marido, dirección, teléfonos y e-mail, aunque era de suponer que dichos medios de contacto habían pasado ahora a ser propiedad de la señora.

- Así lo haré; la mantendré informada, hasta pronto.

- Suerte – fue su única palabra de despedida antes de marcharse como alma en pena, lenta y desgarradamente por el transitado pasillo.

Tras detener la grabación de su agenda y reflexionar un instante sobre lo comentado, no pudo refrenar el impulso de avistar parcialmente desde el marco de la puerta la cama donde yacía el señor Álamo conectado a multitud de cables y máquinas que mantenían su estado controlado.

Habían transcurrido pocos minutos cuando un señor con bata blanca, que se acogía perfectamente a la descripción dada por la señora Álamo, se aproximaba directamente hacía la posición de Fran.

- ¿Doctor Fuentes? – preguntó mientras le abordaba en su camino.

- Si, dígame – contestó el hombre con cierta amabilidad.

- Verá, soy un conocido de la familia Álamo, y quisiera saber cuál es el estado actual de Rafael.

- Por el momento sólo puedo decirle que está estable.

- Eso no es lo que me han comentado – el médico pareció sorprendido ante tal contrapartida.

- ¿Y qué le han dicho?

- Que su estado es algo... peculiar, por decirlo así. ¿Quizá usted pueda explicármelo con más detalle? – cuestionó mientras le enseñaba sus credenciales de detective con suma discreción.

- Entiendo, usted debe ser el hombre del que me habló el señor Ohlfan. En cierto modo le estaba esperando. Acompáñeme dentro – el doctor y Fran pasaron a la habitación y cerraron la puerta. El cuarto era amplio, pero habían dedicado todo el espacio al paciente ya que tantas máquinas, aparatos y cables así lo requerían. Al entrar, Fran no pudo reprimir el espanto al contemplar el rictus cadavérico y lánguido del empresario. Su semblante era la viva imagen del terror – Perdona, tal vez debí avisarle del estado del paciente antes de

entrar – excusó al ver el asombro del detective.

- No es nada, es que... lo imaginaba más... joven, y sano.

- Tiene usted toda la razón, señor...

- Velasco, pero llámeme Fran, por favor – el móvil comenzó a vibrar en su bolsillo pero no era el momento de interrumpir.

- Fran, ¿sabe usted la edad del paciente?

- A juzgar por su aspecto, y teniendo en cuenta su estado... yo diría que ronda los sesenta años, como poco.

- Cuarenta y ocho, recién cumplidos – Fran miró al doctor entre perplejo e incrédulo.

- Hay gente que se conserva mejor que otra, pero... esto me parece excesivo, ¿no cree? A no ser que sufra alguna enfermedad que le provoque esto.

- Eso no es lo más llamativo. Lo que le voy a mostrar sólo lo hago por dos motivos. Porque estamos absolutamente desorientados con el paciente, y porque sé que usted tiene el deber de mantener en confidencialidad cualquier dato que yo tenga a bien aportarle en privado.

- Así es – apuntó. El médico echó mano al bolsillo de su bata y sacó una serie de fotografías que le entregó sin vacilar – Observe estas fotos, fueron tomadas desde que el señor Álamo entró en el hospital, cada doce horas más concretamente – Fran fue pasando las imágenes, y su incredulidad fue convirtiéndose raudamente en un total desconcierto. Las cuatro fotografías mostraban la evolución del señor Álamo desde su internado, hace dos días. Su expresión descompuesta y pálida era una constante, pero su estado físico había sufrido una degradación brutalmente rápida. De la primera a la última podrían haber pasado unos veinte años a juzgar por el deterioro de la piel, mucho más reseca y podrida en cada instantánea, así como el cabello, cobrizo en principio, y grisáceo mustio al final.

- ¿Qué puede provocar esto en tan poco tiempo? – preguntó ávido de explicaciones – Creo que hay enfermedades que hacen envejecer prematuramente...

- Usted se refiere a la progeria, pero no puede ser. Para empezar, esa enfermedad se detectaría por un gen mutagénico autosómico dominante que haría inestable el núcleo de las células del organismo, que no es el caso según nuestras pruebas, y el rango de aceleración estaría entre cinco y diez veces más de lo normal. En el caso de Rafael no sabría establecer el porcentaje de envejecimiento, pero desde luego es mucho mayor; y a juzgar por su edad, y que ha ocurrido de la noche a la mañana, hay que descartar la progeria, ya que suele afectar desde el nacimiento y provocan la muerte a los quince o veinte años de media, y en gran parte por problemas cardiovasculares. En segundo lugar, los análisis que hemos podido realizar hasta el momento no revelan alteraciones de ningún tipo, en pocas palabras, este hombre está sano, aunque físicamente aparente todo lo contrario.

- Entonces... ¿no saben lo que le pasa? – Fran no podía entender que uno de los mejores hospitales de diagnóstico de Andalucía, y tal vez de España, no fueran capaces de descubrir el mal que les ocupaba ante tales signos de deterioro.

- El examen neurológico tampoco revela tumores ni alteraciones de ninguna clase en el cerebro, lo cual descarta todas las enfermedades que se barajaron en principio, como la catalepsia o la apraxia... y por supuesto la muerte cerebral, ya que las constantes vitales son normales. No responde a estímulos, aunque la actividad cerebral es constante. Podría decirse que su cerebro está... bloqueado, para que me entienda. Estamos haciendo todo cuanto está a nuestro alcance, pero este problema escapa a nuestra lógica, francamente.

- A la suya y la de cualquiera – añadió mientras contemplaba la espeluznante mirada de aquel exánime y rancio cuerpo postrado que no hace mucho fue un hombre saludable. No había palabras para responder a la exposición del doctor, nunca había estado tan desorientado, pero pronto recordó que su función no era curar, sino investigar, no sin dejar de sentir la combinación de pavor y tristeza que provocaba aquella patética visión. Avanzó un par de pasos y miró el rostro del exangüe escudriñando un atisbo de vida aparte de la insustancial respiración asistida por cables. Pero no había

mucho más que ver. Lo extraño es que sus ojos, forzadamente abiertos, mantenían un curioso resplandor. Al acercarse un poco más, vio que aquel fulgor no estaba aislado, y cuanto más se acercaba más podía apreciar cómo algo se movía entre la oscuridad opaca de las córneas. Ensimismado, Fran no lograba evitar sentirse atraído por la confinada silueta que cada vez se precisaba con más detalle.

- No hay mucho más que pueda decirle, sólo que, si sigue este camino, me temo que no podremos hacer nada salvo seguir su evolución – la interrupción del doctor sacó al joven detective de su absorto estado – Lo siento.

- Muchas gracias por su tiempo doctor – dijo aún algo aturdido – llámeme si hay algún cambio en su estado – Fran sacó una de sus tarjetas de contacto y se la entregó al médico.

- Así lo haré. Hasta pronto.

Fran salió del complejo hospitalario y se subió a su coche mientras se encendía un cigarro sin poder borrar de su mente la imagen dantesca del señor Álamo. Su expresión, su piel, sus ojos... entonces recordó que el móvil le vibró mientras estuvo hablando con el médico pero no le prestó atención en el momento. La llamada perdida pertenecía a Alejandro León, profesor de Historia de la Universidad de Málaga y conocido escritor por sus variopintos libros sobre órdenes, sectas y rituales antiguos. Toda una eminencia en su especialidad. Fran olvidó con tanto ajeteo que cada miércoles solían reunirse para tomar café y hablar distendidamente. Lo cierto es que mantenían una muy buena relación desde que el padre de Fran, que fue compañero de estudios de Alejandro, se lo presentara hará ya unos dos años. Intentó llamarlo pero no hubo respuesta, seguramente por encontrarse en horario lectivo. Aprovechó de paso para hacer una llamada perdida al móvil de Elisa, costumbre habitual entre ellos, con quien mantenía una relación que iba más allá de la simple amistad. Elisa era una técnica de rayos en la sección radiológica en el hospital materno-infantil de la avenida Manuel Agustín Heredia, cerca del puerto.

El siguiente destino llevó a Fran a la residencia habitual de los Álamo, lo cual implicaba volver sobre sus pasos en dirección Málaga Este. Al parecer,

el humilde hogar de sus clientes era uno de los mayores chalets de lujo de toda la provincia, y se encontraba en la conocida residencial Pinares de San Antón, en monte protegido, junto a un club de tenis. Cuando contempló aquella maravilla de arquitectura, lo cierto es que no le costó mucho encontrar la dirección, no pudo sino envidiar sanamente a los propietarios. La maravilla en cuestión ocuparía unos mil setecientos metros cuadrados a ojo de buen cubero, unos quinientos de ellos construidos. Disponía de siete habitaciones, al menos contando las ventanas que daban a la cara de entrada al recinto. Una vez dentro, amablemente recibido por la asistenta que ya había sido informada de su inminente visita, el deleite continuaba dentro en una especie de expedición guiada. Dos cuartos de baño en la primera planta y otro de grandes dimensiones en la segunda, un aseo, dos amplios salones decorados escépticamente con objetos, estatuillas, máscaras y alfombras exóticas. Una suntuosa y nacarada cocina con office, otra habitación tipo ático en la terraza exterior, un gargantuesco garaje, un trastero, una pomposa piscina, y dos porches alrededor de toda la casa con unos quinientos metros cuadrados de acicalado césped. El chalet está recubierto con una muralla de piedra maciza y tenía vistas a toda la bahía de Málaga.

- ¿Puedo ver el estudio del señor Álamo? – preguntó finalmente cansado de dar vueltas.

- Si, por supuesto, sígame – la asistenta tenía una educación exquisita y su acento hacía sospechar que no era española, rumana o búlgara quizá, a juzgar por sus rasgos. La señorita le guió por los pasillos y las escaleras interminables de la casa hasta llegar al ala oeste de la tercera planta dejando atrás exageradas y ostentosas decoraciones. El estudio, una vez observado, era quizás lo menos opulento de toda la casa. Los muebles y las paredes se conjugaban en tonalidades formales y sobrias, pardas y rojizas. Una vasta mesa de características tradicionales y clásicas poblada de papeles, documentos y pequeñas notas desordenadas, y varias estanterías plagadas de libros y carpetas eran básicamente el ornamento del habitáculo. Aún podía sentirse el ambiente de estudio reciente que había impregnado su dueño en las últimas semanas – Le dejaré solo, si el señor necesita algo solo tiene que avisarme – incidió, una vez más con modales inmejorables.

- Muchas gracias – Fran estaba deseando poder examinar los restos del estudio de Rafael Álamo, sentía verdadera curiosidad.

Paseando alrededor de las estanterías iba vislumbrando los diversos intereses culturales de su cliente. Aquellos libros no servirían de pista, abarcaban desde simples ensayos para dejar de fumar, hasta libros de alquimia, pasando por thrillers científicos del célebre Robin Cook, novelas de terror de King o Poe, e incluso autores y títulos relativamente desconocidos sobre todo tipo de temática. Un detalle curioso fue el orden perfecto en que se encontraban, ordenados por géneros, no por escritores ni alfabéticamente, no importaba quién los hubiera escrito. Eso dio una idea al detective sobre los libros que faltaban en la estantería. Uno sobre medicina, otro sobre mitología, y un tercero que podía variar entre terror y parapsicología.

La mesa ofrecía un aspecto bastante más caótico. Entre tanto legajo y anotación destacaba un hueco libre cuadriculado, que posiblemente perteneció al ordenador portátil que allí reposaba hasta que se lo llevaron, dejando un par de cables sueltos colgado de la esquina. Revisando las notas, la recopilación de incoherencias y nombres aleatorios que en ellas se aglomeraban despistaban más que otra cosa. Helena Blavatsky, Dion Fortune, Rudolf Steiner, Abdul Al Hazred, Dahna, John Dee o Aleister Crowley era algunos de los nombres que aparecían en las notas, totalmente inéditos para Fran. También recogió fragmentos, dibujados a mano alzada, con una extraña simbología donde figuras circulares y oblicuas se fusionaban con líneas y letras deformes en un croquis sin sentido aparente. Esto hacía temer al detective una gran pérdida de razón por parte del señor Álamo en las últimas semanas. Cuando no hubo más que revisar, previa recogida de tanto dato inconexo, avisó a la asistente del fin de la investigación en el estudio. Ya en el coche, repasando las anotaciones en su agenda electrónica, cayó en la cuenta de que había una pregunta que podría arrojar cierta luz a lo sucedido. Y nadie mejor para responderla que su amigo y vecino, por suerte o por desgracia, el psicólogo Ángel Práxedes.

Ángel trabajaba en el hospital psiquiátrico de San Francisco de Asís, en las edificaciones de la Avenida Hernán Núñez De Toledo, además de tener su consulta propia. A pesar de tanto trabajo siempre conseguía tiempo para salir de fiesta con Fran, al cual suele malmeter con sus arraigadas costumbres de mujeriego y reconocido bebedor. “Es uno de esos fantasmas presumidos que se lo pueden permitir”, como lo definiría el profesor León, “y su mayor don es la palabra”. Vivía junto a Fran, en otro chalet a pie de playa en el Rincón de la Victoria. Su estatura media y los kilos de más no le resultaban óbice para seducir a cualquier mujer que se le antojara, compensando esto con muy poco o ningún sentido de la vergüenza, y un excepcional conocimiento de la mente humana a pesar de su moza edad, que apenas llegaba al ecuador de los treinta. Su principal atracción era salir las noches de los fines de semana montado en su mercedes deportivo y alternar lo máximo posible con seres del sexo opuesto, o en su defecto, con el alcohol.

- Ángel, soy Fran – dijo cuando por fin respondieron a la llamada - ¿Te pillo en mal momento?

- Tú nunca, dime.

- ¿Puedo pasarme luego por tu consulta? – a pesar de estar justo en frente del hospital psiquiátrico San Francisco de Asís donde Ángel trabajaba, era consciente de que los miércoles se los dedicaba a su propia consulta, situada en el centro de Málaga - Tengo que preguntarte algo importante.

- ¿”Luego” cuándo es? – su voz se distorsionaba en el móvil por el viento que entraba en el coche.

- Ahora.

- De acuerdo, dame diez minutos y estaré allí.
- Gracias, hermano.
- Un beso guapetón, hasta ahora.

El trayecto de vuelta se hizo largo y la subida hasta la cuarta planta del edificio donde se encontraba la clínica de Ángel más aún, provocado en gran parte por las dudas y preguntas que revoloteaban en su cabeza. La puerta estaba abierta, para variar, así que nada más entrar y pisar la moqueta roja de la recepción, se encontró delante de su amigo psicólogo, el cual estaba revisando unas carpetas en la mesa donde habitualmente se encontraba su torpe pero atractiva secretaria.

- Te tengo dicho que contrates a secretarias que sepan hacer su trabajo, no porque estén buenas – interrumpió Fran irónicamente.

- Bueno, compenso el tener que revisar algunos papeles con revisarle el escote cada día... - Ángel respondió en el mismo tono sarcástico sin dejar de inspeccionar los documentos que tenía entre manos. Fran cerró la puerta tras de sí, se acercó despacio a la mesa y se sentó mientras se encendía un cigarro y le ofrecía otro a su amigo, el cual aceptó sin reparo desentendiéndose de tanto folio - ¿De qué querías hablarme?

- Pues... - no sabía a ciencia cierta cómo explicarle lo ocurrido - ¿Qué debería ver una persona para que su mente quedara totalmente bloqueada?

- ¿Siempre empiezas así una conversación? – lo cierto es que la pregunta planteada sorprendió ligeramente a Ángel, pues no se la esperaba.

- No, en serio, ¿eso es posible? Ver algo tan impactante que tu cerebro se quedara bloqueado... ¿me explico?

- Si, si... te entiendo – pasaron unos segundos de reflexión en blanco – Pues... sí, podría ser. Supongo que quieres que te responda como psicólogo

¿no? – Fran hizo un gesto de aprobación con la mano – Bien, para empezar, imagina una gran ciudad con millones de personas. Luego, dale a cada una diez mil trozos de cuerda, y pídele que entregue cada uno de los extremos de esas cuerdas a otros diez mil ciudadanos con los que tendrá alguna comunicación en su vida. Y así con todos los habitantes de la ciudad. Cuando tengas una imagen mental de cómo quedaría la ciudad, multiplícalo por mil, y tendrás una idea aproximada de cómo funciona la mente humana.

- ¿Los habitantes son neuronas no? – preguntó tratando de comprender el símil. Ángel sonrió ante el gran interés de su amigo.

- Así es – asintió con la cabeza – Ahora bien, en la ciudad hay muchos tipos de trabajos diferentes; muchos de los ciudadanos coinciden en cuanto al trabajo aunque no vivan cerca unos de otros. ¿Entiendes?

- Creo que sí – afirmó mientras razonaba – El cerebro tiene zonas concretas para determinados usos, pero también puede dedicar varias partes a una misma tarea, ¿no?

- ¡Muy bien! – dijo burlescamente – Eres un hacha. Ahora trata de pillar esto, ¿qué pasaría si el gobernador de la ciudad les obligara a trabajar sin descanso durante varios días, o incluso semanas?

- Supongo que se pondrían en “huelga”.

- Pero eso supondría una actividad en sí. ¿Y si no pudieran hacer “huelga” y siguieran trabajando?

- Pues supongo que se caerían inconscientes o enfermos cuando no le quedasen fuerzas.

- Exacto. Inconscientes. Verás, precisamente el otro día estuve leyendo un artículo de Antonio Lamarca. Al parecer este hombre es un experto en cuanto a bloqueos cerebrales transitorios. Él mismo afirma que ha sufrido más de doscientos ataques de este tipo...

- Joder...

- Sí, “joder”... y no habla bien de ellos precisamente.

- ¿En qué consisten?

- Bueno, básicamente explica cómo el cerebro tiene sus límites, y que si los alcanzas se desconecta automáticamente para evitar la saturación, tiempo durante el cual quedas indefenso ante todo, eres más un muerto en vida que otra cosa.

- ¿Saturación de qué?

- De información, de trabajo, de estudio... lo que sea. Es como una sobrecarga. O en tu caso, podría ser que los “habitantes de esa ciudad” se quedaran absortos por algo que ven en el cielo, algo que no han visto nunca... En fin, o me explicas por qué estamos teniendo esta conversación o no te voy a saber explicar lo que necesitas. Desde que te conozco nunca hemos hablado de mi trabajo de esta forma... ¿Qué te pasa?

- Vale. Supongo que no hace falta que te diga que todo lo que voy a decirte es confidencial.

- Espera, que voy a llamar a Canal Sur... no digas tonterías y suéltalo ya.

- Vale – Fran tomó aire y repasó mentalmente lo acontecido en el hospital – Esta mañana está siendo la más extraña en mucho tiempo.

- Trabajando en lo tuyo no me sorprende, todos tus casos son igual de aburridos. Ven a trabajar conmigo un día y verás qué...

- ¿Te importa?

- Perdona, sigue.

- Esta noche he dormido de puta pena – recordó la pesadilla por un instante – y cuando llego a la oficina hay un colega alemán esperándome en plan película de cine negro italiano para pedirme que investigue lo que le ha ocurrido a su socio, que está en el hospital en un estado que los médicos no saben diagnosticar.

- ¿No saben lo que tiene? Eso es difícil de creer – cuestionó Ángel.
- Pues eso no es nada, si hubieras visto a ese hombre... estaba... - rebuscó la palabra adecuada – pudriéndose.
- Lo dices como si fuera unas natillas caducadas. ¿Qué enfermedad tiene?
- Eso es lo curioso, míralo tú mismo – Fran sacó de su cartera las fotos de Rafael entregadas por el doctor – ahí le tienes, la primera es de cuando ingresó, hará dos días, y las fotos tienen una diferencia de doce horas cada una – Ángel escrutó detenidamente las fotos sin poder evitar fruncir el ceño ante tales instantáneas.
- Esto me recuerda al político ruso ese que envenenaron.
- Eso fue en Ucrania, Yuchenko o algo así... pero no tiene nada que ver. Este hombre está sano, o eso dice el médico, al menos por dentro, pero por fuera ya ves lo que le ocurre. Aún así, lo más raro es que no reacciona, es como si su cerebro estuviera parado, solo que sigue funcionando... no sé si me explico.
- Entiendo, entiendo. Pues sí que es extraño. Quizá no tenga nada que ver lo que le ocurre al cerebro con el deterioro de su cuerpo. ¿De verdad te han contratado para esto?
- No... bueno... solo tengo que investigar qué hizo este señor antes de que lo hospitalizaran. Nada más.
- ¿Y por qué te interesa tanto lo que le ocurre? Tú no eres médico.
- Curiosidad, supongo.
- La curiosidad mató al gato, colega – le devolvió las fotos – límitate a hacer tu trabajo; si te dejas influenciar por lo que le pasa a tus clientes acabarás mal.
- Tienes razón – Fran se levantó de la silla y apagó el cigarro en el cenicero de cristal.

- ¿Adónde vas?

- A hacer mi trabajo. Gracias por la explicación, hermano, te llamaré a la noche.

- Eh – llamó su atención justo antes de que saliera por la puerta – Si necesitas ayuda avísame – Fran no pudo evitar sonreír; después de todo, tras ese aspecto tan prepotente y narcisista se escondía un buen amigo. No se molestó en responder.

El tramo A-45 de la autovía de Málaga se mostraba inusualmente liviano en cuanto a tráfico para ser hora punta. Fran miró su reloj y sólo con ver que el marcador digital iba a dar las tres de la tarde, bastó para que su estómago aún sin alimentar comenzara a rugir. Poco tuvo que dirigirse al norte, ya que la primera salida estaba próxima y, según le dijeron, es la que debía coger para desviarse y acceder a la carretera que le llevaría a la casa de campo donde Rafael Álamo pasó sus últimos días antes de ser hospitalizado. El tramo fue placentero hasta que se alcanzó el desvío. El resto del camino era una fusión de vía interurbana y camino de cabras; los tumbos que daba el coche a baja velocidad entre tanto socavón y resalto como adornaba el trayecto daban fe de ello.

El desgaste de los amortiguadores se vio recompensado poco después cuando en la lejanía comenzaba a definirse una silueta piramidal con estructura de diseño y varios pisos de alto, immaculada fachada recorrida por coloridas enredaderas y buganvillas y una culminación en techado oblicuo compuesto de tejas planas de forma compleja dispuesta en acanaladuras y resaltes para su encaje y solape. El hueco frente al garaje del chalet se encontraba torpemente ocupado por el lujoso y amplio automóvil del señor Álamo cuyos bajos estaban visiblemente dañados y llenos de barro seco. El chalet recordaba en gran parte a las clásicas viviendas unifamiliares de urbanizaciones lujosas de Estados Unidos. Rodeado de césped, un camino de adoquines pétreos conducía a la casa que se erguía sobre un pavimento de baldosas cuadrículadas de tonos anaranjados y rosáceos oscuros. Desde fuera, el lado izquierdo destacaba por su ampliación a modo de terraza techada por maderos paralelos toldados, y la correspondiente entrada alternativa, seguramente a la cocina, supuso Fran. Un fuerte hedor a cloro provenía de la parte trasera de la casa. Bordeó el lateral de la morada por su lado zurdo pisando la crujiente hierba reseca por el calor y sorteando los casuales arbustos que decoraban el jardín. En la parte posterior se emplazaba la piscina

y algunas tumbonas a pocos metros de una tercera entrada y una mesa de picnic rectangular con varias sillas de plástico a cubierto bajo la segunda planta, que sobresalía de la fachada sustentada por dos pilares. Fran comprobó que la puerta estaba cerrada, así que decidió intentarlo por la principal tras rodear la casa, esta vez por el lado derecho. La puerta estaba abierta, lo cual supuso un alivio al no tener que romper ninguna ventana. Al abrirla pudo comprobar la extraña distribución de la residencia. Un amplio comedor con una gran mesa y muchas sillas era lo primero que encontrabas. Fran tardó en darse cuenta de que el interior estaba inauditamente lóbrego en relación al día soleado del exterior, casi no se veía. El interruptor de la luz que se situaba junto a la entrada no parecía funcionar y tras varios intentos se dio por vencido. La única dirección que la sala te permitía te llevaba a un desahogado salón, las escaleras de subida, un dormitorio, y a la entrada cerrada de lo que se suponía era la cocina. Todo parecía ordenado, intacto y deshabitado desde hacía tiempo. El investigador se acercó a la puerta de la cocina y echó mano al pomo dorado que cedió mansamente. La cocina se distribuía a ambos lados del eje central que la atravesaba. A un lado, fregadero, vitrocerámica, nevera, y demás muebles dispensarios. Al otro, una mesa empotrada en la pared con varias sillas, todo de diseño. Entre la tenue oscuridad Fran entrevió en el fregadero y la mesa diversos objetos de cocina desperdigados así como restos de algún granulado que apestaba al acercarse. La luz no funcionó al intentar encenderla. Con cuidado, avanzó hacia el mostrador y tomó una muestra del polvo en una de las bolsitas de plástico que solía llevar consigo. Al salir de la cocina, y con algo más de claridad, vio que aquel polvo tenía un color extraño, casi indefinible. Más detenidamente, tras acercarse a la puerta, contempló con cierta curiosidad cómo el color de aquella especie de ceniza variaba según incidía la luz sobre ella. Tras guardar la bolsita en el bolsillo trasero del vaquero y examinar ligeramente el impoluto salón, subió las escaleras en con gran tiento. En la primera planta se veía menos aún que en la primera, la penumbra era casi absoluta. El detective tuvo que echar mano de la luz de su móvil para poder ver a corta distancia. El tragaluz parecía estar tapado por algo que impedía la entrada de la luz natural. El pasillo perpendicular que se habría ante la escalera daba una distribución mucho más simétrica que en la planta baja. Dada la simetría era indiferente dirigirse hacia un lado u otro. Las dos puertas que tenía justo enfrente pertenecían a los cuartos de baño, ambos muy parecidos. Las puertas contiguas a los servicios daban a dos terrazas descubiertas que completaban las esquinas de la segunda planta. Al fijarse

mejor, Fran contempló con asombro una estrambótica pintada, en el suelo de ambas terrazas, con forma circular dentro de la cual se distribuían uniformemente una serie de triángulos y demás figuras geométricas, todas alrededor de un último círculo concéntrico rodeado por flechas en bucle y cuatro palabras en un idioma especialmente simbólico. Fran fotografió aquellas insólitas obras de arte hechas a mano, muy posiblemente por el señor Álamo, que le recordaron a la típica actividad sectaria. Quizá esa fuera la explicación a todo. Rafael Álamo se introdujo en el mundo de las sectas y sus bizarras costumbres y acabó volviéndose loco, como otros tantos. Las dos habitaciones restantes pertenecían a los dormitorios, uno de matrimonio, y otro dispuesto con dos camas, ambas bastante ordenadas. De pronto le vino al olfato un hedor familiar que procedía de la tercera y última planta. No tardó en relacionarlo con el polvo multicolor que encontró en la cocina. Ascendiendo móvil en ristre e iluminando lo máximo posible la ya total lobreguez, las frías escaleras le llevaron a un espacioso ático casi diáfano. Los pocos muebles, mesa y estanterías, habían sido movidos y retirados hacia las paredes, único lugar donde sus siluetas podían distinguirse. Las ventanas habían sido toscamente tapiadas salvo una a la que parecían haberle hecho un nimio agujero justo en el centro por donde entraba un finísimo hilo de luz que incidía en un lateral del cuarto. Más a ciegas que a sabiendas, vagó por la habitación sin poder precisar a ciencia cierta lo que había en ella. Tomando de referencia la pared, se aproximó a la ventana más próxima con la intención de destaparla. Por el tacto, el tapiado parecía haber sido realizado con una madera aglomerada de escaso grosor, aunque la multitud de clavos y puntillas que la sujetaban hacían complicada su retirada. Un ruido surgió del otro extremo de la habitación. A Fran le recordó aquel rápido traqueteo al que producen los roedores al correr. Sin dudar, lanzó un contundente golpe de codo contra la madera partiéndola en varios pedazos que cayeron fáchada abajo. La leve descarga de adrenalina le recordó a sus entrenamientos de kick-boxing en el Studio-1. La oscuridad a la que se había adaptado se vio bruscamente truncada por la repentina entrada de claridad. Al volverse se dio cuenta de que había hecho lo correcto al dejar entrar la luz, había mucho que ver en aquella habitación. Ante su asombro, y un escalofrío que jamás antes había sentido, trataba de comprender lo que tenía ante él. Ocupando todo el centro del cuarto se extendía una nueva pintada, esta vez mucho más elaborada que las de las terrazas exteriores. Antes de examinarla siquiera, dejando a un lado el asombro, captó una instantánea de la obra con la cámara de su móvil.

Consistía básicamente en un pentagrama encerrado en un círculo compuesto de algún idioma arcaico. Los trazos del dibujo era anchos y encerraban dentro diversos símbolos, de los cuales algunos de ellos recordaban a signos matemáticos, salvando diferencias, círculos, dos símbolos del sexo varón, y representaciones de una espada árabe, un báculo de apariencia egipcia, la estrella de David, un cáliz, y un par de ojos en el pico superior, todo alrededor de las sílabas “GRAM” “TE” “TON” “MA” ”TRA” que completaban el dibujo. Al acercarse, el olor del polvo que encontró en la cocina abofeteó sus sentidos. Todo el círculo estaba enlucido con dicho polvo. Una indescriptible sensación le impidió entrar en aquel pentagrama. Al intentarlo de nuevo, un escalofrío eléctrico traspasó su todo cuerpo desde los pies a la cabeza. Para alguien tan escéptico, este tipo de situaciones eran incomprensibles pero no inexplicables, así que no perdió el control y, razonando fríamente, decidió bordear el extraño croquis para aproximarse a la mesa pegada a la pared sobre la cual se encontraba una aglomeración de libros, así como el portátil apagado del señor Álamo. Tras tomar un par de fotografías más de todo lo que allí había, pudo trastear más tranquilamente entre tanto texto y compendio. A primera vista, contabilizó sin mucho esfuerzo unos veinte libros de diversa temática., aunque todos parecían estar relacionados en cierto modo. Parapsicología, magia negra, ciencias ocultas, ciencia ficción, esoterismo, ocultismo práctico... todo hacía pensar que Rafael se había metido en un mundo más allá de lo permitido, más allá de la razón, y eso pudo haberle costado caro. Lo cierto es que no sería la primera vez que se daban casos parecidos en Málaga, y en toda España, relacionados con sectas y rituales satánicos con trágico desenlace. Una sombra cruzó la pantalla del portátil. Fran se volvió bruscamente pero no vio a nadie. Lo cierto es que estar allí se estaba convirtiendo en algo harto incómodo para él así que decidió recoger los libros y el portátil en la maleta que había junto a la mesa, presumiblemente usada por el señor Álamo para traerlos él mismo, así como una libreta con anotaciones de tosco puño y letra, y se marchó, no sin antes otear una última vez aquel complejo pentagrama, justo cuando aquel traqueteo volvió a surgir, esta vez mucho más rápido. Aquella deformada figura verdosa de mediano tamaño y tambaleante se abalanzaba a paso raudo contra Fran, que no dudó ni un segundo en sacar su revolver y apretar el gatillo esparciendo trozos de aquel seudo cefalópodo por toda la habitación. La anómala criatura cayó fulminada rodando unos centímetros más hacia Fran, pringando el suelo de un líquido sanguíneo igualmente verdoso, quedando a un metro escaso de él; hubo

un momento de total quietud mientras se desvanecía el eco del estruendo. Al acercarse un par de pasos y examinar más detenidamente el intercepto, comprobó que era lo que le pareció en una primera aunque inverosímil impresión. Los rasgos anfibios combinados con un cuerpo abotargado, seis finas patas y una cabeza aplastada sobre el torso, o al menos lo que quedaba de ella tras el disparo, concedían a la criatura una forma que no se asemejaba a nada que el investigador hubiera conocido. Una foto más de aquel bicho fue lo último que hizo antes de marcharse.

La plena luz del día era reconfortante tras el perturbador rato pasado a oscuras en el interior del lujoso chalet. Un gesto con impulso bastó para voltear dentro de la parte trasera del descapotable la maleta rellena de libros del señor Álamo. El móvil comenzó a sonar con el peculiar tono “Gimme Town”. Era su amigo y profesor de historia Alejandro León.

- Dime Alejandro...

- Buenas tardes, Fran, ¿dónde estás? – preguntó en tono circunspecto.

- Querrás decir “buenos días”...

- ¿No has visto la hora? – Fran miró su muñeca y reparó atónito en que eran más de las cinco de la tarde. No era posible, al menos desde un punto de vista físico. Apenas había estado media hora en la casa, mientras que en su reloj habían transcurrido casi dos horas. Pensó que se habría estropeado con algún golpe.

- Perdona, se me ha ido la hora, estoy... - trató de centrarse – estoy liado con un caso, pero voy en seguida.

- Tranquilo, he terminado las clases por hoy y Carmen está con los niños en casa de su hermana; te espero donde siempre.

- Vale, hasta ahora.

El bar Coin estaba a rebosar como cada tarde. Era el lugar elegido por Fran y Alejandro, aunque los había mejores, por el simple hecho de estar próximo a la Universidad donde Alejandro impartía clases de historia desde hace más de una década.

- Hola, perdona el retraso – saludó Fran con talante excitado mientras dejaba el tabaco y las gafas sobre la mesa y hacía un gesto con la mano al camarero para que le sirvieran su tradicional café.

- Te noto alterado, ¿va todo bien? – preguntó Alejandro condescendiente. Fran se sentó y exhaló un significativo suspiro.

- No se. Supongo que si. Es... – titubeó – Olvídalo. ¿Tú cómo estás?

- ¿Yo? En la gloria, cuando llegue a casa podré leer tranquilo por primera vez desde hace... ni me acuerdo – ambos echaron a reír.

- Me alegro, yo también tengo que leer. Y mucho.

- ¿Tú leyendo? ¿Y mucho? ¿Dónde está Fran y qué has hecho con su cadáver?

- No me queda más remedio. Es por el caso que tengo entre manos, pero no quiero aburrirte con él.

- Fran, soy profesor de Historia... vivo entre el conocimiento y el aburrimiento.

Hubo un momento de interrupción mientras la camarera le servía el café. Ambos se encendieron un cigarro.

- Está bien – se decidió – Este caso me tiene... sorprendido, la verdad. Nunca había tenido algo así entre manos.

- ¿De qué se trata? – preguntó intrigado – Tal vez pueda echarle una mano.

- Puede. Tú has escrito libros sobre sectas y cosas así, ¿no?

- Bueno, ellos prefieren que se les denomine como fraternidades u órdenes, aunque en realidad son organizaciones esotéricas. Pero tienes razón, he publicado un par de ellos sobre una bastante conocida, la orden de la Rosacruz.

- ¿Rosacruz?

- Supongo que es más conocida entre los historiadores que entre los detectives... – esbozó una sonrisa – Es una orden supuestamente relacionada con la francmasonería, y fundada según leyendas por Christian Rosenkreuz, un caballero del siglo quince. Tienen su propia simbología, como todas, en su caso es una cruz envuelta por una corona de rosas que a veces va acompañado de un triángulo doble o una estrella, simbología cabalística o alquímica – explicó mientras gesticulaba levemente – En otros casos es simplemente una cruz con una rosa en el centro.

- No me he enterado de nada.

- Es como un cristianismo esotérico, ¿entiendes? Promueven un modo de vida complejo basado en la sabiduría, en la búsqueda del conocimiento y la realización interior, uno de sus lemas más conocidos es: “No hay más cerca de nosotros que nosotros mismos, y nada que nos sea más desconocido que nuestro propio Ser”. Se dice incluso que personajes históricos reconocidos como Galileo Galilei, Francis Bacon, o Giordano Bruno pertenecieron a esta orden.

- ¿Cristianismo esotérico? ¿Te refieres a rituales y cosas así?

- La palabra esoterismo viene del griego “eso-teros”, que viene a significar, “desde dentro”, o “interior”. No solo se refiere a la práctica de ritos, como tú dices, también se incluyen un conjunto de conocimientos, doctrinas y enseñanzas de difícil acceso, que van transmitiéndose a una minoría selecta en función de sus méritos y otros requisitos. Estas organizaciones suelen tener puntos en común, como la jerarquía, por ejemplo; todas coinciden en que se fragmentan en ciertos grados de un escalafón que va desde los iniciados hasta los más sabios y antiguos, en el caso de la Rosacruz, los Imperator.

- Da gusto hablar contigo – Fran sonrió complacientemente. Tras pensárselo un instante, sacó su móvil, rebuscó las fotos de la casa de Rafael Álamo y se lo entregó a Alejandro - ¿Qué opinas de esto? – el profesor comenzó a examinar las fotos detenidamente una por una. Su ceño fruncido mezclado con una actitud impasible hacía impacientar a Fran, deseoso de oír su experta opinión sobre todo aquello.

- ¿Dónde has encontrado esto? – cuestionó sosegadamente.

- En la casa de campo de mi cliente. Al parecer, este señor, se ha estado comportando de forma rara y huraña las últimas semanas, hasta el punto de desaparecer. Esta mañana ha venido a verme su socio a la oficina y me ha contratado para investigar sus últimos días antes de caer en un estado... que los médicos no se pueden explicar – Fran extendió su mano ofreciendo las cuatro fotos de la evolución del señor Álamo – Estas fotos se han tomado cada doce horas desde que lo hospitalizaron en el Carlos Haya, hace dos días – Alejandro observó las fotos con el mismo interés y detenimiento que las imágenes del móvil sin perder su habitual compostura.

- Vamos por partes... los símbolos de las terrazas no los reconozco, pero el dibujo del suelo de la casa de campo de este hombre es el Tetragrámaton, más conocido como pentagrama esotérico – comenzó a explicar. Fran prestaba atención con los cinco sentidos – Este símbolo, hablando claro, refleja la dominación del espíritu sobre los Elementos de la Naturaleza, fuego, aire, tierra y agua. ¿Vale? Vulgarmente está asociado a ritos satánicos y simbología demoníaca, pero nada más lejos de la realidad.

- ¡Ah, no?

- En absoluto, al menos, no en su totalidad. Si se dibuja con la punta superior hacia arriba, como es este caso, sirve para hacer huir a los tenebrosos, y según la dirección de sus rayos, puede representar a Dios o al Diabolo, un cordero, o al macho cabrío de Méndez. La estrella flamígera, como también se la conoce, sirve entre otras cosas para condensar la luz astral y enfocar la atención de los hombres hacia lo misterioso, y atrae la ayuda de los seres de la Luz – a Fran le vino a la mente por un instante la imagen de la ventana que rompió con aquel diminuto agujero por donde entraba un tenue hilo de luz.

- ¿Y qué coño se supone que significa todo eso?

- Las sílabas de la palabra Te-tra-gram-ma-ton, que rodean la estrella, es el nombre de la Divinidad, el Santo Bendito de Nombre Impronunciable. En hebreo tiene cuatro letras, IOD – HE – VAU – HE. En español también, Dios. En latín, Deus. En griego Teso. En Francés, Dieu. En turco, Esah, y así sucesivamente...

- ¿Y todos esos símbolos? El bastón, la espada...

- El bastón es la vara de Moisés; el medallón con la estrella es el sello de Salomón; las religiones más extendidas cuentan en sus leyendas que fue un anillo que daba poderes al rey Salomón para controlar a los demonios y hablar con los animales. El cáliz representa la mente humana, y el vino su luz interior. En las esquinas superiores está representado el signo de Marte, signo de fuerza. También están los de Mercurio y Venus, y en el centro están las alas rodeando al Caduceo, que es un complejo cetro que alegoriza una espina dorsal. Seguro que lo has visto en muchos hospitales, se suele asociar con la curación, las dos serpientes enroscadas en una vara que acaba en dos alas...

- Pues sí, es verdad. Lo he visto en varias ocasiones, aunque no dibujado exactamente así.

- Bueno, esta es su forma original. Y se me olvidaba un detalle... a los pies del pentagrama está el símbolo de Cronos, dios del tiempo. Espero haber sido de utilidad.

- Desde luego, al menos ahora sé lo que estoy viendo. Pero no sé por qué este hombre ha hecho lo que ha hecho. Según me explicó su mujer todo iba bien, es un hombre con dinero, con hijos, y de pronto, pasa de todo y se encierra a estudiar en su cuarto sin parar. No quería saber nada de nadie. No lo entiendo.

- ¿Estudiar qué?

- Pues... un poco de todo, eso tampoco termino de entenderlo. Libros de magia negra, esoterismo, alquimia, medicina, y tonterías de esas. He recogido todos los libros que encontré, luego les echaré un vistazo.

- No deberías burlarte de lo que no conoces, Fran. Mira lo que le ha pasado a este hombre – volvió a revisar las cuatro fotos - ¿Cómo se puede envejecer tan rápido? ¿Los médicos no tienen ninguna teoría?

- No. Nada. Le han hecho un montón de pruebas y nada. Todo está correcto, aparentemente. Los órganos, el cerebro, las pruebas sanguíneas... todo. No ven nada raro. Pero ya ves, se está pudriendo por fuera – a Fran le vino a la mente aquella sombra que se revolvía tras las córneas de los ojos de Rafael.

- ¿Pertenece a alguna secta?

- No que yo sepa. Su mujer me lo habría dicho, además, estaba casi todo el tiempo ocupándose de sus negocios y con su familia. No lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

- No, por nada. No sería la primera vez que oigo hablar de estas cosas. En Málaga han pasado más tragedias relacionadas con sectas de las que te puedas imaginar. Y no hablo de hace mucho tiempo. Hace pocos días encontraron el cadáver de un hombre atado a la cama al que le habían sacado el corazón, lleno de marcas y simbología satánica. Lo vi en las noticias.

- El mundo está loco, maestro... - dijo mientras se encendía otro cigarro.

- El mundo no, Fran, los que vivimos en él sí.

Las horas siguientes transcurrieron relativamente apartadas de la conversación inicial, centrándose en temas más triviales y ociosos que los del intrigante caso que Fran le había expuesto al profesor. Entre tanto humo y tanto café, la tarde se había marchado para dar paso a la incipiente noche. El móvil de Fran sonó sacándolos de la burbuja temática en la que estaban sumergidos.

- Es Eli – dijo mientras miraba vanidosamente a su amigo - ¿Sí?

- Hola Fran – aquella voz delicada sirvió para reconfortar y relajar su ajetreada mente.

- Hola preciosa, ¿cómo estás? – Alejandro se levantó y Fran trató de agarrarle fútilmente; sabía que iba a aprovechar para pagar él la cuenta, lo cual era motivo de discordia cada miércoles. Alejandro hizo un gesto de burla vanagloriándose mientras se dirigía a la barra carterá en mano.

- Bien, cansada de trabajar, pero bien. ¿Cómo te ha ido el día?

- Bueno, supongo que los he tenido peores... - trató de adquirir un tono neutral.

- ¿Si? ¿Y eso? ¿Te ha pasado algo?

- No, no, estoy bien. Es que ha sido un día raro, la verdad.

- ¿Quieres que cenemos juntos y me lo cuentas?

- Claro, ¿a las nueve y media en El Trillo? Te coge cerca de casa.

- Vale, pero esta vez llamaré yo para hacer la reserva... - apuntó irónicamente – apostarí que estás con Alejandro hartándote de fumar y contando batallitas... - “ya salió su vena mandona”, pensó Fran.

- No estoy contando batallitas, solo estoy tomando un café. Que te crees muy lista...

- Si, tú vas a tomar bastante café... bueno, que a las nueve y media te espero

allí ¿Ok? No llegues tarde.

- Vale. Hasta luego entonces guapa... un beso.

- Un beso, chao.

Alejandro volvió y se sentó en su silla.

- ¿Quién te ha dicho que pagues? ¿Eh?

- Hay que saber esperar el momento, hijo. El tiempo es oro...

- Bueno, la próxima vez pagaré yo. Tengo que irme ya, he quedado con Eli dentro de un par de horas y ya sabes cómo se pone si llego tarde.

- Te recuerdo que estoy casado hace treinta y un años – Fran hizo un mueca de dolor con la cara - sé cómo son las mujeres. Anda vete.

- Hasta otra entonces, maestro – le estrechó la mano.

- Hasta otra Fran – al intentar irse, Alejandro no le soltó la mano – Oye, si necesitas algo solo tienes que llamarme, me refiero al caso – Fran hizo un gesto de agradecimiento.

- Te llamaré este fin de semana.

Mucha prisa tuvo que darse para ir a su apartamento, arreglarse, y poder llegar a la hora citada al restaurante. Excepcionalmente, Eli era la que llegaba tarde en esta ocasión. Casi cinco minutos pasaban de las nueve y media, mientras Fran esperaba relajado, cigarro en mano, con su habitual actitud prepotente, apoyado en su coche frente a la puerta de El Trillo tras haber guardado el montón de libros en el maletero. Su amiga tardó en aparecer en su Opel Corsa gris para aparcar justo delante del Lexus de Fran.

- ¿Quién es la impuntual hoy? – preguntó mordazmente el detective mientras Eli se apeaba de su coche. Ella sonrió haciendo un gesto de indiferencia.

- Ha habido un accidente en el centro y he tenido que dar un rodeo – explicó tras darle un beso – No te quejes tanto.

- ¿Cómo estás? – lo cierto es que compensó la espera, se dijo Fran a sí mismo.

- Bien, muy cansada pero bien.

- ¿Mucho trabajo?

- ¿Hoy? Muchísimo... - confirmó resignada.

- Bueno, pues te invito a cenar, te lo has ganado – Eli se le abrazó y entraron juntos al restaurante.

La cena con platos tradicionalmente españoles, especialidad de la casa, transcurrió plácidamente entre conversaciones de trabajo, ocio, y planes de futuro de cada uno. Una vez más salieron a relucir las nimias aunque significativas diferencias que existían entre ambos. Eli demostraba con sus explicaciones una contundente madurez, con ansias de un futuro estable y pacífico construyendo una familia llegado el momento y con la persona adecuada, en este caso, aunque no se atreviera a decirlo abiertamente, Fran. Este por el contrario, mucho más egoísta en sus pretensiones, solo pensaba en vivir lo mejor posible el máximo tiempo viable, y quizá con los años formar una familia cuando se hubiera, si es que llega el día, cansado de vivir de forma independiente. Esta divergencia de percepciones tal vez se debiera al contexto vital de cada uno, aparte de la edad, claro. Cuatro años y medio les separaban, ambos atractivos físicamente, trabajadores, al menos en el caso de Eli, económicamente acomodados, sobre todo Fran, y con la vida solventada al noventa por ciento. Partiendo de esa base, y en teoría, podrían aspirar a un amplio abanico para elegir su pareja, pero la atracción que sentían uno por el

otro era innegable, ya no en un aspecto superficial, sino más bien personal o sentimental. Se aportaban ese “algo” indescriptible que rellena esos agujeros negros y carencias del día a día que juega en detrimento de nuestro estado anímico. El poder verse, estar juntos, y contarse mutuamente determinadas cosas les compensaba todo el resto de la jornada. Y eso se notaba en sus miradas cuando se reunían.

- ¿Has cenado bien? – preguntó Fran galantemente.

- Sí, está bien este sitio – respondió – Nunca había estado aquí.

- ¿No? Pero si vives al lado...

- Ya, pero nunca pensé que fuera tan... - buscó la palabra más adecuada para definir la agradable sorpresa que le había producido la encantadora velada. Tras un instante en silencio sin encontrar el adjetivo adecuado, echó a reír, y Fran también.

- Vale, vale, déjalo, te he entendido – replicó entre risas. Su alegría se vio turbada drásticamente sin aparente motivo. Una sensación opresiva en el pecho le borró la sonrisa radicalmente y le descompuso el rostro.

- Eh, ¿estás bien? – preguntó preocupada. Fran bebió un poco de agua de su vaso aunque le costó dios y ayuda tragar.

- Si – respondió por fin aun afligido por la extraña sensación – No es nada, es que llevo un día bastante raro.

- Te he dicho un millón de veces que dejes ya el tabaco – regañó – mira lo que pasa por fumar tanto.

Fran iba a replicarle negando que fuera el tabaco el responsable de su dolencia, no soportaba que le dijeran lo que debía hacer y menos aún tratándose de sus vicios preferidos, pero entonces vio algo al final del restaurante que le impidió intervenir. Un señor de mediana edad, facciones

raquíticas y pálidas que resaltaban su escaso cabello pelirrojo, y cuya ropa, aunque elegante, parecía sacada de los años cincuenta, se movía a una velocidad anormalmente veloz mientras clavaba su mirada en Fran. Las mesas no permitían verle de torso para abajo pero Fran juraría que aquel hombre no estaba moviendo las piernas mientras se desplazaba. De este modo surcó todo el restaurante de punta a punta sin que nadie le prestara atención en dirección a la cristalera que daba a la calle. Un tremendo escalofrío sacudió el cuerpo de Fran que empezó a sudar ipso facto.

- ¡Fran! – Eli le sacó de su ensimismamiento. Miró a Eli por acto reflejo pero rápidamente volvió a la búsqueda de aquel hombre, ya no estaba. Recorrió con la vista todo el local pero no le encontró, incluso se dio media vuelta, pues su mesa estaba cerca de la puerta y tendría que haber pasado por allí para salir a la calle - Llevo un rato hablándote ¿Estás bien? Estás sudando... – se le notaba seriamente preocupada.

- Si – reaccionó al fin – tranquila, estoy bien – volvió a repasar el lugar pero el señor de aspecto anacrónico se había esfumado sin dejar rastro.

- ¿Te habrá bajado la tensión?

- No creo, pero la que entiende de medicina eres tú... - bromeó.

- Soy técnica de rayos, Fran, no médico, ¿quieres que vayamos al hospital? ¿A urgencias?

- Que no, estoy bien, en serio – lo cierto es que se encontraba prácticamente aliviado de todo lo sufrido hace un momento – ¿Nos vamos ya? Estoy cansado y mañana tengo trabajo.

- Si, yo también. Voy a pedir la cuenta.

- Vale, yo voy al baño un momento, en seguida vuelvo.

Fran se levantó con tiento de la mesa y se dirigió a los servicios, justo por

donde estaba pasando el hombre cuando Eli le distrajo y lo perdió de vista. Solo echaba de menos no tener encima su revólver, aunque contra un señor de esa edad, y en un estado tan decrepito y pálido como el que presentaba, más bien debería contenerse para evitar una desgracia. Entró en el pasillo de los servicios y se dirigió hacia la derecha, al de caballeros. No esperaba unas dimensiones tan amplias para un cuarto de baño de restaurante, era extraordinariamente amplio, con los retretes amparados en un lado y los lavabos en otro. Fran se agachó sigilosamente para mirar si había alguien en alguno pero no vio nada salvo el anclaje de los váteres al suelo. Se irguió suspirando y frotándose la cara con las manos tratando de despejarse, de razonar un poco sobre su situación de formal cabal. La sensación de frío pasó a ser un leve calor. Se miró al espejo que reflejaba su semblante cansado de incipientes ojeras y párpados desfallecidos; abrió el grifo y se refrescó la cara con agua. De pronto volvió la sensación de frío, esta vez no en su interior, sino en el ambiente. Era como estar en una nevera. La luz se apagó lentamente hasta dejar en total oscuridad el cuarto. Fran comenzó a tantear el frío mármol con la intención de guiarse a ciegas hasta la puerta. La luz volvió antes de que pudiera dar dos pasos ni cambiar su posición antes del apagón. Una tonta sensación de alivio le hizo relajarse levemente. Al mirar al espejo contempló con sobresalto como el hombre pelirrojo se encontraba detrás de él con un brazo estirado y avanzando con aparente intención de agarrarle. Fran se giró rápidamente para evitarlo pero solo sacudió su mano contra el aire. No había nadie. Su corazón no se había acelerado hasta ese momento. Nunca le había atemorizado pelear con quién fuera. Pero el hecho de no entender lo que estaba pasando era nuevo para él. Se calmó pensando que eran cosas con explicación médica, debido al cansancio o quizá a algún efecto psicotrópico al inhalar el misterioso polvo de colores. “Ya le preguntaré a Ángel luego”, pensó para sí mientras se dirigía a la puerta.

- Son treinta y cuatro euros con cincuenta – dijo el camarero mientras dejaba la minúscula bandeja con la nota - ¿Todo ha sido de su gusto?

- Si, gracias – Eli sacó su monedero del bolso y pagó mientras Fran regresaba a la mesa con peor aspecto aún que cuando se marchó – Quédese la vuelta.

- Gracias a ustedes, buenas noches - dijo el joven con una amplia sonrisa – Hasta otra.

- Adiós – Eli se levantó de su silla y miró con preocupación a Fran - ¿Seguro que estás bien?

- Si, seguro – respondió convencido – Solo necesito descansar bien esta noche, cosa que no hice ayer.

- ¿Te llevo? – se ofreció mientras salían del restaurante.

- No, tranquila, estoy bien. ¿Mañana nos vemos?

- Si, ¿no? Yo salgo a las ocho.

- Ok, te llamaré a esa hora entonces – afirmó sonrisa en boca.

- Que descanses – deseó Eli acompañando sus palabras con un delicado beso.

- Ya estoy mucho mejor... - bromeó Fran mientras la rodeaba con sus brazos. Ambos quedaron mirándose a los ojos mutuamente mientras la agradable brisa de la noche refrescaba el inminente calor de las noches veraniegas de Málaga – En serio, esto es lo que necesitaba. Es lo mejor del día.

- Lo mismo digo.

Eran ya altas horas de la madrugada y la luz que el mar reflejaba de las estrellas apenas era suficiente para ver con claridad. Mientras soltaba sus aparejos sobre la cómoda de su cuarto recordó de repente un detalle en el que no había reparado justo hasta ese momento. Aquel montón de libros apilados en el escritorio de la casa de campo del señor Álamo vino a su mente como un fugaz relámpago mostrando nítidamente un pormenor que no tuvo en cuenta en un principio. Uno de los libros no tenía portada, ni título, ni escritor, ni nada. Las gruesas tapas rugosas de color pardo no tenían nada escrito. Sin pensarlo, retomó las llaves del coche y se dirigió al maletero para recoger la bolsa llena de libros y llevarla a su cuarto de estudio. Una vez allí, los examinó uno por uno hasta que encontró, efectivamente, aquel libro desconocido. A simple vista se asemejaba más a un álbum de fotos que a una obra literaria. Encendió el flexo del escritorio a la par que un cigarro y abrió el libro de talante arcaico. Las hojas interiores presentaban un aspecto petrificado, casi crujiente, así como un tono amarillento y sucio que solo puede provocar el paso del tiempo. Pero lo más significativo de aquel libro no era su continente, sino su contenido. Estaba escrito a mano, con una tinta carmesí que resaltaba llamativamente sobre aquel fondo ambarino rancio. El idioma usado era el inglés, un inglés muy particular a juicio del investigador, conocedor del idioma. Las primeras páginas, tras otearlas vagamente, atrajeron la atención de Fran dada su complejidad y el tema inconexo que trataban. Entre tanta incoherencia, pudo distinguir frases y palabras sueltas que hacían referencia a “la vida tras la muerte”, “los elementos que desconocemos”, y “toda la verdad que escapa a nuestra razón”. Comenzaba a entender entre tanto tratado extraño la actitud paranoica que mostró Rafael sus últimos días antes de entrar en letargo. Tal vez esa fuera la explicación, como dijo Ángel, una saturación de información que le llevó a practicar unos ritos cuando estaba al borde del colapso y la pérdida total de cordura, lo cual le condujo al estado actual que presenta. Otro dato revelador, fue reconocer en una página casi a mitad del compendio, donde venían plasmados y explicados todos los dibujos que

encontró en la casa de campo, tanto los de las terrazas, con sus trazos oblicuos y lineales, como el del pentagrama del ático. Daba la impresión de formar parte de un ritual detallado minuciosamente cuya finalidad no conseguía entender, ya que no venía expuesto, al menos no en lo que había leído.

El resto de libros comprendían la gran variedad temática que recordaba, medicina, mitología, ocultismo práctico, esoterismo, alquimia, astrología, y otros tantos. Fran desfallecía solo con el mero hecho de imaginar que debía leérselos todos para buscar una conclusión razonable sobre lo acontecido; fue entonces cuando, al apartar el penúltimo de los libros, descubrió una especie de diario escrito a mano por Rafael, o al menos eso pensó. Era una especie de agenda de tamaño medio con las tapas desgastadas, al analizarlo, comprobó que el único contenido se basaba de retazos de otros libros, citas y parrafadas con el nombre de su autor al pie. Había multitud de oraciones, todas bastante interesantes aunque complicadas de entender. Eso llamó su atención y su curiosidad, de modo que se sentó y comenzó a leer mientras se encendía otro cigarrillo.

“•Si entes no reprimidos formados en el pensamiento son atraídos por la fuerza de la vida de su creador como una aguja a un imán, tiene lugar con infernal deleite una absorción de sus energías espirituales hasta producir el total agotamiento del fluido de su vida”. Robert Turner

“El ataque psíquico de esta naturaleza se manifiesta, en primer lugar, por un estado general de hipersensibilidad mental, seguido de un sentimiento de conciencia extrañamente orientado que aumenta a medida que la víctima ajusta inconscientemente su proceso mental al de su compañero del alma no invitado. Se vislumbran mundos extraños, revelados por primera vez durante el sueño, que empiezan a manifestarse por encima del horizonte de la mente en vigilia. Se produce una ampliación de la visión que conduce a la posibilidad de captar sonidos más allá del espectro normal y a un sentido no lineal de la geometría del espacio. Dichas larvas absorben el calor vital de las personas de buena

salud, y agotan rápidamente a los débiles. Esto explica porque al aproximarnos a situaciones donde están presentes estas larvas, se produce un descenso de la temperatura de la atmósfera”. Eliphas Levi

Este párrafo resultó significativo, pues Fran creyó entender y poder relacionarlo con lo ocurrido a Rafael. Esas larvas de las que hablaba el tal Levi eran aún un misterio incomprensible, pero el descenso de temperatura no, pues recordó perfectamente el escalofrío que le produjo el subir al ático. Pero aún quedaban muchas preguntas y dudas en el aire. Continuó leyendo los fragmentos siguientes ávido de curiosidad.

“Hace referencia al estado de letargo físico casi permanente en que estuvo sumergido Lovecraft al final de su vida. Sus tensiones mentales, así como una poderosísima sensación de opresión, estaban asociadas a extraños raptos de espíritu, visiones, sueños de paisajes imposibles e increíbles ciudades, y su gran dificultad para retener el calor corporal. ¿Posesión demoníaca? Desde luego prestaba todos los síntomas de haber caído en una trampa de las fuerzas del mal”. Colin Wilson

“Registra la aparición de luces globulares en el cielo, lluvias de piedras marcadas con trazos lineales, extraños sonidos en el viento que desafían lo racional, nacimiento de niños sin sexo y varias cabezas”. Robert Plott

“Informa a lo largo de su vida en sus más de cuarenta mil escritos desde guijarros no meteóricos que cayeron sobre Inglaterra, hasta relatos increíbles de extrañas ciudades pobladas por criaturas con alas de varios metros que andaban de forma patosa sobre pies palmeados”. Charles Fort

Estos dos últimos párrafos no supo bien cómo interpretarlos. Hablaban de sucesos extraños registrados y sin explicación a lo largo de la historia pero no consiguió una relación directa con el problema que le ocupaba. Casi una hora pasaba desde que comenzó a leer aquel compendio de retazos literarios sin terminar de comprender gran cosa, hasta que un segmento en especial le llamó la atención y le dio una idea sobre lo que podría haber sido el móvil de la locura del señor Álamo.

“La misión que trae el hombre en cada existencia, no es otra que superarse, y para lograrlo es menester conocerse a sí mismo y templarse como un acero en los talleres humeantes del dolor... Dentro del conocimiento Gnóstico existen prácticas para los estudiantes de Tercera Cámara, mediante las cuales una persona de 70 años puede rejuvenecer y quedar con una edad de 40 años y la persona joven permanecer en ese estado todos los años que quiera. La persona aprende a desarrollar y a utilizar todos sus chacras a mantener su vitalidad mediante el aprovechamiento de todos sus centros o cerebros, como generalmente se les llaman: Intelectual, Motor, Emocional, Instintivo, Sexual”.
Samael Aun Weor (Las siete palabras)

“Siempre que deseéis observar la manifestación etérea de los espíritus soplad un pellizco de polvo de Ibn Ghazi en la dirección de su llegada. Tened bien en cuenta hacer el Signo Mayor en el momento de su aparición, porque de lo contrario, los zarcillos de la oscuridad penetrarían en vuestra alma...”.
Abdul Al Hazred (Al Azif)

Este último texto lo asoció involuntariamente al polvo de color indescriptible que encontró esparcido por la cocina del chalet, y del que tomó una pequeña muestra en la bolsita que dejó en el otro pantalón. Se dirigió a su ordenador y tras encenderlo entró en el buscador por excelencia y copió aquel nombre, Ibn Ghazi. Las referencias eran tantas y tan semejantes que no importaba en qué web entrar. Todas coincidían en lo mismo, se denominaba vulgarmente “el polvo místico de la materialización”, y su composición y uso

venía igualmente detallada. “Tomad el polvo de una tumba – comenzaba – en la que el cuerpo haya yacido durante al menos doscientos años o más, dos partes de polvo de amaranto, una parte de hojas de hiedra y otra de sal fina. Maceradlo todo junto en un mortero abierto durante el día en la hora de Saturno. Haced estos ingredientes mezclados con el signo de VOOR y encerrad el polvo resultante en una urna de plomo sobre la cual se grabará el signo de Koth”.

Por mera curiosidad, buscó el signo de VOOR que designaba aquella descripción sacada, según bibliografía, del mismo necronomicón, o libro de los muertos. Al parecer, el Al-Azif, como se llamó originalmente, fue escrito por un poeta árabe loco, cuyo título, Azif, hacía mención a los ruidos nocturnos que procedían del bosque. Estos ruidos, según esa palabra árabe a nivel popular, eran producidos por los animales e insectos, pero el poeta los atribuía en sus escritos a los espíritus que rondaban durante la noche. Dado el resultado de la búsqueda, no supo concretar qué era peor, si su gran ignorancia o la increíble difusión de estos temas por Internet al alcance de todo aquel, cuerdo o desequilibrado, que sepa lo que busca. El esotérico símbolo se asemejaba a un óculo cuadrado cuyo párpado con forma de pentagrama de trazos lánguidos se rodeaba por un simple círculo. El desconcierto llegó al buscar información sobre el otro signo, el de Koth. La información no era concluyente ya que, al parecer, se designaba con ese mismo término a varios símbolos, el de VOOR, de Kish, de Koth, y el Signo Mayor, los cuatro representados por una demoníaca mano cuya única variante era la posición de sus dedos de uñas afiladas. A estos se les llamaba Signos de Poder. El cansancio empezaba a pesar en los párpados de Fran y hacer mella en su discernimiento. Todo parecía tan surrealista que no sabía si qué creer sobre todo aquello. Se recostó sobre la silla dando una última calada al prácticamente consumido cigarro. Miró el reloj, que marcaba más de las dos de la madrugada. Casi sin fuerzas, retomó el libro desconocido para un último vistazo rápido. Lo poco que podía asimilar ya a tales horas de la noche se hacía cada vez más inocuo para Fran. Sus ojos se cerraban intermitentemente en amagos de quedar dormido. Finalmente se dio por vencido y decidió aplazar el estudio de aquellos libros para el día siguiente, más descansado. Sin más, marchó a dormir, no sin antes recordar las palabras de su buen amigo Alejandro esa misma tarde: El tiempo es oro. Esa era la clave.

El peculiar tono del móvil fue una pésima forma de despertarse a la mañana siguiente. Tan profundo y cómodo fue el sueño del investigador que ni el despertador pudo sacarle de su descanso, no así el incansable móvil que no cesaba de berrear aquella pendenciera cancioncilla. Más dormido que despierto, alargó su brazo y palpó la mesa en busca del aparato tirando al suelo a su paso llaves, reloj y varios enseres más dispersados sin ton ni son por la mesita. Una vez hallado, se lo echó al oído sin ni siquiera mirar la pantalla.

- ¿Qué...? – dijo afónicamente.

- Buenos días, ¿señor Velasco? – preguntó una voz madura.

- Sí, dígame – respondió aun algo aturdido.

- Soy el Doctor Fuentes, del Carlos Haya – Fran, más espabilado de repente, se temía lo peor dado el tono del médico – estuvo aquí ayer por la mañana y me pidió que le llamara si el estado del señor Álamo sufría algún cambio...

- Si...- no se atrevía a preguntar.

- Solo quería informarle de que el paciente ha despertado, por decirlo así – Fran sintió un curioso alivio, como si le estuvieran hablando de un familiar propio. Instantáneamente le inundaron las ansias de ir a verle y comprobarlo por sí mismo – Oiga, ¿sigue ahí?

- Si, si... - respondió apresurado – Disculpe, es que no me esperaba la noticia.

- Bueno, en realidad, hay algo más – indicó el doctor un tanto perplejo – el señor Álamo ha preguntado por usted – eso sí que sorprendió al detective, que no terminaba de entender esa última frase.

- Debe ser un error – replicó incrédulo – el señor Álamo y yo no nos conocemos de nada.

- A mi también me extraña, pero sus palabras no dejan lugar a muchas dudas. “Quiero ver al joven que estuvo aquí ayer”. Esa fue la primera frase que dijo tras... despertar. Y usted fue el único que vino aparte de su mujer y sus hijos. A juzgar por esto, puede que no estuviera tan dormido como creíamos.

- De acuerdo, iré en seguida. Gracias por avisarme doctor.

- De nada, estaré aquí todo el día si me necesita. Hasta luego.

- Adiós.

Tras colgar el teléfono y tirarlo entre las arrugadas sábanas de la cama, quedó tumbado reflexionando sobre lo que iba a encontrarse en el hospital. Un pequeño nudo se le formó en la boca del estómago cuando se imaginó en el lugar de Rafael. Despertar tras lo que ha sido para ti un instante y toparte frente al espejo envejecido treinta años. Era casi mejor no pensarlo. Sin más dilación, se levantó de la cama y se preparó para ir al encuentro.

Otra magnífico día soleado pasaba inadvertido entre tanta información novedosa. Durante el trayecto, los ánimos del detective se debatían entre la curiosidad y el recelo. Por si eso fuera poco, la carretera se encontraba retenida, presumiblemente, por algún accidente. Ambulancias, coches de la guardia civil y la policía local redireccionaban el tráfico como buenamente podían por un único carril, haciendo la espera un tanto soporífera. Cigarro tras cigarro avanzaba la cola de vehículos lentamente cual desfile honorífico. Casi media hora después, el Lexus descapotado de Fran alcanzó el lugar del

siniestro, adelantando por fin el embudo asfáltico que creaban la ambulancia y los coches de policía. Al cruzar junto al percance, observó de reojo a una joven atendida por un par de sanitarios, cubierta por una manta, que entre sollozos y temblores trataba de explicarles lo ocurrido. Su coche no estaba mucho mejor que ella. A juzgar por el panorama, en algún momento del trayecto perdió el control de su vehículo y patinó hasta empotrarse contra el guardarrail. Las filigranas curvas y negras de neumático dibujadas en la carretera eran un claro indicativo de ello. “Está loca...”. Eso fue lo que escuchó al pasar junto a dos policías que patrullaban al otro lado del cerco. “Serán capullos...” pensó Fran, “ha tenido un accidente y solo se les ocurre burlarse de ella”. Sin pensarlo, dio un volantazo y estacionó bruscamente. Se apeó y se dirigió con paso firme hacia los guardias que trataban de disimular.

- Disculpen – interrumpió Fran - ¿Pueden decirme qué es tan gracioso?

- Señor, no puede dejar ahí su vehículo, haga el favor de marcharse... - el policía respondió contundente pero amablemente.

- ¿Por qué dicen que está loca? – la pregunta no cayó bien entre los agentes, que se miraron entre sí.

- ¿Es usted un familiar?

- No, soy este – Fran sacó su placa de detective privado y se la mostró. En realidad eso no debería tener ninguna influencia sobre ellos pero más de una vez ese farol le había sacado de un apuro - ¿Por qué dicen que está loca? – los guardias le invitaron amablemente a apartarse unos pocos metros del tránsito. No es que les impresionara sus credenciales, simplemente creyeron conveniente tratar el tema lejos del bullicio.

- No nos estábamos burlando de la chica. Es que no para de repetir que se le apareció de repente... - explicó el policía.

- ¿Se le apareció el qué?

- No sabemos más. No deja de repetir lo mismo. Pero no es la única, parece

que está habiendo varios accidentes hoy por los alrededores de la ciudad, este es el tercero que atendemos, y todos coinciden en lo mismo, en que se les aparece alguien delante y para esquivarlo... Bueno, ya me entiende.

- Parece que es la excusa de moda – añadió el compañero

- ¿Dónde han sido los otros?

- Que sepamos, dos de ellos en la autovía de entrada por Torremolinos, otro hacia el norte, en la A-45, y otro más por la A-357, dirección Cártama. Si no le importa, tenemos que seguir trabajando.

- Gracias por todo.

- Buenos días.

Fran volvió a su coche extrañado, sin dar crédito a la exposición del agente, y tratando de evitar vincular mentalmente los accidentes con su caso actual. De pronto, todo parecía hacer referencia a lo sobrenatural, sin abandonar su característico escepticismo. Es curioso cómo funciona nuestra mente, razonó para sí; es como cuando conoces a alguien que nunca habías visto, y a raíz de ese primer contacto, te la encuentras todos los días por la calle. O el clásico de los clásicos. Te acuestas cada noche sin preocuparte de nada hasta que te encuentras una araña o una cucaracha en la cama; te garantizo que no te acostarás en una buena temporada sin revisar la habitación minuciosamente antes de echarte a dormir. Esto es aplicable a muchos aspectos de la vida. Conducir irresponsablemente, practicar sexo inseguro, prestarle dinero a un supuesto amigo, no sentir celos si tu novia queda con un conocido... Así funcionamos, somos animales simples, despreocupados hasta que la realidad nos estalla en la cara.

Como quien no quiere la cosa, entre tanta reflexión psicológica y filosófica sobre las preocupaciones y las indiferencias humanas, y desplazando de paso el motivo principal de sus nervios, había llegado a su destino. El imponente

Carlos Haya se erguía frente a él de nuevo. La zona de urgencias estaba algo más ajetreada que ayer, quizá por tanto accidente vial como le comentaron los policías. Por otra parte, el recorrido no fue tan arduo y cansino esta vez, tenía fresco en la memoria el camino a seguir para llegar a la habitación de Rafael Álamo tras dar sus datos en recepción. Le extrañó sobremanera no toparse con su mujer y sus hijos a las puertas de la habitación, tal vez estuvieran dentro. Para evitar situaciones embarazosas, prefirió buscar al doctor Fuentes antes de entrar. Recorrió con la mirada las inmediaciones, pasillo por pasillo, sin resultado. Tras preguntar a un celador que deambulaba por allí, este le explicó que su oficina estaba al final del pasillo a la derecha. Al seguir las indicaciones, topó con un despacho en cuya puerta había un cartel que rezaba DOCTOR GONZÁLEZ FUENTES. Un par de golpes en la puerta bastaron para obtener respuesta.

- Adelante – Fran reconoció la voz que le habló por teléfono. Abrió la puerta y entró.

- Buenos días, con su permiso...

- Ah, es usted – exclamó con tono neutro – le estaba esperando. Pase. Siéntese un momento, acabo en seguida.

- Gracias, pero no quiero molestarle doctor, solo quería saber si puedo ver al señor Álamo. No he visto a su familia fuera y la puerta está cerrada. No quisiera interrumpir un momento íntimo, ya me entiende.

- Descuide, no han llegado aún, y por lo que me comentó la señora, iban a tardar un rato. Aunque se alegraron mucho de la noticia.

- Yo también, pero... - el rictus del doctor hacía suponer a Fran que era consciente de que también había malas noticias.

- Lo sé – dijo el médico un tanto apesadumbrado – pero no podemos hacer nada en ese aspecto. El envejecimiento prematuro de este hombre sigue siendo una incógnita para nosotros. De todas formas, permanecerá en observación algunos días, por lo que pudiera pasar.

- Bien, iré a verle entonces si no le importa – replicó Fran.
- Desde luego, vaya, pero tenga un poco de tacto, no todos envejecemos veinte años de un día para otro.
- Descuide doctor, gracias.
- De nada, si quiere algo más estaré por aquí.

La puerta de la habitación 343 se abrió lentamente por la mano del tímido Fran que entró con marcha parsimoniosa en el cuarto, a expensas del permiso del señor Álamo. Tras varios pasos, cruzando por delante del cuarto de baño, se destapó ante él la misma imagen que le quedó grabada en su anterior visita. Rafael yacía tumbado con la mirada anclada en el liso techo aunque con una expresión diferente, mucho más sosegada.

- ¿Señor Álamo? – preguntó retraído. El exánime cuerpo del empresario, tan decrepito como en la última fotografía, tomó vida repentinamente y giró la cabeza clavando su mirada en Fran.

- Es usted – afirmó con voz gutural – qué rápido ha venido.

- En cuanto me avisaron – replicó. Por si no fuera bastante su aspecto externo, su tono de voz era igualmente grimoso – ¿Cómo se encuentra? – el paciente quedó un instante en silencio para echarse luego un vistazo a sí mismo de arriba abajo y sonreír levemente. Fran concluyó que había errado al preguntar tal obviedad.

- Estoy como me merezco estar – expresó con resignación.

- ¿Por qué dice eso? – Fran no captó el mensaje, aunque supuso por donde iba.

- Eres demasiado joven para entenderlo, hijo.

- ¿Por qué me ha hecho llamar? – cuestionó con delicadeza – No nos conocemos, que yo sepa.

- Hablé con Klaus cuando desperté, y me dijo que le había contratado para investigar mis... “movimientos” de las últimas semanas.

- Así es...

- No lo hagas – el rostro del empresario se tornó rudo, amenazante.

- Me temo que ya he empezado, de hecho estoy terminando. Le presentaré un informe a su socio sobre los datos recogidos, si no le importa.

- Tómese lo como una amenaza, o un consejo, o como quiera, pero olvide todo esto. Y desde luego, no le diga nada a mi familia, de eso ya me encargaré yo.

- Como quiera – no creyó conveniente llevarle la contraria.

- Por desgracia, debo pedirle un último favor.

- Por supuesto, dígame.

- Destruya el libro – sus ojos se llenaron de temor, y Fran se percató de ello.

- ¿Qué libro?

- No se haga el tonto conmigo detective. Sabe muy bien qué libro es. Por su bien y el de los suyos, destrúyalo. No se le ocurra leerlo.

- De acuerdo, pero... ¿por qué?

- Míreme bien – dijo mientras se incorporaba desmañadamente. Dio tiempo de sobra para que Fran le escrutase su demacrado aspecto – Estas son las consecuencias de ir más allá.

- He estado en el chalet, señor Álamo, y lo que vi allí escapa a mi lógica. Usted lo tenía todo – “no debí decir eso”, pensó – Dinero, una familia, buena salud... ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho todo esto? Corríjame si me equivoco, pero lo que trató de conseguir con ese... “ritual”, fue rejuvenecer.

- Como te he dicho antes, eres demasiado joven para entenderlo.

- Inténtelo – aquella proposición dejó pensativo al viejo – creo que me lo he ganado.

- ¿Tienes novia? – preguntó al poco.

- Se podría decir que sí.

- Si... la tienes, y la quieres, puedo verlo en tus ojos – afirmó el anciano sardónicamente – pero tu egoísmo e inmadurez te impiden arriesgarte a reconocerlo. Divina ignorancia... – exclamó mientras suspiraba – Imagina entonces que creas una familia con ella, y que eso te hace realmente feliz. Desearías que durase para siempre, pero de pronto te ves con casi cincuenta años. Tu vida ha pasado sin que te des ni cuenta, como un suspiro en el aire, y empiezas a pensar que en cualquier momento puede acabarse todo. Esa sensación te acompaña cada día, y ni el dinero ni nada puede apartarte de ella – explicaba con escalofriante frialdad – Ya no te preocupas por ti mismo, si no por tu esposa, tus hijos, la gente que quieres. Temes perderlos más que cualquier otra cosa. Eso te quita el sueño por las noches... ¿No harías lo que fuera por evitar la muerte de los tuyos?

- Todos tenemos que morir algún día, señor Álamo.

- Eso lo dices ahora. No le tienes aprecio a nada porque eres un ignorante egoísta. Me miras como si yo fuera una piltrafa, pero soy yo el que debería compadecerse de ti... tú no sabes nada de la vida; no me arrepiento de lo que he hecho – comentó sin resignación, esbozando una sonrisa en sus estriados labios – Vi la oportunidad y lo intenté, por mi familia... pero aquel libro... – su mirada se perdió en el fondo del cuarto – cuando me llegó... no podía creer lo que prometía... había encontrado la forma de hacer realidad mi sueño... – parecía estar en trance mientras narraba con ritmo pasmoso – podría vivir para siempre... y mi familia también... – sus ojos comenzaron a derramar lágrimas en una expresión de júbilo – Para siempre... para siempre... para siempre...

- ¿Señor? – trató de sacarlo del embelesamiento.

- Para siempre...

- Rafael – Fran se acercó y lo agarró por los hombros. Entre leves zarandeos trató de llamar su atención hasta que por fin los ojos de Rafael Álamo volvieron a la realidad y se centraron en el detective. Solo cuatro palabras salieron de su boca.

- Quémelo, por su bien.

Aquella orden fue clara e inequívoca: Quémelo. Ya a las afueras del hospital pitillo en mano, especulaba sobre los posibles móviles que habían llevado a Rafael a caer en tal estado de locura. Su explicación irracional de hace unos minutos sumada a su percepción escéptica restaban credibilidad a lo escuchado, aunque despertaban gran interés en el detective. La imagen de aquel estrambótico animal de rasgos anfibios, y el pedigüeño pelirrojo de aspecto anacrónico que le abordó en el restaurante cual aparición mariana seguían siendo incógnitas para él, las cuales se añadían a tantas reseñas surrealistas acontecidas recientemente. Casi sin percatarse, la señora Álamo y sus hijos llegaron hasta su posición. Sus expresiones eran mucho más livianas, muy posiblemente por las buenas noticias sobre el “despertar” de su familiar. Fran se sintió obligado a abordarles.

- Buenos días – saludó – ¿Me recuerda?
- Hola... – respondió sonriente – claro, usted es... Fran, el detective ¿no?
- Si, señora, ayer estuvimos hablando.
- ¿Y cómo usted por aquí? ¿Ocurre algo? – cuestionó alarmada.
- No, no, ningún problema... me avisaron sobre el cambio de estado de su marido y decidí acercarme a verle.
- Un detalle por su parte – los niños esperaban pacientes durante el diálogo – ¿Ha visto ya a Rafael?
- Si...

- ¿Y bien? ¿Cómo está?

- Bueno – sopesó la respuesta – yo le he visto bien. Ha preguntado por usted, y por los niños. Y según me ha comentado el doctor, su estado es estable.

- Eso es estupendo – apuntó felizmente – Bueno, aún tenemos que arreglar los papeles de su contratación y pagarle sus honorarios, ¿no?

- Si... me pondré en contacto con usted más adelante, ahora procure disfrutar de las buenas noticias.

- Muchas gracias, Fran ¿Qué hay de su investigación? ¿Ha descubierto algo importante?

- Pues... – rememoró las palabras de Rafael, “y desde luego, no le diga nada a mi familia, de eso ya me encargaré yo...” – debo presentarle un informe al socio de su marido, espero tenerlo para mañana. No se preocupe por eso. Ahora suba y hable con Rafael, él podrá explicárselo mucho mejor que yo.

- Gracias de nuevo.

- De nada – justo cuando la conversación se había dado por acabada, otra frase volvió a su consciencia inoportunamente. “pero aquel libro... cuando me llegó...”. No pudo resistir el impulso de indagar – Sólo una cosa más.

- ¿Si? – la mujer se giró.

- Me comentó que Rafael es aficionado a la lectura, si no recuerdo mal.

- Así es. Mucho, le encanta leer. O al menos le encantaba...

- ¿Dónde compraba sus libros?

- Muchos de ellos los encargaba por Internet – respondió casi sin pensar – otros cuando vamos de viaje, o en cualquier tienda... depende. ¿Por qué?

- Simple curiosidad... – quitó importancia a la pregunta – ¿Le importaría

que me pasara por su casa después? Me gustaría comprobar algo, me quedaría más tranquilo.

- Claro, vaya, Adrina le atenderá si no estoy allí.

- ¿Tenían mascota en su chalet de las afueras?

- No... - la mujer parecía francamente extrañada por la pregunta – No que yo sepa...

- Bien, no la molesto más – concluyó jovial – Gracias por todo, señora Álamo. Estaremos en contacto.

- Igualmente, hasta otra.

La mujer alcanzó a sus dos hijos que ya la esperaban escaleras arriba, ambos con aparentes pocas ganas de entrar en el hospital, mientras Fran les contemplaba consciente de que la desgracia era mayor de lo que creían. En su opinión, el señor Álamo había perdido totalmente el juicio dada la ingente cantidad de información esotérica y ocultista que había ingerido en las pasadas semanas. De pronto el móvil vibró dentro de los vaqueros de Fran. Era un número privado.

- ¿Sí?

- Señor Velasco, soy Klaus Ohlfan – aunque no le hubiera dicho su nombre, su acento ario le delataba manifiestamente – Disculpe que le moleste, me encuentro frente a su oficina pero está cerrada ¿Podríamos vernos?

- Desde luego, iré ahora mismo.

- ¿Dónde se encuentra? – por algún motivo que Fran no pudo concretar aquella pregunta le resultó suspicaz.

- Estoy de camino, he tenido que volver a mi casa a recoger algo...

- Bien, aquí le espero.

- Hasta ahora.

Sin más dilación, Fran se montó en su coche y puso rumbo a la oficina. Analizando fríamente la conversación, no tenía lógica que Ohlfan le buscara sin previo aviso; solo había transcurrido un día, y él no le había dicho que estaba acabando la investigación, ni que Rafael estuviera despierto. ¿Por qué entonces iba a querer verle? En cualquier caso, era mejor mantener al margen ciertos aspectos de la investigación dada su inconexa relevancia, por respeto a la familia del afectado y por el mismo Rafael, al que ya tomarían por trastornado sin necesidad de revelar sus últimos pinitos en el ocultismo práctico. Efectivamente, y por segunda vez, el elegante alemán esperaba paciente en la puerta de la oficina enfundado en otro de sus costosos trajes.

- Buenos días, disculpe el retraso – saludó Fran.

- No tiene importancia – replicó – ¿Podemos hablar dentro? Tengo algo de prisa.

- Claro, adelante – mientras abría la puerta el empresario miró en todas direcciones como queriendo asegurarse de que nadie le veía, algo harto complicado en una ciudad tan transitada como Málaga. Una vez dentro... – Tome asiento por favor.

- ¿Cuándo tendrá el informe de la investigación? – instó mientras se recostaba despacio sobre la silla. Parecía algo ansioso en su tono de voz en contraste con su semblante pacífico.

- Puede que lo tenga para mañana por la tarde, creo que se lo he comentado antes por teléfono.

- ¿Le importaría hacerme un resumen de lo que ha averiguado? – esto no le gustó a Fran. Tantas prisas de pronto no podía ser buena señal. El detective

quedó en silencio unos segundos.

- Todo indica que Rafael cayó en una profunda depresión y decidió aislarse temporalmente de todo. Por eso se marchó a su casa de las afueras, por cierto... – apuntó soslayando el tema – ¿Dónde le encontró usted? Si no es mucho preguntar.

- Desde luego que no. Cuando entré en la casa recuerdo que estaba muy oscuro. Empecé a llamarle pero no respondía, así que subí a la segunda planta y le hallé tirado en las escaleras. Lo recogí y le llevé al hospital. Eso fue todo.

- Entiendo – el alemán seguía ocultando el hecho de haber hablado con Rafael

- Necesito que me haga un trabajo añadido, señor Velasco – añadió sin tregua. Fran ya se esperaba algo así.

- Claro, ¿de qué se trata?

- Hace tiempo, le dejé un libro a Rafael, y quisiera recuperarlo.

- ¿Qué clase de libro? – Fran era consciente del libro en cuestión, el misterioso tratado anónimo – ¿Cómo se llama?

- No tiene nombre – aquello confirmó las sospechas del detective – es un viejo libro artesanal escrito en inglés tradicional. No tiene gran valor, pero es importante para mí.

- Debe serlo, para acordarse de él en tales circunstancias... – aquel apunte no pareció gustar demasiado al alemán.

- Si ha estado en la casa de Rafael debe saber de qué libro le hablo.

- Puede ser, me pasaré por allí, creo recordar que lo vi, pero no le presté mayor atención. ¿Es un libro de tapas rojas? – si conocía el contenido del libro, lo lógico es que el color de este fuera rojo o negro, las tonalidades más simbólicas del ocultismo.

- Hace tiempo que se lo dejé, pero creo que sí... - Ohlfan cayó en la trampa.

Era obvio que no sabía el aspecto completo del libro, solo datos sueltos. Sobre la marcha, el detective razonó sobre los posibles intereses del alemán con respecto al añejo tratado y su fuente de información. Nadie salvo Rafael podría haberle dicho nada acerca del libro. Si su socio quería hacerse con él, con el mismo fin que el señor Álamo, era deber moral de Fran evitar que cayera en sus manos.

- Veré lo que puedo hacer, señor Ohlfan. Si no le importa, ahora debo seguir con la investigación. ¿Desea algo más?

- No, nada más, mañana hablaremos de sus honorarios. Y habrá un generoso extra si me consigue el libro. Consígalo – aquella orden sonó como otra muestra del gran interés que Klaus tenía por el tratado.

- Haré lo que pueda – concluyó Fran sonriente siguiéndole el juego; pero por muchos esfuerzos que se hicieran, ambos eran conscientes de la gran farsa que estaban representando.

Otro reclamo más quedaba sin respuesta y se sumaba a las ya incontables llamadas perdidas del ignorado móvil. El atardecer había llegado llevándose consigo varias horas en blanco. El hielo se fundía rápidamente sumergido en el dulce ron miel de la copa del detective que continuaba recostado en su sofá, obviando cuanto ocurría a su alrededor, obcecado, contemplando fijamente el arcaico compendio que yacía solitario en medio de la mesa. Sus ojos cansados no se apartaban de aquellas tapas de color pardusco que parecían susurrar algo cuando el silencio conquistaba el salón. Ideas extrañas cruzaban por la escéptica mente de Fran. Era ahora, en frío, cuando comenzaba a percatarse de que lo acontecido no tenía cabida en la lógica convencional. Los satánicos dibujos, la extrañísima enfermedad del señor Álamo, sustancias que cambian de color con la luz, un compendio que habla de inframundos y espíritus, de vidas y muertes más allá de los tiempos, e incluso una extraña especie de animal... todo aquello tenía un cierto pase, y explicación coherente si la rebuscabas, pero aquel carcamal pelirrojo que vio en el restaurante cual aparición fantasmagórica... eso no. “¿Qué pudo provocar esa alucinación? ¿Fue realmente una alucinación? ¿Estaré volviéndome loco?”, se cuestionaba Fran.

También se planteaba un dilema moral añadido. Podría entregar al señor Ohlfan el libro, posible responsable de todos los males físicos y mentales de su cliente, llevarse su recompensa monetaria extra, y que él acarrease con los peligros que este conlleva, o bien seguir el consejo de Rafael que le instó a destruirlo, teniendo que dar explicaciones después de su desaparición y esperar las posibles represalias del empresario. Había una tercera opción, aunque no parecía muy viable. Consistía básicamente en sincerarse con ambos socios, explicando claramente lo ocurrido, y asumiendo que lo hecho, la destrucción del libro entre otras cosas, era lo más correcto. Pero no era una opción conveniente si se quería mantener la discreción que el señor Álamo expresó durante su careo, y evitar futuros desarreglos y desconfianzas entre

ambos. Si Klaus se enteraba de toda la verdad, si es que no la sabía ya, lo más probable es que lo tomase por loco y tratara de quedarse con su parte de los negocios. Llegado a este punto, otro razonamiento descabellado surgió de la nada en la mente de Fran. “¿Y si Klaus realmente le había dado el libro a Rafael con la intención de destruirlo mentalmente de esta forma y ahora su interés era eliminar pruebas?” Si eso era así, el hecho de destruirlo sería un alivio para él, y lo dejaría impune a todas luces.

Cuando el detective volvió en sí, tras un indefinido espacio de tiempo de absorto razonamiento, la noche ya había caído, y el cuarto donde se encontraba se había ido embutiendo de oscuridad tan paulatinamente que sus ojos se adaptaron sobre la marcha. Un dolor agudo lo atravesaba de oreja a oreja como una afilada saeta, quizá por los efectos del alcohol combinados con tanta elucubración intrincada. Dejó el vaso de licor aguado encima de la mesa y su mundo se tambaleó al incorporarse. El mareo fue remitiendo gracias al masaje que se dio a sí mismo en la nuca y las sienes aliviando levemente la presión. Al abrir los ojos, lo que vio le hizo darse cuenta de lo que debía hacer. Como si un letrero luminoso se lo indicara, el causante de los problemas se destacaba ante él. La visión de aquel maldito compendio a la luz de la noche era distinta a como Fran la recordaba. Un inusual e ínfimo fulgor salía de sus hojas, y al prestar atención, casi podía oírse una voz que daba la impresión de estar narrando su contenido. Como un resorte, Fran se levantó del sofá agarrando violentamente el libro y dirigiéndose hacia la cocina con decisión dejando a un lado sus dudas y tratando de mantener la parte que cavila del cerebro desconectada. Sacó la bolsa del cubo de basura y la revoleó contra la pared del patio, arrojando el compendio dentro del recipiente de metal mientras sacaba su mechero de la suerte del bolsillo de su ajustado vaquero. Al encenderlo iluminó en gran parte el oscurecido habitáculo dejando ver el libro en cuestión, que a duras penas cabía dentro del cubo. No pudo evitar que le sobrevinieran en última instancia las pertinentes dudas acerca de lo que estaba a punto de hacer. Fue entonces cuando vislumbró un nimio detalle que le hizo fruncir el ceño y agacharse para verlo un poco más de cerca. Como si de un quiste se tratara, un trozo de papel sobresalía de las últimas hojas, destacando por la diferencia de color. Aquel pliego tenía un aspecto mucho más reciente, un blanco impoluto que resaltaba entre el resto de los amarillentos folios. Al agacharse y extraerlo, leyó su contenido y todos los razonamientos que le habían ocupado desde la tarde hasta el momento, y sobre

los que se sostenían sus deducciones para con los señores Ohlfan y Álamo, se vieron derrumbados. Un renovado interés por el caso le aseguraba la continuación de la investigación. El diminuto documento era un resguardo de correos, que instaba a Rafael Álamo a recoger un bulto en sus instalaciones. Sus pasos le llevaron velozmente a su estudio con la intención de concluir una tarea pendiente de la noche anterior. Rebuscando entre tanto desorden, recogió la maleta donde había traído los libros, y sacó de ella el portátil que hasta entonces había pasado desapercibido a sus ojos y su interés, quizá por su poca relevancia, quizá por exceso de confianza al disponer ya de tanta información. Levantó la tapa y lo encendió. Sintió un auténtico escalofrío al ver que el sistema operativo del equipo era el Windows Vista, “eso sí que es algo terrorífico”, bromeó para sí con ánimos renovados. Cuando terminó la carga y llegó el escritorio, plagado de gadgets y accesos directos, examinó los documentos que pudieran ser más relevantes comenzando por los más recientes y terminando por una búsqueda de imágenes infructuosa. La mayoría de los datos se referían a sus negocios y proyectos personales; presupuestos, facturas, currículos, e información diversa sin utilidad para los fines del detective. Fuera de donde fuese que Rafael hubiera sacado la información para realizar los rituales no estaba ahí. Ya por último, casi sin ideas, cliqueó para abrir el buscador de Internet y revisó el historial reciente. Cuentas bancarias, páginas diversas, del tiempo, celebraciones de la ciudad y sus alrededores, promotoras, inmobiliarias, la web oficial del Ayuntamiento de Málaga, EBay, y varias de agencias de viajes. Tras recapacitar un instante, la única que le llamó la atención fue EBay, la cual, si no le fallaba la memoria, se dedicaba a la compra y venta por Internet de bienes y artículos variados. Entró en la página con la suerte de que el señor Álamo tenía la contraseña y cuenta de usuario recordada automáticamente en el ordenador. Esto le permitió acceder a su perfil de usuario y revisar sus últimas pujas, entre otras cosas. Parece que le apasionaba trastear en esta web a juzgar por tantísimas intervenciones y compras que quedaban registradas en su cuenta. La más reciente era una colección de trastos recogidos y cerrados en una caja de cartón duro. El precio de salida era un euro, algo comprensible tratándose de algo que ni siquiera sabes qué es a ciencia cierta. La puja del señor Álamo resultó la ganadora al ofrecer de los primeros cincuenta y cinco euros, oferta muy superior a las precedentes, y dejando sin opciones al resto de participantes. La única pista del contenido de la caja, estaba en su descripción, “Juguetes, libros, cintas vhs, y demás”. El anterior dueño de la colección era un inglés

con el sobrenombre de Al Hazred, nombre conocido por Fran recientemente entre los apuntes de Rafael, escritor original del Al-Azif, más conocido por Necronomicón una vez traducido al griego. Para más inri, la fecha de entrega coincidía prácticamente con el momento en que el señor Álamo empezó a comportarse de forma anómala. Puede que el libro no formara parte de aquel conjunto pero la coincidencia era demasiada como para pasarla por alto. De lo que no había duda para Fran, es que el caso Álamo no había terminado.

Epílogo

Desde el principio de los tiempos, el hombre ha sido consciente y respetuoso con el hecho irrefutable de que existen fuerzas superiores a él mismo, fuerzas incontrolables e inexplicables mediante nuestros primitivos y básicos medios de comunicación y expresión. Pero con el paso de los siglos, parece que ese conocimiento y respeto se han ido perdiendo, dando lugar a gran prepotencia por una parte y una forma de vida por otra basada en un concepto erróneo, ya que diariamente el ser humano se estresa, se entristece, se alegra, o se enfurece, por asuntos nimios, olvidando que es un ente físico mortal, perecedero, y que el tiempo del que dispone es tan efímero como su propia existencia. ¿Qué es un Eón comparado con el infinito tiempo? ¿Qué es un planeta en medio del universo? Nada, solo un engranaje más de algo tan basto y gargantuesco que escapa a nuestro entendimiento. Con más razón deberíamos sentirnos insignificantes y no plantearnos nuestros problemas como auténticos hechos relevantes, pues en conjunto, no lo son. Rafael Álamo no es más que la alegoría de ese sentimiento de pánico e ingenuidad que todo ser vivo se plantea ante algo tan inhóspito como la muerte. ¿Y qué es la muerte sino otra parte más de la vida? Todo cuanto existe, tiene su Némesis o contrapartida. Algunos hacen, o harían si pudieran, cualquier cosa por evitar ese paso a lo desconocido, pero la única verdad, es que tanto la vida, como la muerte, son inevitables. Muchas religiones y pseudo ciencias consideran que el universo no es infinito, sino cíclico, y que su infinidad reside en que siempre está en movimiento, un tránsito que redunda una y otra vez. Así pues, podría considerarse que el hecho de nacer, vivir y morir, no son más que simples partes de un proceso mayor que siempre se repite. De ahí creencias como la resurrección, la reencarnación, y demás teorías, más místicas que científicas. ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Por qué se tiene que acabar? ¿Fuimos inmortales en otra época y la propia evolución demostró que es más productivo vivir un tiempo determinado? Bueno, estas son algunas preguntas que me sobrevienen al plantearme el por qué de la mortalidad de los seres vivos, porque, ¿qué pasaría si fuéramos inmortales? Pensadlo bien, si no

hubiera un final, todo se vería de una forma muy diferente. Para empezar, la reproducción en sí sería algo inútil, ya que no podemos morir, y por tanto, no envejeceríamos. ¿Dónde se establecería nuestra edad, y forma física? Si somos inmortales, ¿quién no trajo al mundo? Os recuerdo que no habría forma alguna de reproducción. Y dejando al margen cuestiones fisiológicas, ¿cómo sería nuestra personalidad? No nos molestaríamos en estudiar la ciencia, ni la biología, ya que sería tan complejo como inútil. No habría enfermedad capaz de vencernos, ni causa que pudiera matarnos. Tampoco comeríamos ni beberíamos por necesidad, sino por placer, ya que no lo necesitamos. Tampoco creo que lo que hoy denominamos “amor” fuera lo mismo si no pudiéramos fallecer. El amor en sí, es un sentimiento que surge entre dos seres que desean pasar el resto de su vida juntos y formar una familia a la que ver crecer y prosperar, pero si la vida fuera infinita y no se pudiera tener hijos, no sé qué sentido tendría esto. Sería todo muy estático, siempre seríamos los mismos, en el mismo número, y no habría ni la centésima parte del interés por vivir que tenemos actualmente con las normas que rigen nuestra existencia.

Francamente, creo que la naturaleza humana está pensada así porque es una opción más sensata y más útil que cualquier otro planteamiento egoísta. De esta forma, todo cuanto hacemos tiene relativa importancia para nosotros mismos, pero repercute en generaciones futuras, y ese es un pensamiento alentador dentro de la efimeridad de nuestros insignificantes actos.



MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN

EL HOGAR MALDITO

“No está muerto aquello que yace eternamente, pues con el paso de los misteriosos eones, hasta la misma muerte puede morir...”

Extracto del Al-Azif

Abdul Al-Hazred

- Érase una vez una aldea, en la cual vivía un sabio que tenía una respuesta acertada para cualquier duda que le planteasen. Tal era su sabiduría, que su fama no tardó en llegar a todas partes. Venían a consultarle de diversos lugares, incluyendo habitantes de las aldeas más alejadas de su región. Los grandes líderes también recurrían a él, rogando consejo sobre aspectos amorosos, económicos, políticos, de todo tipo. Sin embargo, en su misma aldea vivía un joven que estaba celoso del sabio y de la gran fama que estaba alcanzando. Tal era su envidia, que urdió un plan para desacreditarlo. Un día se lo contó a su amigo para ver qué le parecía. “Iré a verle con un pequeño pájaro entre mis manos, y le preguntaré si el animal está vivo o muerto. Si me dice que está vivo, lo aplastaré; si me dice que está muerto, lo soltaré, y pase lo que pase, diga lo que diga, el anciano sabiondo quedará en ridículo ante todo el pueblo...”. Al amigo, sorprendido por tan malas intenciones, le pareció un buen plan si su único objetivo era desacreditar al sabio. Ni siquiera se molestó en preguntarle sus motivos, así que sin más, le animó a llevarlo a cabo. Al día siguiente, el malvado joven convocó al sabio delante de todo el pueblo con la intención de preguntarle algo importante. Todo el poblado, amén de muchos habitantes vecinos, se congregaron expectantes en la plaza central para contemplar la reacción y la respuesta del sabio. El joven, sin dudar, se adelantó hasta quedar enfrentado al anciano ocultando algo con ambas manos y le preguntó: “Anciano, el pájaro que tengo entre mis manos, ¿está vivo o muerto?”. Toda la plaza quedó en silencio, a la espera de la respuesta del sabio. Este, tomándose su tiempo, sonriente y sereno, respondió: “Querido amigo, el futuro está en tus manos...” – La joven recostada en el amplio sofá de diseño de piel roja escuchaba atenta, como hipnotizada, cada palabra que Ángel decía sentado en su sillón frente a ella – ¿Qué significa esta historia? – se autocuestionó; el psicólogo se tomó un instante para reflexionar con la mirada perdida – Cuando nos levantamos por la mañana, podemos mirar nuestras manos, y pensar que el constructor usa sus manos para construir edificios, el escultor para crear figuras, el escritor para plasmar su

imaginación... hay muchas cosas en nuestra vida que no podremos elegir nunca, pero sí que podemos elegir cómo usar nuestras manos, que son el símbolo de todo cuanto podemos conseguir con ellas. Podemos hacer actos viles, oscuros, inocuos, malintencionados... o podemos hacer el bien a los demás y a nosotros mismos, mediante actos positivos y creativos, que den más y mejor sentido a nuestras vidas y a los que nos rodean. No puedes dejar que los problemas cotidianos y el estrés te influyan de esa forma Lidia... tu eres fuerte, y tienes unas manos capaces de hacer grandes cosas – esta última frase denotó un segundo sentido que acompañado de la pícara sonrisa de Ángel consiguió sonsacar una tímida mueca recíproca a su paciente que, alagada, no podía apartar sus ojos del elocuente orador. Ángel tenía la habilidad de saber por la expresión de un paciente si estaba tratando el problema por buen camino, aunque también es cierto que no perdía oportunidad de llegar un poco más lejos cuando sus pacientes eran mujeres favorecidas físicamente, lo cual no era el caso.

- ¿Usted cree? No lo sé... – respondió un tanto desanimada – Me han pasado tantas cosas, y siempre me están criticando, todo el mundo, y en el trabajo...

- Lidia – interrumpió Ángel con suma delicadeza – Lo único que necesitas es confianza en ti misma... nada más. Aquellos que nos critican son aquellos que nos envidian, no lo olvides... – Aquella última frase sonsacó una amplia sonrisa a la joven que parecía realmente animada por las convincentes explicaciones del psicólogo. Entonces, entre sendas miradas iluminadas por la luz blanca de los focos halógenos de diseño del amplio despacho, las distancias se fueron acortando en una irremediable atracción sexual por parte de la chica. Ángel era perfectamente consciente de ello, y no sería la primera vez que le ocurría; aunque no era su tipo concreto de mujer, no solía hacer feos a pasatiempos que amenizaran sus horarios de trabajo.

- Señor Práxedes, disculpe, tiene una llamada... – la timorata voz de su secretaria surgió del intercomunicador interrumpiendo el íntimo momento, sobresaltando a ambos, y arrancándolos bruscamente del embelesamiento. Ángel saltó de su cómodo sillón y se acercó al aparato irritado.

- Silvia, estoy con una paciente... – susurró – te he dicho mil veces...

- Es Eli, dice que es urgente – añadió sin dejarle terminar. Ángel resopló y pasó un instante maldiciendo la inoportunidad de su secretaria.

- De acuerdo, pásame la llamada – indicó con tono neutro mientras se volvía hacia su avergonzada paciente – Lidia, discúlpame, hemos terminado por hoy; vuelve mañana a la misma hora. Espero que me permitas compensarte la interrupción, la próxima sesión corre de mi cuenta – declaró con su habitual elegancia. La mujer se sintió tan halagada que parecía no tener palabras para replicar.

- No sé cómo darte las gracias...

- Ya se nos ocurrirá algo... – respondió insidioso – Hasta mañana – Ángel acompañó hasta la puerta a la joven que se marchaba infinitamente más lozana que cuando llegó, con su habitual actitud pesimista provocada en gran parte por variopintos problemas tanto en su vida sentimental como en la laboral. Ángel sabía sobradamente manejar este tipo de personalidades a las que solo les hacía falta que alguien las escuchara con atención y sentirse animadas y en estima de los demás, algo que se les suele negar por su personalidad retraída o simplemente porque ellas mismas se subestiman y no alcanzan a ver lo que les ofrecen quienes la rodean ni sus propias posibilidades. Estos casos solían afectar a personas con un físico desfavorecido en un alto porcentaje, aunque en ocasiones como esta, estas presas fáciles como Ángel las denominaba, solían estar compensadas en cuanto a belleza y baja autoestima, lo cual las hacía francamente vulnerables a los encantos y sutilezas del psicólogo, que no dudaba en sacar partido de su extraordinaria labia y falta de escrúpulos – Pásame la llamada Silvia... – ordenó tras recibir una última mirada significativa de Lidia y cerrar la puerta del despacho.

- ¿Si? – preguntó al descolgar mientras tomaba asiento de nuevo.

- Ángel, soy Eli – la delicada voz de su amiga sonó un tanto distorsionada por el altavoz.

- ¡Silvia, cuelga! – una vez más su secretaria casi conseguía sacarle de sus casillas al no colgar correctamente su teléfono dejando la línea abierta e interfiriendo en la llamada – Dime cariño, buenos días.

- Buenos días – saludó recia. Para Eli, Ángel era uno de esos amigos de Fran que ejercían únicamente como mala influencia y se dedicaban por entero a sus vicios en cuanto tenían oportunidad, lo cual no distaba mucho de la realidad – ¿Sabes algo de Fran? Hace días que no sé nada de él...

- Pues no, la verdad; este fin de semana no ha querido salir, y lo cierto es que estoy bastante liado con el trabajo desde el lunes. ¿Por qué lo dices? ¿Necesitas algo?

- No, déjalo. Es que estoy un poco preocupada, suele llamarme a diario, pero hace casi una semana que no lo hace...

- Puedo acercarme a su casa o a la oficina sobre las cuatro si te parece, a ver si está allí y le digo que te llame – Ángel empezaba a estar igualmente turbado; el hecho de desaparecer tanto tiempo sin decir nada a nadie no era habitual en Fran.

- Vale, gracias, no te molesto más... - dijo en tono agradable.

- Tu nunca molestas mujer... no digas tonterías.

- Bueno, hasta luego – era innegable que Ángel no era santo de su devoción. Los encantos del psicólogo no surtían efecto en mentes lúcidas como la de ella.

- Ciao, guapa – se despidió mientras colgaba el teléfono.

La conversación sobre la desaparición de Fran había desatado en Ángel una distracción que probablemente le impediría centrarse debidamente en su trabajo el resto del día. Si bien es cierto que la opinión de Eli sobre él era completamente fundada, también había que reconocer que se preocupaba por sus amigos como el que más. De modo que decidió resolver ese asunto antes de seguir con sus tareas. Miró su lujoso reloj plateado de marca italiana y vio que era demasiado temprano para evadirse y dejar la consulta.

- Silvia, ¿cuántas citas hay para hoy? – preguntó pulsando el botón del intercomunicador.

- Un segundo – respondió mientras oteaba la agenda – Quedan dos más, señor Práxedes, con Diego Salcedo a las once y media y la señorita Ramos a la una en punto.

- Bien – sopesó las posibilidades. La cita con el señor Salcedo no era la primera, de hecho, era un cliente habitual cuyos problemas eran bastante livianos y fáciles de resolver, podía esperar. Sin embargo, Cristina Ramos era uno de esos objetivos pendientes de Ángel, y no en términos laborales precisamente. Su escultural cuerpo era más que suficiente para hacerle ver que sus tensiones e inseguridades personales eran totalmente innecesarias, las cuales provenían de la raíz de una familia tan tradicional y retraída que la mantenían, a pesar de sus veintiocho años, bajo su estricta protección basada en ideales prehistóricos que estaban arruinando su salud mental. Aún así, no podía evitar pensar en qué le habría pasado a su amigo para no dar señales de vida durante tantos días seguidos – Llámale y cambia sus citas para mañana a la misma hora.

- En seguida les llamo – aunque no era muy avispada, no se le podía negar sus buenas maneras y predisposición al trabajo, amén de un físico realmente seductor, punto trascendente que inclinó a Ángel a contratarla; una muestra más de su gran superficialidad.

- Silvia, yo tengo que salir, cierra cuando termines, ¿de acuerdo?

- No se preocupe, yo me encargo. ¿Ocurre algo grave? – preguntó alarmada. No era habitual este tipo de reacciones en su jefe.

- Aún no lo sé – respondió abstraído – pero gracias por preguntar.

Fran había montado su agencia propia de detective privado hacía ya casi dos años. Tras llamar a su oficina y comprobar que nadie respondía, Ángel decidió acercarse antes a su casa, por proximidad más que nada, evitando así dar más vueltas de las necesarias. Durante todo el camino desde el centro de Málaga hasta el Rincón de la Victoria, lugar de residencia habitual de su amigo y vecino, trató de recomponer los últimos momentos que había pasado con él hacía ya casi dos semanas. Después de tantos años compartiendo el tiempo libre, e incluso a veces de trabajo, algunos trucos de investigador habían quedado grabados en la memoria del psicólogo, del mismo modo que Fran debió aprender algunos secretos acerca de la mente humana gracias a Ángel. Tras pensarlo detenidamente, cayó en la cuenta de que el último caso que aceptó le tenía un tanto perturbado. De hecho, fue a verle poco antes de desaparecer con una cuestión que no sabía resolver, y cuando menos requería de su experta opinión. La pregunta fue realmente extraña proviniendo de alguien como él: “¿Qué debería ocurrirle a una persona para que su mente quedase bloqueada?”. Esta cuestión sorprendió a Ángel a priori, que trató acto seguido de hacerle entender, en primer lugar, el intrínseco funcionamiento de la mente humana a base de símiles comprensibles, evitando tecnicismos en la medida de lo posible para una mejor comprensión, seguido de varias teorías sobre lo que podría llegar a causar tales daños en un cerebro sano y equilibrado. El motivo principal de la paradójica pregunta parecía tener relación directa con el caso que estaba abordando en aquellos momentos. Al parecer, su cliente le pidió investigara una serie de acontecimientos previos al estado que terminó presentando su socio, un tal Rafael Álamo, el cual se encontraba postrado en una cama del Carlos Haya con unos síntomas que los médicos no atinaban a diagnosticar con certeza.

Mientras Ángel rememoraba los hechos pasados, su travesía le había

llevado casi sin darse cuenta hasta hallarse frente a la puerta del chalet de su amigo. Todo parecía en orden visto desde fuera, y la sensación que proporcionaban las sendas vistas del interior a través de las ventanas con las persianas recogidas era de inactividad absoluta. Aún así era preferible asegurarse. De modo que se apeó de su imponente Mercedes y se acercó a la entrada paseando por el camino de piedras irregulares decorativas incrustadas en el césped dejando tras de sí un rastro de vanidad difícil de igualar. Entretanto, un pensamiento involuntario surgió al contemplar la decoración externa de la casa. Elementos como la fachada de color ocre apagado, rematada por rebordes blancos para los tragaluces y un rosetón central en la segunda planta eran detalles que seguramente llevarían allí bastante tiempo, pero habían pasado desapercibidos a ojos de Ángel hasta ahora. Era curioso, pensó, cómo algunos pormenores pasan inadvertidos hasta que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. En cualquier caso, Fran había plagiado la decoración de su fachada.

Una vez frente a la puerta tocó el timbre con la esperanza de que le abriesen, pero no hubo suerte. Cerca de un minuto pasó entre esperas y paseos divisando el interior de la casa a través de las ventanas inferiores hasta que regresó a la entrada principal y golpeó con fuerza la puerta con los nudillos. Esta se abrió al ser aporreada. Aquel hecho inquietó más aún a Ángel ya que su amigo no era precisamente de los que se olvidan de cerrar bien la puerta de su casa. Con cierto tiento, terminó de abrir la puerta y entró en el recibidor.

- ¡Fran, soy Ángel! – consideró apropiado anunciar su llegada a alguien que tiene armas de fuego en casa y un temperamento peligroso acabado de despertar. Por desgracia no hubo respuesta. La casa parecía estar deshabitada. Comprobó la cocina, que estaba sin limpiar desde hace días a juzgar por lo que indicaban los platos sucios con comida reseca incrustada, así como el cubo de la basura tumbado en el centro del lavadero. El salón, un tanto desordenado y con los sofás arrugados, revelaba los restos de lo que pudo haber sido una noche en vela del propietario con un par de botellas de ron vacías, su bebida preferida, y un vaso de cristal a medio llenar.

Avanzó un poco más por el pasillo y llegó al dormitorio principal, cuyo estado no era mucho mejor que el resto de lo ya examinado; la cama sin hacer, ropa sucia repartida por los muebles del cuarto... un desastre fuera de lo habitual, incluso tratándose de Fran. Al girarse, se encontró con la puerta del estudio cerrada. Allí, su amigo solía estudiar sus casos, terminar papeleo atrasado y conectarse a internet. Abrió la puerta ávido de curiosidad y encontró lo que parecían ser restos de su último caso. Un montón de libros de diversa temática y papeles se repartían por la habitación, algunos apilados en la mesa, otros sueltos sobre el teclado, en el suelo, en la silla... por todas partes; incluso había varios post-it pegados en la pantalla. Pero el desorden no era lo más chocante. Lo más llamativo eran los apuntes y anotaciones que explicaban cosas incoherentes usando un lenguaje que no terminaba de reconocer, a pesar de estar escrito en perfecto castellano. Tras observarlo más detenidamente y leer algunos de ellos, llegó a la conclusión de que estas extravagantes notas describían rituales, componentes y materiales que parecían sacados de libros de ciencia-ficción y sucesos históricos que narraban hechos aparentemente paranormales, todo con el nombre de su autor como referencia. Divagaciones varias que se alejaban bastante de los insulsos casos de los que el detective solía ocuparse en su trabajo. De repente, su atención se centró en el ordenador, y uno de esos recuerdos que nos son útiles en determinados momentos le vino a su mente. Fran siempre le decía que se debe conocer al objetivo, nombre con el que se designa la persona o razón social a investigar, así como sus movimientos y costumbres, todo cuanto se pueda averiguar de él por ínfimamente importante que parezca. Teniendo esto en cuenta, a Ángel le pareció buena idea hurgar un poco en el equipo informático. Lo encendió y tras esperar unos segundos a que se iniciase, revisó los últimos documentos abiertos en la barra de inicio. Entre tantos archivos en formato Word y Excel, destacaban algunos cuyo nombre parecía hacer referencia, o cuando menos tener cierta relación, a las anotaciones y libros que acababa de revisar. La misma temática extraña, el mismo lenguaje estrambótico y las mismas incoherencias a ojos del psicólogo. “Ahora te crees Iker Jiménez...” pensó. No cabía duda de que algo le había conquistado a Fran su curiosidad y le llevó a sumergirse en todas esas memeces surrealistas que no tenían ni pies ni cabeza para un hombre de ciencia como él. Lo más irónico es que Fran siempre fue un escéptico empedernido y ya desde pequeño sentía

la necesidad de desafiar todo este tipo de cosas. Aun recordaba como si fuera ayer todas aquellas escapadas que hicieron juntos de críos colándose en casas abandonadas o lugares sobre los que pesaba alguna que otra leyenda urbana. Hoy serían incapaces de hacer tales chiquilladas, tanto por falta de tiempo y de inocencia como por sentido común. Cosas de niños, supuso.

Pocos minutos después de trastear por los contenidos de la computadora, así como reprimir sus impulsos naturales de entrar en páginas para adultos de dudosa reputación, pues la situación requería un mínimo de seriedad, revisó el historial y los favoritos, entre los cuales se encontraban Ebay y otras páginas que todo investigador debía tener siempre a mano, se encontró con la pieza que le faltaba para completar el puzzle. Al parecer, Fran había reservado un viaje a Inglaterra a través del portal de una agencia de viajes bastante reconocida. Para más reseña, el vuelo, barato para aquella época del año, le llevaría a Londres quedando abierto al no saber la fecha de vuelta. Ángel se levantó de la silla como si le quemase de pronto y se dirigió raudo al dormitorio principal abriendo el armario y confirmando lo que ya suponía. La maleta de viaje y parte de la ropa no estaban. Sabía las costumbres de Fran de sobra tras años juntos, habiéndose quedado en su casa a dormir en multitud de ocasiones, en las cuales el ocupaba dicho dormitorio, trasladándose el detective a la planta de arriba, la cual estaba en desuso la mayor parte del tiempo. Lo más indicado en este momento era avisar a la preocupada Eli y contarle lo descubierto. El principal inconveniente es que era imposible saber cuándo volvería su amigo del viaje, ya que el billete quedaba abierto y dependía únicamente de su propio criterio la fecha de regreso. En cualquier caso, Ángel echó mano al bolsillo sacando su teléfono móvil y buscando el número de Eli en su guía. Justo al pulsar el botón de llamada y ponerlo en su oído, un ruido de llaves proveniente de la puerta de entrada distrajo su atención obligándole a colgar y asomarse por el quicio de la puerta. Desde el final del pasillo contempló la puerta abriéndose y golpeando la pared, dando paso a una silueta francamente familiar. El joven rubio de aspecto desaliñado con ojeras y barba incipiente de varios días no hacía honor a lo que se recordaba como el aspecto habitual de Fran. Pero era él, no cabía duda. Ángel salió al pasillo sin pronunciar una sola palabra y su mirada y la de su harapiento amigo se cruzaron sin reacción por su parte, aunque lo lógico

habría sido algún tipo de sorpresa o exclamación al hallar a alguien en tu casa tras varios días fuera. Pero no. Su expresión era una mezcla de agotamiento y de insensibilidad total. Era como un autómata de mirada perdida e inerte que daba la impresión de no saber ni dónde está.

- ¿Fran? – preguntó Ángel mientras se acercaba con paso lento – Tío, ¿se puede saber dónde has estado? Menuda pinta tienes... nos tenías preocupados – el ruido de la maleta al dejarla caer contra el suelo de mármol fue interpretado rápidamente por el psicólogo como su única respuesta, aparte de una implícita mala señal.

A pesar de que el viaje hasta su destino había sido excepcionalmente cómodo, pasó prácticamente desapercibido ya que toda la atención del investigador estuvo centrada en traducir e interpretar el misterioso manuscrito de autor desconocido. Ahora sentía un nudo en el estómago solo con pensar que estuvo a punto de destruirlo como le ordenó el señor Álamo en su lecho de demencia. Su contenido no podía ser más sugestivo. Sus narraciones y descripciones sobre los elementos y mundos que trasgredían los planos físicamente perceptibles comprendidos por el ser humano, así como terceras existencias más allá de la lógica le impedían apartar los ojos de aquellas roídas y mugrientas páginas decoradas en sus márgenes con bocetos y esquemas que divagaban desde formas humanoideas o animales amorfos hasta plantas mezclándose todo ello con extravagantes artilugios de hierro y cristal que parecían sacados del taller de algún alquimista loco de la Edad Media. Otro aliciente encantador de aquel compendio era que cada vez que lo abría, fuera por donde fuese y aunque tuviera la sensación de haber leído ya esa hoja, la información era algo totalmente diferente a lo que recordaba, nueva y aún más interesante y fácil de comprender. Como si se fuera modificando a medida que lo leía e iba extrayendo el auténtico significado encerrado en el manuscrito. Una sensación tan fantástica como atrayente. A decir verdad, le supuso un esfuerzo tener que dejar de leer, tras horas de viaje, cada vez que tuvo que apearse tanto del avión en el aeropuerto de Gatwick, como del tren en su destino final, que acabaría llevándole a la ciudad donde indicaban las pistas recopiladas casi más por indeterminadas fuerzas del azar que por méritos propios.

A su llegada a Ashford, el detective se sintió como si ya hubiera estado allí al haber recaudado más que suficiente información sobre aquellas tierras a través de Internet y otros métodos. Fotos, descripciones, agencias turísticas...

nada hacía justicia a aquella recreación para la vista. Ashford es una ciudad inglesa del distrito de Kent, situada en el sur oriental de la isla; era famosa, al igual que el resto de Inglaterra, por tener más supuestos fantasmas y lugares encantados por milla cuadrada que cualquier otro país, en especial y más concretamente este condado, próximo al eurotúnel del canal de la Mancha, que resaltaba por sus leyendas y mitos rurales estudiados y plasmados en reportajes y libros desde los años cincuenta.

El paisaje, apacible y agrario casi en su totalidad, bañado por pastos verdes hasta donde alcanzaba la vista, y adornado con un desfile de interminables hileras serpenteantes de residencias ordenadas en urbanizaciones de idéntica personalidad a ambos lados de las vías del tren que lo atravesaba de punta a punta, suponía un sabor nuevo para Fran, que nunca había visitado territorios de tan arcano e ininteligible encanto. La estructuración de las casas daba un cariz monocromático a la ciudad, todas ellas erigidas con carácter bajo, de una o dos plantas como mucho, con las fachadas en blanco y techado anaranjado compuesto de tradicionales tejas superpuestas, creando una sensación de inmovilidad y falta de avance por mucho que se andara por sus calles. Siempre tenía la sensación de estar en el mismo sitio, al menos en la parte más pueblerina del extrarradio. Las dimensiones eran considerables aunque parecían menores gracias a una conexión de vías y carreteras realmente bien estructurada mediante las cuales podías acceder a cualquier parte de la ciudad rápidamente. Una distribución más que correcta, pensó Fran.

Una vez alcanzado el centro, la sensación era un tanto diferente, mucho más industrial y urbanizada, con grandes edificios que se erguían anacrónicos entre tanto campo y herbaje. El único punto en contra que se podía apreciar a priori era el clima, frío e inapacible durante gran parte del año, como era este caso. En el distrito de Kent en general, sobre todo en otoño, había gran cantidad de densas nieblas que entorpecían la visión de los conductores y la vida cotidiana de sus habitantes. Por suerte para Fran, el día se presentaba despejado, de modo que pudo comprobar con sus propios ojos todo lo descrito anteriormente. Así es el clima en Inglaterra, cambiante e imprevisible.

- ¿Pero por qué has ido allí? – interrumpió Ángel desconcertado después de que ambos se relajaran y se sentasen en el sofá del salón frente a frente, taza de café en mano (era temprano para darle al ron). Fran comenzó a explicar su viaje lenta y detalladamente. Al interrumpir su amigo el comienzo de la historia el detective quedó pensativo unos segundos tratando de buscar una versión resumida de todo lo que le había ocurrido antes de su viaje al Reino Unido. Para Ángel, la expresión de Fran era totalmente distinta, con un aire de carácter endurecido como nunca le había visto, mucho más distante del habitual, escéptico, vividor y optimista tal y como lo recordaba. Sus ojos eran fríos, fijos y decididos, al igual que su modo de narrar, todo ello sumado a un semblante desgastado con claros signos de insomnio y barba de días le hacían parecer otra persona muy diferente.

- ¿Recuerdas el último caso? – preguntó con su nuevo tono de voz inerte.

- Si, el de un tal Rafael, ¿no? Supuse que tendría que ver con eso...

- Aquel hombre compró por Internet un lote de objetos entre los cuales venía un libro. El libro explicaba con detalle cómo realizar rituales además de otras muchas cosas – se encendió un cigarro y exhaló el humo por la nariz – El señor Álamo preparó y realizó uno de ellos con la finalidad de rejuvenecer...

- ¿Y lo consiguió? – preguntó Ángel incrédulo casi sonriendo.

- No. Debió equivocarse en algo... – aquella respuesta y un rictus reflexivo hizo fruncir el ceño a Ángel.

- Lo dices como si de verdad hubiera podido rejuvenecer si llega a hacerlo bien... – la réplica lógica del psicólogo no surtió efecto en Fran, quién dejó claro, más con su silencio que con sus palabras, que parecía convencido de todo cuanto relataba como si sus explicaciones estuvieran fundamentadas racionalmente. Aquello no le gustó a Ángel.

- El libro le dejó trastornado. Cuando despertó me pidió que lo destruyera pero cuando fui a hacerlo, encontré un resguardo de correos. Allí me dijeron que el remitente era un tal...

- Fran – interrumpió – ¿Has leído ese libro?

La respuesta se hizo esperar. Las miradas se cruzaron entre la humareda de los cigarros, y el ambiente cargado trajo a la memoria del detective la densa niebla de Ashford, una niebla que tardaría mucho en olvidar.

Fran por fin se encontraba frente al hotel Holiday Inn North, con su silueta difuminada por un sol a punto de ocultarse a sus espaldas. Esto le hizo sentir un gran alivio, no por ser un hermoso panorama, sino por haber recorrido un largo trecho a pie maleta en hombro.

Este hotel era conocido por su ideal localización para turistas o para descansar durante un largo viaje a través del estado. Erguido con el característico estilo anglosajón, su talante era el de la orgullosa arquitectura conservadora inglesa, muy lineal y cuadriculada con pequeñas torretas salientes de las buhardillas de la parte baja del tejado, una de ellas con un enorme reloj esférico decorativo, todo cimentado a base de ladrillos en color pardo claro u oscuro rematado con amplios ventanales blancos, rodeado de una gran extensión de terrero rural. Todo ello le daba un aspecto más rupestre y apacible si cabía. El único detalle que despuntaba en aquel edificio de la habitual formalidad inglesa era el rótulo en neón verde que daba nombre al hotel.

Desde allí, el acceso era fácil a lugares significativos de Ashford como el Castillo de Leeds o el Túnel de la Mancha, amén de otros elementos turísticos de cierta relevancia accesibles cómodamente por la autopista M20, y con la Terminal de Eurostar en la estación de la ciudad al alcance de la mano. Todo aquello era una información útil, pero las preocupaciones de Fran superaban con creces cualquiera de las situaciones complicadas que hubiera podido tener en el pasado.

El interior del recinto contrastaba con su exterior distando mucho de lo que se podía presuponer al juzgarlo por su fuero externo. Nada más lejos de la imagen mental de Fran, que conjeturó un trato familiar y una decoración interna repleta de madera cual cabaña. Lo cierto es que el suelo de mármol, las columnas metálicas, una decoración de diseño de primera calidad, empleados elegantemente vestidos y educados, y un servicio más que digno de un hotel de tres estrellas, echaron por tierra sus suposiciones. Ahora entendía las buenas referencias analizadas en Internet por aquellos que ya habían estado allí.

Al sobreponerse de tan agradable sorpresa, acercarse al mostrador para confirmar su reserva hablando en un inglés más que suficiente y recoger la llave de su habitación, subió en el ascensor hasta su cuarto con la intención de descansar un poco antes de ponerse en marcha. La habitación era realmente espaciosa, tal y como comentaban en los foros de la red, con un diseño simple y acogedor, con pocos recargos, suficientes muebles, suelo de moqueta, un baño bien parecido, y una amplia y comfortable cama donde Fran no dudó en tumbarse mientras se encendía un cigarro tras soltar la maleta junto a la mesa del televisor. Fue entonces, en frío, cuando el investigador se dio cuenta de lo incoherente que era todo cuanto estaba haciendo. Tomaba por buenas las bases de la locura de un hombre que intentó alcanzar un objetivo absolutamente imposible según la ciencia conocida, usando métodos quizá ancestrales, quizá inventados por algún embustero que no tenía nada mejor que hacer que escribir aquel maldito libro lleno de extraños relatos que acabaron costándole la salud mental a Rafael Álamo, y que empezaba a trastornarle incluso a él. Analizando objetivamente su situación en conjunto, Fran se dio cuenta de que realmente lo que le impulsaba a seguir el rastro del compendio sin nombre no era la simple curiosidad, ni su escepticismo, ni tampoco resolver el caso para el que lo habían contratado. No. El verdadero móvil era una simple pregunta: ¿Y si es cierto? No cabía duda de que las ideas que plasmaba el misterioso libro eran más que descabelladas, pero cada día suceden cosas que la ciencia es incapaz de explicar, lo vemos en las noticias, en los documentales...y eso le hace replantearse sus convicciones al más incrédulo. Una nueva sensación nacía en lo más profundo de la mente de Fran. Una sensación con voz propia que no paraba de lanzar preguntas que hasta hace poco tenían una respuesta

sencilla para él, pero que ahora no se veían tan claras. Y por si todo ello fuera poco, una imagen permanecía constante en su memoria, retenida en la retina de sus ojos como una visión imposible, el hombre pelirrojo. ¿Quién era? ¿Fue una alucinación? De lo que no cabía duda es de que hubo detalles extraños como el hecho de pasar desapercibido entre tanta gente con ropa tan anticuada y pintoresca y con un talante tan pálido y extemporáneo como el que presentaba, por no mencionar su fijación con Fran; su mirada estuvo anclada en el detective durante los pocos segundos que mantuvieron contacto visual hasta que el pelirrojo desapareció sin dejar rastro. A raíz de todo esto, le vinieron a la memoria los sucesos agravantes que presuntamente provocaron los accidentes de tráfico en las distintas localidades de Málaga, un detalle que mantenían en común: alguien se les apareció delante del coche. Eso daba qué pensar. Según le explicaron los policías, los accidentes se habían sucedido en distintos lugares, Torremolinos, Málaga, Marbella... y con un margen de tiempo bastante escaso. Eso obligaba a descartar la concordia a la hora de dar explicaciones y testimonios. Sin embargo, todos coincidían en lo mismo: una aparición en plena carretera que les obligó a girar bruscamente. La chica que yacía sentada temblorosa no pasó inadvertida para Fran, aunque ya era tarde para preguntarle por la descripción de la persona que supuestamente se le había aparecido. En aquel momento no le dio importancia, como era lógico. Quién iba a suponer que esto llegaría tan lejos.

Poco a poco, entre pensamientos, el sueño y el cansancio iban venciendo al joven, que optó por apagar el cigarro y tratar de conciliar el sueño que le prepararía para hacer frente a la búsqueda que le aguardaba. Una última cuestión le pasó por la mente justo antes de dormirse. ¿Por dónde empezar?

No fue necesaria la alarma del móvil para despertarse. Un torrente de agua aporreaba las ventanas desde bien entrada la noche. El tiempo había cambiado drásticamente desde su llegada, y las trombas de lluvia seguían cayendo sobre Ashford desde hacía horas. El cansancio y un profundo sueño le mantuvieron al margen del escándalo hasta por la mañana, pero una vez desvelado, el ensueño se hacía irreconciliable dado el mal tiempo. Miró el reloj y este marcaba las siete y treinta y dos. Casi sin más opción y a regañadientes, Fran se incorporó en la cama gratamente reconfortado. La temperatura de la habitación también había descendido significativamente y el frío calaba a sus anchas en su camiseta de manga corta. Se levantó y echó mano de su voluminosa maleta, sacando de ella gran parte del contenido, ropa, dispositivos de trabajo, el ordenador portátil, aparejos de aseo personal... para luego desperdigarlos por la cama. Cogió la televisión y la depositó con cuidado en el suelo, dejando la mesa libre para su ordenador, el cual conectó a la red y preparó enchufando en él aparatos que evitarían su rastreo y otros inconvenientes. Había tenido una idea, una trampa que podría atraer hacia sí al anterior propietario del libro de Rafael, aunque a decir verdad, el dueño actual era él mismo.

El plan consistía básicamente en crearse una cuenta en Ebay con algún sobrenombre referente a lo paranormal y subastar un libro, especificando detalles que llamaran su atención para que este pujase y así poder conocerlo en persona, detalles como su encuadernación, su contenido... cosas así. A simple vista era un buen plan, pero la subasta podría durar bastantes días, o incluso se podría dar el caso de que esta persona no apostase por ello, y tener que legarle el libro a un desconocido, a sabiendas de lo que esto conllevaría, y francamente, Fran no estaba dispuesto a librarse del libro, tanto por el peligro inminente que suponía para la cordura de cualquier persona como

porque lo quería para sí.

Hora y algo después, tras haberse fumado cinco cigarros y empezar a sentir un hambre matinal atroz con desfase horario incluido, se había documentado lo suficiente en cuanto a las bases de la página sobre los protocolos legales e ilegales que conlleva la compra y venta de artículos a través de ella. Un nombre adecuado podría ser aquel que llamase la atención a alguien relacionado con los temas sobrenaturales, de modo que, tras revisar el cuaderno de notas del señor Álamo, escogió finalmente el de Eliphas Levi, un mago francés y escritor ocultista del siglo XIX, entre otras muchas cosas, cuyo nombre real era Alphonse Louis Constant, según la información encontrada por la red. Su biografía era un interminable rosario de seminarios, aprendizaje y experiencias relacionadas con todo tipo de ciencias, magias y religiones, aunque siempre se mostró reacio a practicar dicha magia, aptitud que trató de inculcar a sus discípulos cuando los tuvo. De hecho, una de sus frases más reconocidas es “La fe no es más que una superstición y una locura si no tiene como base a la razón, y no se puede suponer lo que se ignora más que por analogía con lo que se sabe. Definir lo que no se sabe es una ignorancia presuntuosa; afirmar positivamente lo que se ignora es mentir”, reflejada en su libro *Dogme et rituel de la haute magie*. Irónica afirmación viniendo de alguien más recordado por sus libros sobre lo arcano, la alta magia, la cábala, el macho cabrío de los aquelarres (o baphomet como él lo definía), los misterios del espíritu, la filosofía oculta, y un largo etcétera, además de haber pertenecido a la francmasonería y la orden de la Rosacruz, organización de la que ya le habló su amigo Alejandro.

En su fragmento particular de las anotaciones de Rafael hacía alusión a unas larvas que consumían la salud de su víctima como compañeros no deseados del alma, haciéndoles percibir mundos extraños en sueños que posteriormente superarían el horizonte de la vigilia, así como la posibilidad de escuchar sonidos más allá del espectro normal y contemplar una geométrica no lineal del espacio. La presencia de dichas larvas provocaba un brusco descenso de la temperatura corporal. Esa sensación de frío no era desconocida para Fran, ya que la recordaba perfectamente cuando se encontró con el misterioso

pelirrojo en el cuarto de baño del restaurante.

Había tal cantidad de información y de tan gran extensión sobre estos temas que era preferible no adentrarse en ella dado el alto grado de interés que despertaba en el detective y el poco tiempo del que disponía. A fin de cuentas, lo importante era que Eliphaz Levi era un buen sobrenombre para llamar la atención del objetivo. Este, fuera quien fuese, había subastado el lote de cosas entre las que se hallaba el libro en la sección de otros objetos de artes y antigüedades, con un euro como precio de salida y dos semanas de tiempo máximo de subasta. A Fran le pareció un buen método a seguir, de modo que se puso manos a la obra. Se creó una cuenta rellenando todos los datos solicitados como un personaje ficticio inglés, afincado en Ashford. Esto sería un buen reclamo para el objetivo, que muy posiblemente sintiera curiosidad por alguien que tiene un libro como el suyo en la misma ciudad. El registro fue bastante intuitivo en comparación con otros que Fran había visto en otras páginas por Internet. Los datos eran los habituales, nombre, apellidos, DNI, dirección, ciudad, teléfonos de contacto, seudónimo, contraseña, confirmación y un pequeño texto explicativo sobre la ley de protección de datos. Luego hizo un par de fotos al libro en el suelo apoyado sobre la pared de color ocre, conectó la cámara al portátil y descargó las fotos para subirlas a la página acto seguido.

El habitual y completo desayuno anglosajón sentó de maravilla al hambriento investigador, que ahora se sentía en plenas facultades para emprender sus tareas de búsqueda. Antes de echarse a la aventura en plena calle le pareció conveniente preguntar por algo de información al recepcionista de la entrada, el cual se mantenía ocupado en aquel momento con vete a saber qué asuntos tras el alto mostrador de mármol.

- Buenos días – interrumpió Fran llamando su atención.

- Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle? – el chico sonreía y hablaba con perfecto acento y modales propios de un profesional de la hostelería, cual robot diseñado para tales labores repetitivas.

- Pues... – Fran tuvo que sopesar cual era la manera más adecuada de preguntar en inglés algo tan extraño como lo que iba a plantear – Verá, me apasionan las antigüedades y las reliquias, y me preguntaba si había por aquí cerca alguna tienda o particular que vendiese artículos de ese tipo.

El recepcionista, sin perder el gesto amable, quedó pensativo unos segundos acariciando su mentón.

- Tiene usted una zona de suvenires y regalos cerca del centro de Ashford, a unos diez minutos de aquí en coche. O puede coger el autobús, que pasa cada media hora.

- Sí, bueno, pero yo quería...

- Si no recuerdo mal – continuó – no muy lejos de aquí vive un señor que se dedica a coleccionar cosas así. Entre usted y yo – bajó el tono de voz y se acercó al detective – es un poco excéntrico, pero es muy conocido y dicen que tiene una gran colección de todo tipo de cosas raras. Quizá quiera usted hacerle una visita, aunque la mayoría de la gente no lo hace. Vive en el campo, en una cabaña artesanal que se ve desde la carretera.

- ¿Usted lo conoce? – preguntó intrigado.

- ¿Yo? No, no... – respondió hilarante – Solo le he visto una vez, hace años, cuando se hospedó aquí por primera vez. Aunque a decir verdad, también ha sido la única. Por lo poco que hablamos deduje que estaba de viaje, buscando algo, como todo buen coleccionista supongo, y al cabo de unos meses me comentaron que se había establecido definitivamente a las afueras de la ciudad.

- ¿Cómo se llama? – al detective le parecía verdaderamente interesante todo aquello, podría serle de utilidad.

- Pues... – dudó – No sabría decirle, hace mucho tiempo de aquello...

- ¿No quedan todos los huéspedes registrados en alguna parte?

- Me temo que eso es confidencial, señor – excusó con tacto – pero no creo que le cueste mucho encontrarle si pregunta por la ciudad.

- Muchas gracias... – Fran miró la chapa identificativa del trabajador – Gerard. Me ha sido de gran utilidad.

- Me alegro señor, para eso estamos aquí. Que tenga un buen día.

- Déjame adivinar, – interrumpió Ángel de nuevo – te fuiste a buscar a ese tío.

El psicólogo escuchaba pacientemente la historia mientras analizaba los detalles más relevantes. A medida que trascurría el monólogo la mesa se iba cubriendo paulatinamente de tazas de café, paquetes de tabaco y ceniceros rellenos de colillas. Fran se acercó a la ventana aprovechando la interrupción para abrirla y renovar el aire ya humeante y distorsionado, quedándose allí de pie mirando al exterior.

- Así es – prosiguió con el mismo talante mecánico. Era obvio que algo le preocupaba y Ángel lo iba notando cada vez más a medida que avanzaba la historia – Fui a la ciudad y pregunté por él. Los rumores sobre ese hombre no tardaron en contradecirse. Unos decían que era buena persona, amable y amante de la naturaleza. Otros lo tenían por un loco huraño con síndrome de Diógenes. Y algunos simplemente no sabían nada de él.

- ¿Cómo se llamaba? – Ángel empezaba a sentir curiosidad por aquel personaje. Fran se volvió y miró a los ojos a su amigo justo antes de responder.

- Andrew Weinstein – dijo sosegadamente, casi deletreando – Un hombre... peculiar.

- ¿Cómo era?

- Era mayor, al menos en apariencia, puede que rozara los... setenta años – explicó poco convencido. Dio media vuelta y se sentó de nuevo en el sofá mientras se encendía otro cigarro – No me costó encontrar su casa, la verdad. Muchos a los que les pregunté coincidían al explicarme dónde se ubicaba: Al norte de las afueras de la ciudad, cerca de la carretera general, en una cabaña de madera, tal y como me explicó el chico del hotel.

- ¿Y fuiste allí? ¿A mitad de la puta nada?

- Claro. ¿Para qué crees que alquilé un coche nada más llegar? Además, he hecho cosas peores, y más peligrosas.

- También es verdad... – Ángel recordó unas cuantas experiencias vividas

en común que superaban con creces la peculiar historia que le estaba narrando el detective, como aquella vez que salieron de fiesta y, completamente ebrios, se subieron a un mercedes parecido al de Ángel que se encontraba abierto y con las llaves puestas cerca del puerto deportivo de Estepona. Por suerte, Fran abrió la guantera y pudo comprobar que los discos de música que buscaba no estaban allí; en su lugar, había un revolver cargado envuelto en una bolsa de farmacia y varias cápsulas de pequeño tamaño con un contenido más que sospechoso. Con las mismas, se bajaron del coche y se alejaron en busca del vehículo del psicólogo dando tumbos y riéndose de la confusión. Al día siguiente al recordarlo en frío, no les hizo tanta gracia – Bueno, ¿qué pasó luego?

Era una sensación curiosa el hecho de tener que conducir por la izquierda y Fran no terminaba de acostumbrarse. Por suerte, el tránsito vial era liviano y se llegaba cómodamente a cualquier parte, muy al contrario de lo que tenía entendido acerca del tráfico inglés. Su atención iba centrada en encontrar el desvío que le llevara hasta la cabaña del tal Wenstein. Pocos minutos después de contemplar campos y pastos desiertos sin fin, una trapezoidal silueta se difuminaba en la cercanía entre una niebla baladí que inundaba el ambiente y dificultaba considerablemente la visión. Escasos metros adelante se bifurcaba un camino que se desviaba campo a través dejando la casa en cuestión a mano izquierda. Fran tomó la salida sin dudarle y siguió conduciendo hasta llegar a pocos metros de la choza que, aún así, no terminaba de ver con claridad dado el espesor de la bruma que la rodeaba, mucho más densa que en la vía.

Al apearse del coche pudo percatarse de que apenas había luz a pesar de estar en plena mañana, y que algunas diminutas gotas de rocío empezaban a caer tímidamente amenazando una nueva llovizna. Al acercarse a la cabaña, vio que la entrada principal se encontraba en el lateral derecho, en un porche elevado a un metro escaso del suelo al que se accedía por una destartada escalera que salía de la misma pared y terminaba en una barandilla roída. Era bastante pequeña, pensó para sí, aunque para una sola persona no estaba mal. El sitio era apartado y tranquilo, pero no era esa la impresión que ahora componía el instinto de Fran, su estado era más bien de alerta y análisis. Los escalones crujieron en cuanto posó el pie encima. Se detuvo ante el temor de que estos cedieran y se resquebrajasen, pero al apoyar todo su peso y subir un par de peldaños comprobó que eran más resistentes de lo que aparentaban a simple vista. Una ventana a cada lado de la puerta con las cortinas echadas era todo cuanto podía verse. Entretanto, una agradable y armónica melodía parecía provenir del interior de la casa. Era música clásica sin duda, pensó el

detective al acercar el oído al quicio. No pudo evitar sentirse un tanto estúpido al buscar infructuosamente el inexistente botón del timbre, de modo que golpeó varias veces la puerta con los nudillos. No tuvo tiempo de bajar el brazo cuando la puerta ya se había abierto descubriendo a un hombre de baja estatura y aspecto y vestimenta llamativamente senil.

- Buenos días – saludó Fran esforzándose por pronunciar lo mejor posible el acento inglés – ¿El señor Wenstein?

- Sí, soy yo... – respondió el anciano con hosca voz mirándole de arriba abajo – Pase...

- Creo que debería presentarme antes... – no se esperaba esa reacción tan amigable por parte del viejo.

- Como quiera, aunque ya supongo por qué ha venido – la pasividad y la aparente hospitalidad del propietario le dejó perplejo, pero sin duda le facilitaba la tarea. Daba la impresión de estar acostumbrado a las visitas y su reacción parecía más de obligado cumplimiento que por gusto propio.

- Soy Fran Velasco – estrecharon las manos y el tacto de la piel del señor Wenstein recordó a Fran al cuero del volante de su coche, áspera y arrugada – Estoy de vacaciones en un hotel cerca de aquí y me gustaría hablar con usted si tiene un momento.

- Claro, entre... – añadió a su invitación un gesto con la mano.

Al seguir los lentos y renqueantes pasos del acogedor anciano accedió al interior de la cabaña, momento que aprovechó para repasar todo lo posible con la mirada. La primera habitación, de aspecto tan rural como la fachada exterior, hacia las veces de salón comedor, con una sencilla cocina de gas y un fregadero anacrónico en un lado y una mesa en el centro con varias sillas, todo de madera artesanal, poca decoración aparte de la ventana, un sofá junto a esta, algún que otro marco sin cuadro y varias complejas y pretéritas

herramientas de campo de nombre desconocido para Fran que colgaban de las vigas que atravesaban el techo de punta a punta.

- ¿Cómo sabía que estaba en su puerta? ¿Me vio llegar? – preguntó para romper el hielo y por curiosidad.

- No hace falta – respondió el hombre mientras retiraba el brazo de la vieja gramola deteniendo de golpe la sugestiva música y tomando asiento junto a su huésped – La madera del porche cruje tanto cuando llueve y se seca que podría oírla desde el sótano... – explicó sonriente.

- Entiendo... ¿Tiene un sótano? – preguntó mientras contemplaba la antiquísima gramola. Todo lo que había allí hacía inútil intentar contar los años totales que podrían sumar entre objetos y el dueño en cuestión. De lo que no cabía duda era que no había nada aparentemente nuevo.

- Si, no venía con la casa cuando la compré hace algunos años, pero la tierra en estos parajes es blanda, así que lo hice yo mismo en un par de meses. Ahí guardo mis... cosas – hizo una pausa – Mi colección.

- Eso me han comentado, dicen que es usted un gran coleccionista. ¿Qué clase de objetos le gustan?

- No creo que la palabra “gustar” sea la más adecuada – rectificó un tanto irónico – ¿Es usted periodista o algo así?

- No, no... – Fran se rió abiertamente, no era la primera vez que le tachaban de reportero o periodista dada su tendencia a hacer preguntas – Soy... estudiante de psicología, pero mi gran afición son las antigüedades – Wenstein hizo una mueca de sorpresa – ¿Podría ver algunos de sus objetos? No quisiera robarle mucho tiempo.

- Es usted de España, ¿verdad? – preguntó convencido.

- Sí, es cierto. ¿Tanto se nota el acento? – cuestionó entre risas.

- No, para nada, habla usted muy bien inglés – respondió en perfecto

español ante el asombro del detective – pero he vivido algunos años en España, y hay cosas que no se olvidan. Además, su nombre procede de allí. Francisco.

- Vaya, habla usted mi idioma, estupendo – lo cierto es que era más fácil así, sin tener que pensar y traducir antes de hablar – Llevo dos días sin decir ni una palabra en español.

- ¿Quiere beber algo?

- No, muchas gracias, no se moleste. He desayunado hace un rato. Así que ha vivido en mi país – le pareció conveniente retomar el tema – ¿Y cómo acabó allí?

- De joven me crié en Lyon, Francia. Mi padre era inglés, y mi madre española, de Barcelona. Estudié arqueología en la Universidad de París – explicó mientras se preparaba un café – y desde que visité varios museos de historia mi interés por las antigüedades fue creciendo cada vez más. Cuando se me presentó... – en ese momento sus ojos se desviaron hacia la nada y una pícaro sonrisa surgió de entre sus labios para volver en sí velozmente – la oportunidad, viajé por todo el mundo, La India, Argentina, México, Perú, China, Alemania, Rumania, Sudáfrica... y por supuesto, España. La verdad es que he estado en muchos sitios, – afirmó orgulloso con cierto cariz melancólico – y puedo asegurarle que su país me pareció uno de los lugares más atractivos del mundo; y no me refiero a las playas, los toros y la paella, sino a su valor histórico. Se puede conseguir información y objetos muy interesantes allí...

- ¿Cómo cuál? – preguntó intrigado.

- Bueno, creo que es mejor que lo vea usted mismo si quiere...

- Si, por favor – por un instante dudó en bajar al sótano con aquel dicharachero carcamal al analizar la situación. Una cabaña en mitad de la nada, sin que nadie sepa que estás allí, con un desconocido que colecciona objetos raros y vive apartado del mundo... ¿Pero qué peligro podía suponer un pobre viejo para él?

Wenstein dejó la taza sobre el fregadero tras apurar un último trago y abrió la puerta que tenía frente a él dejando pasar al joven invitado. Al cruzar el marco, el detective tuvo que detenerse ante la impresión que le causaron las numerosas cabezas clavadas en picas sobre peanas que rodeaban la habitación y la decoraban de forma tan macabra. Todo lo demás carecía de importancia en aquel momento.

- Disculpe, tenía que haberle avisado de mi otra afición – explicó el viejo al ver la expresión de estupor y asombro de Fran, que había quedado paralizado junto al quicio de la puerta.

- Imagino que son de mentira... – terminó por decir al sobreponerse mientras observaba una por una las expresiones de aquellas caras de piel reluciente y ojos vidriosos e inertes.

- Claro que si – replicó casi sonriente – A mi edad no puedo permitirme cortar cabezas y decorar la cabaña con ellas.

- ¿De qué están hechas? Parecen muy reales... – avanzó hasta el centro del cuarto pasando por encima de una gran alfombra de la que hasta entonces no se había percatado dado el parecido entre su color y el marrón claro del suelo.

- Lo primero que hay que hacer es una réplica del modelo a seguir. Los materiales que necesitas son yeso, vaselina, yeso roca y alginato, los dos últimos lo consigues en cualquier depósito de material para dentistas. El proceso es muy sencillo, te cubres con una bolsa el cabello, untas vaselina en toda la cara teniendo especial cuidado en poner bastante en las áreas de vello. Mezclas el alginato con agua bien fría, lo esparces sobre toda la cabeza el teniendo cuidado de no obstruir las fosas nasales y cortas las vendas de yeso

en tiras de 10 a 15 centímetros, las mojas en un recipiente con agua y las vas colocando sobre el alginato. Esto es para que tenga rigidez el molde. Trazas sobre el alginato con el marcador justo en medio de la cabeza quedando las orejas como eje, y ya que tienes la guía procedes a aplicar las vendas. La primera parte que aplicas son las vendas de la parte de detrás de la cabeza, las que van de la cúspide del cráneo hasta el cuello antes de la espalda pasando por detrás de las orejas. Sobre la marca que trazaste pones unas 4 vendas largas que vayan justo al borde de la línea, para ayudar a crear una frontera; después aplicas para cubrir toda esa parte, unas 3 o 4 capas es suficiente – se detuvo al ver la expresión de asombro de su invitado que no se atrevía a interrumpir la explicación – Discúlpeme, creo que me estoy excediendo demasiado con la teoría...

- En absoluto, es una curiosa afición... ¿Lleva muchos años haciéndolo? Parece todo un experto en el tema.

- Pues no muchos – respondió mientras negaba con la cabeza – Lo cierto es que lo aprendí todo de un amigo, alguien que conocí en el sur de España hace mucho tiempo. Yo era joven y recuerdo que iba viajando por... Cádiz; se nos hizo de noche y tuvimos que buscar un lugar donde dormir. Íbamos por la autovía y de casualidad vimos un cartel oxidado que indicaba la dirección de un hostel en el campo. Lo seguimos y encontramos un caserón que parecía abandonado. Las paredes estaban despintadas y no se veía nada en cientos de millas a la redonda salvo campo y la valla que rodeaba la parcela. Si le soy sincero, hoy por hoy no entiendo cómo nos atrevimos a llamar a la puerta, supongo que éramos jóvenes, y a esa edad uno no se para a pensar en las consecuencias... – entre la espontánea mueca de sonrisa y la mirada perdida del anciano mientras hablaba podía notarse una gran carga de nostalgia.

- ¿Quién era su acompañante? – preguntó Fran. Pero no hubo respuesta, Wenstein continuaba con la mente en otra parte – Señor Wenstein...

- Perdone... – dio un respingo como si le hubieran dado una descarga eléctrica en la espina dorsal – No le he oído...

- Le pregunto con quién viajaba usted, me estaba contando la historia en plural...

- ¡Ah! Si, cierto, cierto. Yo estaba con una... amiga – por la tímida forma de decirlo era obvio que se trataba de algo más que una simple amistad.

- Entiendo... Bueno, ¿dónde está su colección? – a Fran le pareció conveniente cambiar de tema dado el carácter serio y melancólico que estaba adoptando el rostro de su anfitrión. Este, sin ánimo de seguir la conversación, caminó dos pasos hasta la esquina izquierda de la alfombra donde se agachó con cierto esfuerzo para agarrar el tapiz y destapar de un tirón una trampilla que se ocultaba debajo. Daba la impresión de que todas las cabezas que les rodeaban seguían las acciones del viejo con gran interés. Acto seguido levantó la portañuela dejando al descubierto una lóbrega estancia, vagamente iluminada, y una destartada escalerilla por la que apenas cabía una persona de tamaño medio. Wenstein hizo un ademán con la mano invitando al detective a bajar detrás de él justo antes de desaparecer escalones abajo y fundirse con la penumbra. Así lo hizo con paso cauto y con cuidado de no golpearse la cabeza mientras descendía.

- Nunca recuerdo dónde lo he puesto... – susurró Wenstein en un vago inglés.

- ¿Qué busca? – preguntó Fran mirando de un lado a otro casi sin ver nada. El único atisbo de luz entraba por una irrisoria lumbrera rectangular situada en el fondo de la estancia. De pronto, el sonido traqueteante de una máquina surgió justo delante del investigador sobresaltándolo y obligándole a retroceder. Solo un instante después se encendió un rústico farol que ahora iluminaba todo el desván mientras el anciano lo colgaba en una puntilla clavada en el bajo techo. El foco estaba unido por cable a un pequeño generador que emitía un ruido mecánico poco estridente aunque molesto, lo cual tranquilizó a Fran y le permitió vislumbrar la increíble cantidad de objetos que plagaban todas las paredes, estanterías, mesas y armarios del cuarto. Era una colección realmente asombrosa y una heterogénea recreación para la vista y la curiosidad. En un primer instante le costó reconocer lo que estaba viendo. Figuritas de todos los tamaños y formas, anacrónicos aparatos de ininteligible descripción y de inimaginable utilidad, planchas de hierro ornamentadas al detalle, tallas de madera con grabados enigmáticos, juegos de monedas antiquísimas, lámparas, máscaras tribales, platos, pulseras, cajones... incluso un ajedrez formaba parte de toda aquella inverisímil

recopilación. A decir verdad, incluso las mesas y armarios donde reposaban ordenadamente los objetos parecían tener su propio valor como antigüallas.

- Bueno, aquí los tiene – exclamó el viejo con entonación satisfecha – De todas las partes del mundo. Ahí tiene por ejemplo una colección de brazaletes del Tíbet – señaló con la mano la mesa que se encontraba a la izquierda de Fran refiriéndose a unas pulseras de plata y oro decoradas con piedras de colores talladas. El joven se volvió para contemplarlas más detenidamente.

- Impresionante... – no sabía por dónde empezar, un simple vistazo bastaba para perderse entre tantas antigüedades de tan distinto origen, todas con sus respectivas historias propias. Pero debía centrarse y no perder el objetivo de su visita. De ese modo, se centró en buscar algo que tuviera cierta relación con sus intereses. Era como buscar una aguja en un pajar, pero había que intentarlo.

- En la mesa de al lado tienes varias piezas interesantes, como esa pitillera de la época colonial de Jorge IV, bonita ¿verdad? De 1912, si no recuerdo mal. También tiene esa deidad india hecha en terracota, o esa escultura hindú de bronce de Shiva montado en una pantera – Fran escuchaba las definiciones como si de una visita guiada se tratara, pero su atención se vio interrumpida por uno de las figuras que se hallaban en aquella mesa por resultarles francamente familiar. Era una rana, al menos eso parecía a primera vista, pero había irregularidades anatómicas que la hacían alejarse de lo convencional. Al fijarse más detenidamente, lo abotargado de su torso y las deformidades de sus extremidades y cabeza la convertían irremediablemente en la viva imagen de aquel infrecuente animal que se encontró en la casa de campo de Rafael Álamo – Bueno, supongo que ya se habrá dado cuenta de mi afición por las tribus. En la pared tiene colgadas varias máscaras africanas ibo, de Nigeria; también incas, mayas, aztecas... ¡Incluso tengo esta maravilla! – exclamó mientras sostenía un tubo de madera alargado decorado con plumas y cuero y se lo ofrecía a Fran – Una auténtica cerbatana de Indonesia hecha a mano de hace más de tres siglos.

- Vaya... – la atención del detective seguía centrada en la figura del supuesto anfibio aunque ahora sostuviera la cerbatana artesanal – ¿Puedo preguntarle dónde encontró esa estatuilla? – cuestionó señalando la figura en cuestión mientras le devolvía el rústico instrumento de caza. El anciano quedó

pensativo varios segundos tratando de hacer memoria.

- Creo que fue en China, hace muchos años de eso pero la historia que me contó el hombre que me la vendió no se olvida fácilmente.

- ¿Qué historia? – preguntó intrigado.

- Según él, este animal existía de verdad, y había sido tallado por un compatriota suyo que aseguraba haber viajado a otros planos y haber visto todo tipo de animales fantásticos como este que ahora se dedicaba a esculpir con gran exactitud. Seguro que le parece una tontería, y lo entiendo, pero me pareció original y me la compré.

- Le aseguro que no me parece una tontería – apuntó de la manera más eufemística posible. No era discreto decirle a alguien que acabas de conocer que has reventado de un disparo el animal de otro plano que representa una de sus figuras de colección – ¿Qué más tiene?

- Bueno, tengo lámparas de bronce de la India, como las de la Aladín – bromeó – Este incensario de plata china – se refería a un pequeño recipiente del tamaño de un balón de fútbol excepcionalmente decorado con efigies de dragones, sierpes y leones – Dicen que da suerte, fortuna y riquezas a quién lo tiene en su casa, pero en mi caso ha hecho una excepción.

- Todo esto debe tener un gran valor, ¿no le parece? – debía conversar, se dijo, al menos para no dar la impresión de estar buscando algo en concreto. Comenzó por la mesa más cercana a la escalerilla y siguió bordeando la pared.

- No lo sé, la verdad. Supongo que pueden tener valor para un coleccionista, pero no sabría decirle para quién más...

- ¿Nunca ha recibido visitas de...? No sé... ¿Directores de museo o algo así? – continuó con las estanterías, escudriñando con mesura cada objeto.

- No, pero el año pasado vinieron unos señores de la televisión... ¿Cómo se llamaban? – hubo un instante de silencio – Si, ya recuerdo, eran GHI.

- ¿GHI? – preguntó Fran por inercia sin apartar la mirada de las estanterías. Aquellas siglas ciertamente no le sonaban de nada.

- Ghost Hunter International, no sé si los conocerá.

- ¿Cazadores de fantasmas? Pues no, nunca he oído hablar de ellos.

- Son un grupo de jóvenes americanos que se dedican a hacer documentales sobre lugares encantados, o eso me dijeron – explicó mientras seguía los pasos del investigador.

- Ya, en España tenemos algo parecido.

- El caso es que parecían bastante profesionales, sobre todo el director, un tal Robert. Y traían un equipo muy sofisticado, aparatos de todo tipo para detectar entidades paranormales – pronunció con escepticismo – A mí me parecía más un espectáculo que otra cosa.

- ¿Y qué querían de usted? – no pudo reprimir una mueca de grima al pasar por delante de una cabeza reducida de jíbaro de escalofriante realismo de la que prefirió no saber más.

- Estaban haciendo un reportaje sobre Pluckley y una de las chicas del equipo se encargaba de recabar información entre los habitantes mientras el resto investigaba el lugar en cuestión.

- Un momento – interrumpió Fran intrigado – ¿Pluck qué?

- Pluckley... el pueblo. Está a unas cinco millas dirección Maidstone. Creí que lo conocería...

- Pues no – se giró hacia él – ¿Qué tiene de especial ese pueblo?

- Aparte de ser el lugar del planeta con más apariciones y sucesos de origen paranormal documentados por milla cuadrada... nada. Por lo demás es un pueblo bastante normal.

- ¿Lo dice en serio? – al investigador le pareció graciosa la forma irónica con la que Wenstein dejó claro por qué Pluckley era un pueblo de referencia

en temas paranormales a nivel mundial, pero no sonrió. Era increíble que se le hubiera pasado ese detalle por alto cuando buscó información sobre el distrito de Ashford.

- Disculpe mi humor inglés. Si, lo digo en serio. Puedo contarle lo que sé si quiere.

- Por favor... – Fran se esforzó por mostrar una expresión más agradable a pesar de su enfado interno consigo mismo. Tal vez aquella información le fuera de alguna utilidad.

El humo del cigarro se mezclaba con los borrosos recuerdos enturbiándolos aún más. En situaciones así es cuando uno se vuelve consciente de la importancia de ignorar determinados elementos de este mundo para los que no estamos preparados, elementos que pueden derrumbar convicciones que damos por supuestas, bases sobre las que se asientan nuestros modos de vida que pueden desaparecer en un segundo o permanecer intactas hasta el fin de nuestros días. Visto así, dichos conocimientos podrían equipararse a un cáncer ya que pueden persistir inactivos toda la vida o desarrollarse en cualquier momento sin previo aviso arruinando nuestra salud mental y todo cuanto nos rodea.

- Disculpa – Ángel interrumpió las divagaciones mentales de Fran mientras volvía al salón móvil en mano – Era Silvia desde la consulta, nada grave. Por cierto, deberías hablar con Eli, estaba muy preocupada por ti.

- Ya la llamaré. Antes tengo que aclarar algunas cosas – apuntó sin moverse del sofá mientras se frotaba la frente en un banal intento de borrar todos esos pensamientos que ahora le atormentaban y enturbiaban su raciocinio.

- ¿Cómo qué? ¿El libro ese lleno de tonterías? – se acercó a paso ligero bordeando la mesa hasta quedar frente a su amigo – Oye no te ofendas pero tienes que dejar eso ya, te está volviendo un... – Fran levantó la mirada hacia el psicólogo que no se atrevió a terminar la frase. Sin decir nada se irguió y avanzó hasta él.

- No me acuerdo.

- ¿Qué? – Ángel creyó que iba a agredirle dado su estado anímico y de disfunción emocional; lo último que esperaba era una frase como esa – ¿De

qué hablas?

- Que no me acuerdo – insistió – No recuerdo lo que pasó después de hablar con Wenstein. Necesito que me ayudes a recordar, sé que sabes cómo hacerlo.

- ¿Te desmayaste o qué?

- No. No lo sé – se le notaba cada vez más confuso y Ángel empezaba a darse cuenta de que no estaba mintiendo. Algo le estaba pasando por la mente pero ni siquiera él mismo sabía a ciencia cierta qué era – No me desmayé en la cabaña si es a lo que te refieres.

- Está bien – accedió finalmente viendo que la discusión era inútil e improductiva – Continúa con la historia, a ver si así llegamos a alguna conclusión. Y no te dejes nada... ¿Vale?

- Vale – dijo Fran más tranquilo ahora que parecía haber logrado atraer su atención – Recuerdo que el viejo siguió explicándome la investigación que GHI llevó a cabo en Pluckley. Según me contó, en ese pueblo hay doce fantasmas reconocidos y documentados. Un coronel a caballo, un autoestopista clavado a un árbol en Rincón del Miedo, un domador de caballos en Maltman's Hill, una gitana carbonizada que murió en un incendio, el molinero de Pinnocks, el profesor ahorcado de la vereda de Dick Buss, la Dama Rosa, el monje de Greystones, una mujer que murió por comer habas envenenadas, la Dama Blanca, la Dama Roja, y el bosque de los gritos.

- Vaya... – Ángel estaba atónito tras escuchar la retahíla de personajes que le habían descrito y casi no le salían las palabras – Te lo has aprendido bien...

- Me pareció interesante, y ya sabes que las cosas que me parecen útiles no se me olvidan. El caso es que el reportaje trataba sobre el último que te he dicho, el bosque de los gritos, el Screaming Woods, y el Black Horse, una taberna-posada donde se dice que murió una niña hace tiempo.

- ¿Por qué le llaman el bosque de los gritos?

- Muy fácil; porque es un bosque donde se oyen gritos durante la noche, supuestamente de aquellos que se acabaron perdiendo y murieron dentro del

bosque. Dicen que es como un laberinto y que es peligroso adentrarse en él sin un guía o alguien que lo conozca.

- ¿Cómo acabó el reportaje?

- Pues... en la posada no lo sé, no me lo contó. Pero encontraron cosas extrañas en el bosque, ruidos, pasos, risas y gritos que no tenían una explicación demasiado lógica, y más aún teniendo en cuenta cómo investigaban; formaban grupos de dos y hacían lo mismo en la misma noche con un pequeño margen de tiempo de diferencia para luego ponerlo todo en conjunto. Pero eso es lo de menos, a mí me interesaba más la Dama Roja.

- Normal, a mí también me interesaría más una mujer vestida de rojo que un bosque maldito – inquirió Ángel en tono de broma tratando de suavizar un poco la tensión.

- Creo que en este caso concreto deberías pensártelo. La Dama Derring era una noble del siglo XII a la que le quitaron su hijo justo después del parto, al cual mataron y enterraron en el cementerio abandonado que hay detrás de la iglesia de San Nicolás.

- Eso estaba a la orden del día en aquella época – añadió Ángel con total falta de impresión.

- Pues ella no corrió mejor suerte – prosiguió – La enterraron, puede que aun viva, en siete ataúdes de plomo, uno dentro de otro, todos ellos a su vez dentro de un octavo féretro hecho de roble para dejarla en la cripta de esa misma iglesia por los siglos de los siglos.

- ¿Y por qué tanta parafernalia? ¿Hizo algo malo para que la castigaran así?

- Eso no se sabe. Hay teorías que dicen que se hizo para evitar que escapase su alma maldita, otras por temas de vampirismo... hay para todos los gustos. Lo que si especificó Wenstein es que eso no sirvió de nada, ya que el enterrador y el cura que ofició el entierro la veían a menudo por las noches pasear por los alrededores de la iglesia buscando la tumba de su hijo – Ángel notó cómo a Fran se le erizaba el escaso bello de los brazos al decir esa última frase.

- A mí todo eso me huele a publicidad y reclamo para turistas – apuntó mientras daba otro trago a su ron miel – Bueno, y si tan importante era esa mujer... ¿por qué no la investigaron los de GHI?

- Buena pregunta. No tengo ni idea. Supongo que daba mucho más juego una posada o un bosque encantado que pasarse la noche mirando una iglesia a la que está prohibido acercarse y esperar a que aparezca un fantasma.

- También es verdad – coincidió – ¿Has dicho que está prohibido acercarse?

- Eso me dijeron; hay una valla, como las que sirven para controlar al ganado, que delimita hasta dónde puedes aproximarte.

- ¿Fuiste allí? – Ángel soltó la pregunta correspondiente esperando lo peor – Dime que no fuiste...

- Bueno... – titubeó un par de segundos – Me pareció una buena idea después de todo lo que me había contado el viejo...

- Joder, tú estás pirado... – exclamó Ángel indignado.

- No, no, espera. Ahí quería llegar. Recuerdo que me pareció buena idea ir a echar un vistazo porque... todo lo que me llevó allí, el señor Álamo, el libro, todo giraba en torno a cosas paranormales ¿no? Pues si encontraba algo que me diera respuestas... me ayudaría tanto a seguir investigando como a olvidarme de todo si era un cuento chino. ¿Entiendes?

- Si – afirmó a regañadientes. En el fondo lo comprendía. Fran siempre había sido un escéptico, pero más aun un curioso y temerario sin remedio.

Allí estaba, como un objeto más. Casi no se veía detrás de los ornamentales platos dorados, pero aquella esquina de la portada destacaba más a ojos de Fran que cualquier otra curiosidad de aquel cuartucho oscuro. Apartó los objetos que lo tapaban y lo agarró notando en seguida su peso y tacto apulgarado. No había título en la portada, pero desprendía la misma energía inefable que el manuscrito de Rafael, era una sensación indescriptible.

- ¿Y qué me dice de este libro, Andrew? – preguntó sin apartar la mirada del pesado manuscrito mientras lo abría por sus páginas centrales dejando escapar un tufo viciado de sus vetustas entrañas. Las inscripciones y dibujos no guardaban excesiva relación o parecido con las del otro libro, pero también estaba escrito a mano con una tinta antigua, descolorida e imprecisa en algunos párrafos, todo en un idioma parecido al francés. Fran miró al viejo que no contestaba y su expresión era la de alguien que trata de calcular una raíz cúbica de memoria. Los ojos de Wenstein estaban clavados en el libro con excepcional atención, como si no lo hubiera visto jamás.

- Es usted el único que se ha fijado en él – respondió por fin – La mayoría ni siquiera lo mira. De hecho, ni me acordaba de que estaba ahí...

- Es que me gustan los libros – se justificó.

- Ya... pues si le digo la verdad, hace tanto tiempo que lo leí que no recuerdo apenas ni de qué trata. Lo que sí puedo asegurarle es que me pareció más interesante que otra cosa.

- ¿Interesante? ¿En qué sentido?

- En ese, y en ninguno más. Fue una lectura entretenida, con muchos datos y

descripciones, pero nada que tuviera lógica ni fundamento científico. O eso creo, no me haga mucho caso.

- Entonces es de ciencia-ficción o algo así, ¿no?

- Es más bien como un manual práctico de botánica aplicada a la alquimia... supongo que sabe lo que es.

- Sí, claro... lo cierto es que me gusta mucho ese tipo de temas. ¿Cuánto me costaría?

- ¿Cómo dice?

- ¿Qué cuánto quiere por él? Me gustaría llevármelo.

- Creo que me ha malinterpretado, joven, yo no vendo nada – la actitud del propietario se volvió recia y autoritaria mientras su negativa a deshacerse del libro aplastaba las ambiciones de Fran de ampliar su investigación.

- Discúlpeme, creí que...

- Pero si tanto le gusta, puede llevárselo – el hombre esbozó una sonrisa. El detective tardó en darse cuenta de que lo que acababa de pasar. El viejo no mentía, nunca dijo que sus objetos estuvieran a la venta, pero tampoco dijo que no pudiera regalarlos. No había duda de que el joven español le había caído en gracia a Wenstein, y como muestra de ello podría llevarse consigo el libro que tanta atención le había llamado.

- Muchas gracias, señor Wenstein, es todo un detalle – agradeció mientras lo cerraba y volvía a contemplar su escueta portada polvorienta. Ya ardía en deseos de examinar su contenido, aunque el francés no era su fuerte precisamente – ¿Dónde lo consiguió?

- No se lo va a creer. Me lo regaló un hombre de Pluckley hace muchos años, cuando viajé aquí por primera vez.

- ¿Quién?

- Léalo usted mismo, tiene su nombre en la contraportada – señaló el libro

con el dedo. Fran abrió por la última página y leyó el nombre que había escrito con exquisita caligrafía.

- Weilland Pedersen, 1976... ¿1976?

- Así es. Ese hombre ya era mayor cuando le conocí, hará unos 30 años, dudo que siga con vida. Hoy tendría... 110 años más o menos – explicó entre sendos cálculos – Esto me recuerda aquel día; yo tendría tu edad, y Weilland tendría la mía. Qué curioso...

- ¿Ha dicho Pluckley? ¿El mismo pueblo del que me ha hablado antes? – la pista se torcía a la izquierda. Era bastante improbable que un hombre de esa edad, aun estando vivo, se dedicara a vender objetos por internet.

- Si, el mismo. Vivía en una casa en la parte oeste, cerca del bosque de los gritos.

- No sé cómo darle las gracias por todo – Fran ya había conseguido más de lo que cabía soñar en un principio. Ahora en su mente rondaba la posibilidad de viajar a Pluckley, visita obligada para interesados en el mundo de los fantasmas y lo paranormal, y su primera parada sería la casa de Weilland Pedersen.

- No hay nada que agradecer, hijo. Un viejo como yo agradece las visitas como esta, ayudan a salir de la rutina y la soledad – dijo con total sinceridad. El detective se encaminó hacia la escalera libro en mano con intención de subir, pero el viejo le agarró del brazo impidiéndoselo – Espere un momento, quiero darle algo – Se dirigió a la mesa que tenía justo en frente y tras revolver cantidad de figuritas y objetos metálicos se volvió con un anillo de plata en la mano. Este representaba, toscamente, el rostro de lo que parecía ser un rey egipcio a juzgar por los motivos decorativos – Quiero que se lleve este anillo, póngaselo.

- Es usted muy amable pero no puedo...

- Le protegerá de los malos espíritus – lo forma de decirlo y la expresión sobria de Wenstein dejó paralizado a Fran y le erizó los bellos de la nuca – Usted y yo sabemos dónde va a ir ahora. Insisto.

- Bien – aceptó mientras se ponía el anillo. Estaba frío como el hielo al contacto con la piel y un escalofrío recorrió todo su cuerpo nada más introducir su dedo pulgar en él. Había algo especial en aquel anillo, Wenstein no mentía; la sensación era parecida a la que le produjeron los otros dos libros pero lo más inquietante es que el anciano parecía haberse dado cuenta de que Fran era más de lo que quería aparentar, y de hecho sabía dónde iba a ir acto seguido y con qué intención. Aunque poco importaba lo que supiera, lo más probable es que no volviera a verle nunca.

- Tumbate ahí – ordenó Ángel mientras se acercaba una de las sillas del comedor y tomaba asiento frente al sofá – ¿Seguro que no recuerdas nada más?

- Seguro – confirmó Fran sin vacilar – Me monté en el coche y me fui a Pluckley. A partir de ahí no hay nada. Me desperté en la habitación de hotel al día siguiente, revisé la subasta, recogí mis cosas y me largué. Hasta ahora.

- De acuerdo, comencemos. Tómate un par de minutos para relajarte mientras te explicó algunas cosas. Concéntrate en la respiración, eso te ayudará – el tono de voz del psicólogo era amable pero firme y sus palabras resonaban en el cuarto con absoluta claridad. Había cerrado las persianas y bajado la intensidad de la luz para crear un entorno libre de distracciones, casi neutral – Ten en cuenta que la hipnosis es un proceso gradual, no tengas prisa. La sofrología nos dice que este proceso es algo tan natural como hablar, comer o caminar. Existen varios niveles de consciencia, la hipnosis vigil, el trance leve, el medio, el profundo, el sueño, y el coma. Obviamente no llegaremos a este último, ya que no nos hace falta. ¿Estás listo?

- Listo.

- Bien. Respira. Imagina que estás de nuevo en Ashford, ahí comienza el viaje a tu subconsciente. Respira y siente el color azul de su cielo. Es como el color del mar, te envuelve por completo... y te relaja... puedes respirar con total libertad... cada vez es más fácil respirar... cada vez te sientes más libre... sientes la caricia suave del aire y te da tranquilidad. Respiras profundamente y el aire se reparte a tus músculos relajándolos cada vez más. El suave balanceo del mar... el sonido de sus olas en la lejanía meciéndose al llegar a la playa... todo ello te gusta y serena tu mente y tu cuerpo... lenta y profundamente. Los números te llevan hasta allí... Uno... los prados verdes... tus recuerdos... Dos... te adentras serenamente en los valles y ríos... Tres...

el camino es sinuoso y relajante... Cuatro... los árboles frondosos te saludan al llegar mecidos por la brisa... Cinco... los pájaros y sus cantos te dan la bienvenida... Seis... las flores te acunan agradablemente... Siete... ya sientes la hierba húmeda en tus pies descalzos... descansas... duermes... Ocho... tu cuerpo pesa, tus párpados pesan, ya estás llegando al trance... Nueve... te vas adentrando más y más en el sueño... ya has llegado... Diez... ya estás dormido... ya estás allí.

El silencio hermético de la habitación que habían preparado para la sesión permitía oír perfectamente las profundas respiraciones y exhalaciones del Fran, que parecía sumergido en un insondable estado de relajación tras pocos minutos. Todo parecía correcto. Durante unos segundos, el psicólogo se dedicó a cerciorarse de que el proceso trascurría como es debido. Para ello, y siguiendo el manual básico de técnicas tradicionales, comprobó el nivel de rigidez muscular, la relajación de los gestos faciales, el decaimiento y total pérdida de fuerza en las extremidades, la respiración abdominal en lugar de la superior, y los leves movimientos involuntarios del globo ocular bajo el párpado cerrado. Todo correcto, incluso el ritmo cardíaco era el ideal.

- Muy bien, Fran, ya estás listo. A partir de ahora viajaremos por tus recuerdos, y todo lo que veas y oigas no podrá hacerte ningún daño, así que no te asustes. Será como ver una película, ¿me has entendido?

- Si... – la voz escapó de entre los labios del detective de forma tan leve que se escuchaba a duras penas. Ángel tuvo que acercarse un poco más, no quería perderse detalle. Su amigo parecía estar realmente sugestionado y no había motivos para creer que estuviera fingiendo.

- Vamos a regresar en el tiempo hasta el momento en el que estás en casa del inglés, en el campo. ¿Recuerdas aquel momento?

- Sí... – su expresión se tornó en ceño fruncido mientras apretaba la cabeza contar el cojín del sofá – No hay nadie... está oscuro... hace frío...

- Más despacio Fran... ¿Dónde está el dueño? ¿Dónde está Wenstein? – el cambio brusco de rictus y la tensión que había adquirido el rostro de su amigo no eran buena señal; era como si algo de lo que estaba viendo le obligase a estar en guardia.

- No estoy en casa del coleccionista... – apuntó más forzado – Esta es la casa de Weiland...

- ¿Y qué haces allí? – Ángel se percató entonces que debería haber especificado más el momento al que debía haber regresado Fran mentalmente, aunque ya poco importaba, esto parecía más interesante – ¿Por qué has ido?

- Tengo que hablar con él... sobre el libro...

- ¿Hace mucho que te fuiste de la casa de Wenstein? – preguntó tratando de situarse en el tiempo. Fran negó con la cabeza.

- Eso fue esta mañana... ya está anocheciendo...

- Entonces te fuiste a Pluckley después de hablar con el viejo coleccionista.

- Si... – su estado seguía pareciendo más inquieto que al principio – He pasado el día en el pueblo... investigando... y al final lo he encontrado...

- ¿A Weiland?

- Si... ya estoy en su casa... está a las afueras... es grande... parece abandonada...

- ¿Qué te ha dicho la gente de él?

- Nadie le conoce... – dijo con cierta decepción – Pero la información del viejo era cierta, la casa estaba justo donde dijo...

- Bien, volvamos a la casa entonces – ordenó ávido de curiosidad – ¿Dónde estás? ¿Fuera?

- No, estoy dentro... la puerta estaba abierta... huele mal...

- ¿A qué huele?

- Es como... si hubiera un animal muerto en la casa...

- Continúa. ¿Qué ves?

- Estoy en el recibidor... hay tres puertas... y un pasillo largo a la derecha... Todo está muy oscuro... me acerco al pasillo pero hay tan poca luz que ni siquiera veo el final... pero... – se detuvo a la par que giraba la cabeza toscamente.

- ¿Qué pasa? ¿Qué ves? – su pulso había aumentado levemente y se notaba en su manera nerviosa de narrar.

- No veo nada... pero algo se ha movido al final del pasillo... he oído un ruido...

- ¿Es el dueño de la casa? – preguntó tratando de calmarle.

- No... no lo creo... es un chirrido metálico seguido de un golpe... pero no puedo verlo... y mi móvil no da luz suficiente...

- ¿Qué haces ahora?

- Espero un poco, y me dirijo a la puerta más cercana al pasillo, la que tengo en frente... la abro... – hizo una pausa – Es la cocina, o eso parece... está tan sucia que casi no se ven las paredes y el suelo... – Ángel dibujó una imagen mental bastante repulsiva de aquella cocina partiendo de la descripción de Fran así como de su propia expresión de asco.

- ¿No entras? – cuestionó teniendo en cuenta la parada de la explicación.

- No... no parece haber nada de interés aparte de la suciedad y el mal olor...

- ¿Ese es el mal olor al que te referías antes?

- No... es otro... este también es asqueroso, pero se puede soportar...

- De acuerdo, continúa.
- Cierro la puerta de la cocina y... – se detuvo en seco – Otra vez ese ruido del pasillo... esta vez más claro.
- ¿Qué es? ¿Son pasos? – Ángel empezaba a estar realmente intrigado, como si estuviera viendo su película de terror favorita.
- Es diferente... un traqueteo que se repite... cada vez se oye más fuerte... viene hacia mi... viene hacia mi... – su estado se tornó más inquieto de repente.
- Tranquilo, no pasa nada – trató de calmarle sin resultado.
- Es... – las cejas de Fran se arquearon denotando gran sorpresa mientras contenía la respiración.
- ¿Qué es Fran? ¿Qué estás viendo?
- Ha chocado con mi pierna y se ha caído... pero sigue...
- Fran, ¿qué es? – insistió.
- Es un triciclo de bebé... rojo... y sigue pedaleando – añadió con incredulidad.
- ¿Un triciclo? – replicó el psicólogo extrañado - ¿Eso es todo?
- Si... y no se para, no para de pedalear...
- Pues irá a pilas – Ángel se tapó la boca consciente de su error. Durante las sesiones de hipnosis no se debe intervenir más que como mediador, dando directrices y guiando al sujeto a través de su subconsciente. Nada más.
- No... es de plástico... ahora se ha parado en seco. Ya no... – Fran dio un respingo sobre el sofá de tal magnitud que casi tira a Ángel de la silla del susto.
- ¿Qué pasa? – preguntó alarmado levantando la voz más de lo ideal debido

al sobresalto.

- Un portazo... – explicó jadeante – al final del pasillo. Esto no me gusta... aquí hay alguien... puedo sentirlo.

- Relájate, no te puede pasar nada. Sigue – inquirió aún reponiéndose del espaviento.

- Espero un poco... ya no hay ruido. Me vuelvo hacia la entrada, quiero examinar las otras dos puertas... no quiero cruzar ese pasillo... – su voz reflejaba una gran dosis de inquietud – una de las puertas es un trastero... lleno de porquerías y ropa vieja... la otra no se abre... parece atascada... mierda...

- ¿Qué ocurre?

- Voy a tener que ir por el puto pasillo... no hay otro camino... – repuso angustiado.

- Adelante entonces.

- Voy tan despacio como puedo... pero el suelo cruje igual, si hay alguien seguro que me está oyendo... y casi no se ve a un metro delante de mí... – hubo un momento en silencio – Otra puerta, a la derecha... en mitad del pasillo...

- ¿También está cerrada? – cuestionó el psicólogo dándole pie para seguir la narración.

- No, el pomo gira y la abro... es una especie de salón... creo. Aquí se ve mejor... hay dos ventanas y entra la claridad de la noche...

- ¿Hay algo de interés en ese salón?

- Hay muchas cosas... muebles llenos de libros... mesas... en realidad parece más una biblioteca casera...

- Entiendo.

- Hace mucho frío... – Fran exhaló una bocanada de aire y se arrugó como un papel sobre el sofá rodeándose con ambos brazos.

- Tranquilo, ya queda poco, continúa por favor.

- No llego a entrar en la habitación... prefiero seguir buscando en el resto de la casa... ojalá tuviera a mano mi revolver...

- No va a hacer falta, descuida.

- Creo que veo el final... hay una escalera que sube... y puertas a los lados... una está abierta... la otra no...

- ¿Qué ves?

- Es un cuarto vacío... no hay nada... pero el triciclo tuvo que venir de aquí...

- ¿No hay “nada” en ese cuarto? – cuestionó Ángel extrañado.

- No... bueno, hay una pequeña alfombra... nada más...

- ¿Y qué haces ahora?

- Subo por la escalera... alumbro con el móvil pero está más oscuro todavía... voy a ciegas... ya estoy en la segunda planta... hay un pasillo estrecho creo... y cuatro puertas...

- ¿Están abiertas?

- Si... son dormitorios... los muebles están podridos... y las camas están deshechas... hay cucarachas por todas partes...

- ¿Qué hay del olor del que me hablabas? ¿Viene de ahí?

- No... aquí casi no huele... pero el aire está viciado... parece que no ha entrado nadie aquí en años... espera... el último cuarto... hay luz...

- ¿Hay alguien allí?

- No... es la claridad que entra por la ventana... – los leves gestos corporales de Fran hacían suponer que estaba registrando el cuarto mentalmente – hay una cómoda y un somier... nada más... me acerco a la ventana... esta no está tapiada como la del otro dormitorio... se ve el bosque... las siluetas los arboles parecen dientes con la noche de fondo... me recuerda a una película de mie... – la narración se detuvo súbitamente y el detective se agarró la mano derecha como si le hubiera dado un calambre.

- ¿Qué ocurre Fran? ¿Qué pasa?

- El anillo... me aprieta... y está congelado... ¡la cama!... – la expresión de Fran se debatía entre la sorpresa y el miedo. De repente, y tras sufrir otra repentina sacudida por todo su cuerpo que casi vuelca el sofá, su respiración se aceleró significativamente.

- ¿Te has caído? – el psicólogo interpretó el sobresalto, que esta vez no le pilló desprevenido, como un acto reflejo por imitación de los movimientos que su amigo podría estar haciendo en sus recuerdos – ¿Qué pasa con la cama?

- No me he caído... – respondió entre respiraciones alteradas – me he tirado al suelo... la cama ha empezado a temblar y se ha lanzado sola contra la ventana... si no lo llego a quitarme...

- ¿Me estás diciendo que la cama se ha lanzado sola contra la ventana? ¿Estás seguro de eso?

- Joder que si lo estoy... se ha movido sola... yo me largo de aquí...

- Bien – Ángel se disponía a sacar del trance a su amigo, la historia parecía haber terminado ahí; al menos en su opinión, si entras en una casa abandonada y los muebles y juguetes se mueven solos, lo mejor que puedes hacer es marcharte de allí. Lo difícil iba a ser explicarle a Fran lo que le había contado sin que pareciera una broma, o lo que era peor, que le afectara negativamente animándole a seguir con esa absurda investigación sobre cosas paranormales. Solo había un inconveniente atravesado como una flecha en la mente de Ángel; todo cuanto estaba contando el investigador debía haber ocurrido de verdad, por raro que pareciese, ya que las regresiones de este tipo acceden a los centros de memoria del cerebro, no a los centros imaginativos. Y eso solo

cuadraba en un razonamiento lógico, Fran debió sufrir una alucinación. No era para tanto.

- Un momento... – el hipnotizado llamó la atención – Aquí hay algo raro...

- ¿Dónde estás ahora?

- Acabo de bajar las escaleras... vuelvo a estar en la planta baja... pero esta habitación... ya la he visto antes...

- ¿A qué habitación te refieres?

- La que estaba vacía... esa alfombra... no tiene sentido... no hay ni un mueble, pero si una alfombra... tengo que comprobar algo... – hubo un par de segundos de receso, Ángel se mantuvo a la espera pacientemente sin intervenir tratando de reprimir su expectación – Lo sabía... hay una trampilla, como en casa de Wenstein... hay un sótano ahí abajo...

- ¿Ya lo habías visto antes?

- Es igual que en casa del viejo... tapaba la trampilla del sótano con una alfombra como esta...

- Continúa.

- Abro la trampilla... - una mueca de auténtico asco se dibujó en la cara de Fran, que alzó incluso una mano para taparse la nariz – que asco...

- ¿A qué huele?

- Viene de aquí... ese olor a perros muertos... viene de aquí... aun así empiezo a bajar por la escalerilla con el móvil por delante... se ve un poco mejor que arriba, hay un par de tragaluces en la pared pero sigue estando muy oscuro... esto es un trastero... no muy grande... hay cajas y un montón de porquerías...

- ¿Hay algo interesante? – preguntó sin ningún tipo de pretensión. La tensión se había estabilizado y estaba claro que la historia comenzaba a hacerse lineal, casi sin interés, sin contar el temor que le producía oír la voz

entrecortada de Fran narrando aquella tétrica situación en la penumbra del salón cerrado.

- Algo no me cuadra... – parecía estar haciendo algún tipo de razonamiento o cálculo mental – A este sótano le falta un pedazo... un trozo enorme...

- ¿Cómo dices? No te entiendo.

- Es como la casa del coleccionista... se parece en todo, salvo en esto... el sótano tiene que ser... – una nueva pausa hacía sospechar que el detective había hallado algo – Aquí está... esta pared está hecha de tablones... creo que puedo sacarlos... hay luz detrás... pero qué cojones... – un rictus de terror y una bestial aceleración del pulso del detective alertó a Ángel.

- ¿Qué ves Fran? – tras esperar unos segundos y comprobar que no había reacción alguna por su parte insistió de nuevo – Fran ¿Qué ocurre? Háblame – en ese instante el joven malagueño se estiró como una vara de acero forjada apretando los puños y temblando como una centrifugadora. Ese tipo de reacciones físicas no son buenas señales durante las sesiones de hipnosis ya que pueden llegar a causar lesiones vertebrales, cervicales o musculares al constreñir el cuerpo hasta extremos que estando consciente jamás osaríamos forzar – ¡Fran, dime lo que ves!

- Una... tumba... – las palabras salían de sus prensados dientes como entra el viento por una ventana cerrada. Ángel notó con espanto la peligrosa rigidez de todo su cuerpo al agarrarlo por los hombros.

- ¡Fran, escúchame, cuando cuente cinco despertarás! – aquella sesión había llegado hasta un extremo indeseado e innecesario según el criterio del psicólogo que se disponía a sacarle del trance por el método convencional y más rápido posible – ¡Uno, empiezas a regresar del viaje! – el corazón de su amigo iba a estallar si no lo sacaba del trance inmediatamente.

- Es... él... pelirrojo...

- ¡Dos!

- Está... muerto... ¡Se levanta!

- ¡Tres, casi has llegado!
- ¡Viene hacia mí! ¡Está muerto!
- ¡Cuatro, te estás despertando!
- ¡No puedo moverme! ¡Ya está llegando!
- ¡Cinco, despierta! ¡Despierta!

Los ojos del detective se abrieron y con un leve estremecimiento encontraron a su amigo Ángel encima de él zarandeándolo por los hombros. Notaba su propio ritmo cardíaco acelerado y el sudor recorría su frente, aunque no recordaba nada de lo ocurrido. Era una sensación extraña, como cuando te desmayas y te despiertas instantáneamente; para ti ha sido solo un segundo aunque en realidad ha pasado un lapso de tiempo intermedio del que no sabes nada ni eres consciente. Lo único que podía ver era el rostro de preocupación de su amigo el psicólogo que se retiraba de él y literalmente se dejaba caer sobre la silla a la par que suspiraba de cansancio.

- ¿Qué me he perdido? – preguntó expectante.

Tan solo un día había transcurrido desde que Fran le prestara a regañadientes el misterioso manuscrito a Alejandro, experto en tales temas, siguiendo el consejo desinteresado de su amigo Ángel, para un análisis más profundo. Tanto el psicólogo como él mismo permanecían en silencio en la sala de su consulta a la espera de la llegada inminente del profesor de historia. La nimia conversación que terminó con una citación en aquel lugar y a aquella hora entre Fran y Alejandro rondaba los pensamientos del detective, que no dejaba de especular con el énfasis con el que el profesor León ansiaba concertar dicho encuentro, eso sí, sin especificar en ningún momento ni un solo detalle ni dato sobre el objeto en cuestión. De lo que no cabía duda era que la conversación que iba a tener lugar en breves momentos revelaría mucha información sobre el asunto que tantos quebraderos de cabeza habían dado al investigador hasta la fecha desde que el enigmático libro cayera en sus manos; al menos ese era su deseo.

Ni una sola palabra. Ángel reposaba aparentemente sosegado sobre su ostentoso sillón de cuero rojo tras la mesa, siguiendo a Fran con la mirada mientras este paseaba por la sala de un lado a otro cual autómata tratando de centrarse más en saborear el humo del cigarro que se estaba fumando que en sus propias especulaciones. Tal estado no se asemejaba a ningún otro que pudiera recordar en aquel fatídico instante. ¿Cómo había llegado a esa situación? Increíble, pero así era.

De pronto el timbre campanillero de la puerta detuvo en seco el cíclico paseo de Fran, que clavó su vista en Ángel ordenándole indirectamente que abriera la puerta cuanto antes por el bien de su sistema nervioso. Este se

levantó con calma del sillón y se dirigió a la puerta de entrada atravesando toda la consulta. Pocos segundos después y tras sentir de fondo sendos saludos y presentaciones, contempló con asombro que eran tres personas, y no dos, las que se adentraban en la sala del psicólogo. El primero era obvio; el siguiente fue Alejandro, que traía consigo una cara de circunstancia ideal para la ocasión; y un tercer individuo que nunca había visto antes. Era un hombre entrado en años, quizá incluso más que el mismo Alejandro, de vestimenta elegante, rasgos caucásicos y de baja estatura. Traía un maletín negro consigo.

- ¿Quién es? – cuestionó Fran sin poder reprimir su disconformidad para con el imprevisto invitado. Ángel cerró la puerta y se hizo a un lado quedando únicamente como espectador.

- Es el profesor Javier Mora – explicó Alejandro a sabiendas del disgusto y la incomodidad que reinaban en el ambiente – Tranquilo, es de confianza, hemos trabajado juntos y le conozco desde hace mucho tiempo.

- Te dije que esto tenía que quedar entre nosotros... – replicó furioso apretando los dientes. No parecía haber oído nada de la explicación.

- Lo sé, lo sé, pero no me ha quedado más remedio. He tenido que pedir consejo al profesor porque... – titubeó – francamente, esto me supera.

- Siento interrumpir, joven... – saltó el tercer hombre un tanto prepotente – ¿Me permite decir algo?

En la retina de los ojos verdes de Fran seguía clavado el rostro decepcionado de Alejandro que parecía verdaderamente afectado, quizá por no haber estado a la altura de las expectativas y retos que planteaba al intelecto el maldito libro. Fue esa expresión de su amigo y ninguna otra cosa la que relajó la tensión a la que estaba sometido. Aun así, y sin ánimo de responder de modo excesivamente condescendiente, hizo un leve gesto alzando la barbilla permitiendo al profesor Mora exponer sus argumentos.

- Alejandro ha hecho lo correcto – aseveró convencido – De hecho, no tenía otra opción...

- ¿Cómo que no le quedaba otra opción? – aquella frase no tenía demasiado sentido para él. Accedió a prestarle el libro al historiador siempre y cuando todo quedara en el más absoluto secreto. Si no quería avisar a nadie, no tenía por qué hacerlo, o al menos eso razonó para sí. Le miró esperando alguna reacción por su parte pero Alejandro simplemente agachó la cabeza como un niño castigado por sus padres. Eso extrañó aún más a Fran.

- Hay infinidad de cosas que usted no sabe, señor Velasco; este libro solo es una de ellas – afirmó elevando el maletín negro.

- ¿Quién coño es usted? – obviamente aquel hombre era mucho más de lo que aparentaba. Su forma de hablar disciplinada y medida ponía nervioso a Fran, que ya empezaba a relacionarlo con las fuerzas del orden, policía o ejército, o alguna división de investigación del gobierno.

- No se altere, por favor, todo tiene una explicación y si me lo permite, se la daré encantado – su dialéctica era impecable y elegante – ¿Qué tal si todos tomamos asiento?

La invitación del desconocido hizo que todos se mirasen entre sí y se dirigieran a los asientos que rodeaban la mesa de trabajo de Ángel. Este sin embargo se quedó apoyado en la pared a varios metros de los demás. El supuesto compañero de Alejandro depositó su refinado maletín con cuidado sobre la mesa e introdujo, girando las ruedecillas de los enganches, los seis dígitos que lo abrirían. El chasquido de los anclajes sonó y el profesor levantó la tapa con ambas manos, sacando acto seguido la famosa obra de autor desconocido depositándolo sobre la mesa frente al detective.

- Llevábamos años detrás de este ejemplar – dijo rompiendo el incómodo

silencio y acrecentando las dudas de Ángel y Fran. Lo insólito era que Alejandro parecía entender todo cuanto decía aquel hombre.

- ¿Sabían de la existencia de este libro? – preguntó el detective incrédulo.

- Desde luego que si... – afirmó casi sonriente, como si hubiera cuestionado una obviedad – Hace unos sesenta y tres años, cuando se inauguró La Agencia. Ignoramos quién lo escribió, posiblemente hace más de ciento cincuenta años, pero conocemos al detalle su contenido.

- ¿Agencia? ¿Qué agencia?

- Todo a su tiempo, señor Velasco. No se impaciente. Supongo que querrá saber qué le pasó a Rafael Álamo...

Aquel engreído había dado con una fibra sensible del investigador. Sus maneras repelentemente correctas y el aura de superioridad que le rodeaba comenzaban a ser más que una simple cualidad molesta para él. Pero lo cierto era que la curiosidad pesaba más que cualquier disputa emocional interna en aquellos momentos, porque de lo que no cabía la menor duda era que el tal Javier Mora, si es que se llamaba así realmente, tenía las respuestas a las preguntas que tan ansiosamente había estado buscando desde que empezó todo. Las mismas preguntas que le llevaron a la casa de campo de Rafael, las que le hicieron mentir a Klaus sobre la investigación para ocultarle la existencia del libro y poder continuar por su cuenta; las mismas que le llevaron a viajar a Inglaterra y que le tenían ahora frente a alguien, quizá, más importante de lo que cabía imaginar. De modo que no se perdía nada por oír lo que tuviera que decir el desconocido.

- ¿Qué sabe de Rafael? – preguntó finalmente.

- No mucho más que usted, pero sé cómo trató de usar el libro. Verá, – alargó la mano y acarició la gruesa portada del vademécum en cuestión – la información reunida entre estas tapas, bien utilizada, puede ser tremendamente

útil. Es obvio que el señor Álamo se percató de ello y trató de sacar provecho.

- Dígame algo que no sepa – interrumpió Fran bruscamente. El hombre le sostuvo la mirada receloso y tanto el psicólogo como el historiador, meros espectadores de la cháchara, pensaron que las formas rudas del detective habían colmado su paciencia. Segundos después se recostó sobre el asiento plácidamente, satisfecho, y casi sonriente.

- Le ofrezco un puesto en La Agencia. Si acepta, le facilitaré información sobre este asunto.

La mirada de Alejandro se dirigió súbitamente hacia Javier y luego a Fran; este comprobó con asombro que sus ojos estaban hinchados como globos de feria y que su expresión era la de alguien tremendamente sorprendido. Por algún motivo que desconocía, al detective le dio la impresión de que aquella oferta era más que un honor, y mucho más que un simple trabajo, pero solo había una forma de averiguarlo.

- ¿Qué pasaría si acepto? – cuestionó precavido.

- Que entraría a formar parte del escalón más bajo de la jerarquía, pero ya estaría dentro. Se le proporcionaría información clasificada, documentación, dinero, y todo lo necesario para llevar a cabo las misiones que se le fueran encomendando.

- ¿Misiones? – aquello le sonó algo militar.

- Como le acabo de decir, entraría en el nivel más bajo – aquella frase bastó para entender todo lo demás.

- Fran... – Ángel intervino tratando de llamar su atención – ¿Podemos hablar?

- ¿Qué me dice del sueldo? ¿Y qué pasa con mi trabajo?

- Fran, no conoces de nada a este hombre... – Ángel seguía intentando captar la atención de su amigo sin resultados.

- Supongo que ya se habrá dado cuenta de que quienes pertenecemos a esta organización, no estamos aquí precisamente por el dinero – Fran asintió con la cabeza; era obvio que la información que manejaban valía infinitamente más que cualquier suma de dinero. Si aquel hombre no se impresionaba lo más mínimo frente al manuscrito, dios sabe las cosas que sabrían y tendrían en esa “agencia”. Aquel pequeño razonamiento casi valió para decidir al joven investigador.

- Javier... – susurró Alejandro en voz baja aproximándose al oído de este – ¿Estás seguro?

- Si, lo estoy – respondió sin ocultarse y sin dudar – Es un candidato perfecto. Tiene iniciativa, experiencia como investigador, recursos económicos propios... y no olvidemos que ha encontrado el código que llevamos buscando tantos años. Además, necesitaremos un enlace en la costa del sol cuando te retires... – replicó en tono burlesco hacia el profesor de historia. Eso no gustó a Fran al ver que su amigo se avergonzaba ante tales sentencias. El tal Mora debía tener un alto cargo en la jerarquía de la organización.

- ¿Qué más tendría que hacer?

- Deberá continuar su vida como si nunca me hubiese conocido. Siga jugando a los detectives, saliendo con su novia si la tiene, y haciendo lo que suela hacer. Pero cuando se requieran sus servicios, tendrá que dejar todo cuanto esté haciendo y atender con máxima prioridad la misión que se le encomiende.

- Debe ser usted alguien importante en esa agencia...

- Yo no soy importante, señor Velasco, solo nuestro deber lo es.

Aquella última locución cargada de ideología y sentimiento alcanzó a Fran

desprevenido. Todo cuanto estaba oyendo daba la impresión de ser cierto a pesar de parecer descabellado, máxime el hecho de que una agencia como aquella le requiriese entre sus filas. Claro que tras haber experimentado de cerca tan inauditas peripecias últimamente, y de carácter tan paranormal, no se negaría a otorgar un voto de fe a todo aquello.

- Bueno, me temo que no puedo pasarme el día esperando su respuesta, señor Velasco, de modo que si me lo permiten me retiraré, cuando se haya decidido comuníquesele a Alejandro; con eso bastará – El profesor fue a echar mano del viejo manuscrito pero Fran, por acto reflejo, lo aplastó violentamente con la palma de su mano contra la mesa evitando que lo cogiera. La mirada de Javier se volvió amenazante al percibir la ira que desprendía el detective ante el hecho de perder aquel libro. Estaba claro que no iba a permitir que se lo arrebatasen tan fácilmente. Como en una conversación telepática, Fran tanteaba si existía alguna posibilidad de quedarse con aquel libro mientras que el profesor Mora le respondía negando con la cabeza. Por pura intuición, el detective retiró su mano de la tapa no sin antes percatarse de que algo había llamado la atención del refinado anciano que no pudo evitar fruncir el ceño – Cuidado con lo que haces, chico.

- ¿Si acepto me dejará quedarme con el libro?

- Créame, le estoy haciendo un favor al llevármelo – el tono usado denotaba total sinceridad, y teniendo en cuenta cómo había terminado Rafael Álamo tal vez el viejo estuviera en lo cierto – Por cierto, debió impresionar mucho a Andrew para que le regalase su anillo.

Fran trató de reprimir vanamente su impresión al oír la última pieza del puzle que necesitaba para corroborar todo lo que estaba relatando aquel señor con aires de superioridad. Si conocía a Wenstein tal vez fuera porque trabajó en La Agencia y ahora se encontraba retirado, eso explicaría tantos viajes por el mundo y su asombrosa colección de inauditos artículos. ¿Eso significaba que Pedersen también había pertenecido a La Agencia? ¿Acaso su estado, por llamarlo así, era consecuencia de otro ritual mal realizado como el de Rafael?

Todas aquellas cuestiones le picoteaban la ya desgastada curiosidad que sentía por el asunto, quizá ahora hasta un punto personal.

- Está bien. Acepto – afirmó rotundamente dejando de lado la sorpresa. La expresión de Javier fue de satisfacción al atender aquellas palabras, y una leve sonrisa daba fe de ello.

- Excelente – repuso lacónico mientras recogía el pesado compendio y lo guardaba en su maletín – Alejandro le explicará los detalles restantes. En cuanto a usted... – se levantó del asiento y se dirigió explícitamente hacia Ángel con tal severidad que este no pudo evitar retroceder hasta pegar su espalda contra la pared del despacho – Tiene dos opciones; o ayuda a su amigo en lo que necesite con la mayor de las discreciones, o va contando por ahí todo cuanto ha oído aquí hoy. Por su propio bien, le recomiendo encarecidamente la primera opción.

Sin decir media palabra más el hombre salió de la habitación maletín en mano perseguido por las miradas atónitas de los que aún quedaban allí. El portazo de la entrada les sacó del trance y fue entonces cuando se miraron unos a otros sin saber muy bien qué decirse. Ángel trataba de reponerse de las sugerencias recomendadas por el misterioso individuo que acaba de irse; Fran se mantenía firme y pensativo con la vista dirigida hacia Alejandro esperando que le expusiera esos detalles que faltaban sobre La Agencia, pero este solo le miró apesadumbrado.

- No tienes ni idea de dónde te has metido, ¿verdad? – preguntó el historiador finalmente.

- No, pero seguro que tú me lo vas explicar ahora mismo.

- 1945. El ejército nazi es reducido y acorralado en Berlín por los Aliados, Rusia por el este y Francia, Inglaterra y Estados Unidos por el sur y el oeste – Ángel y Fran escuchaban atentamente, como siempre, cada palabra del monólogo de Alejandro, solo que esta vez tenían un motivo de peso adicional aparte del simple deleite de oír a un hombre excepcionalmente culto desplegando sus extensos e interesantísimos conocimientos – Hasta ese día, en el que el Eje declaró su rendición incondicional y segunda capitulación en menos de cincuenta años, nadie se había parado a pensar cómo un solo hombre había logrado atraer tales consecuencias, conquistar casi toda Europa y mantener al resto del mundo en jaque durante años solo con su oratoria y su astucia para la estrategia militar. Terminaba así el conflicto armado más sangriento de toda la historia, con cincuenta millones de víctimas sin contar los millones de judíos exterminados en campos de concentración...

- Perdona que te interrumpa, Alejandro – intervino Ángel desconcertado – pero... ¿qué tiene que ver la segunda guerra mundial con esto?

- Déjale hablar – ordenó Fran sin dejar de mirar al historiador.

- Bien es cierto – continuó obviando la cuestión del psicólogo – que determinados hechos sirvieron de coyuntura a Hitler para convencer al pueblo alemán a alzarse en armas, como pudo ser el resentimiento latente del país sumido en la pobreza y el desempleo por el pacto de Versalles que les obligaba a indemnizar económicamente a los países implicados en la primera gran guerra, así como reducir su potencial militar hasta extremos irrisorios. Pero reseñas históricas aparte, se clasificaron como alto secreto determinados documentos que plasmaban otro tipo de “sucesos” durante la guerra, sucesos que habían quedado sin explicación.

- ¿Qué tipo de sucesos? – preguntó Fran sin tener la más remota idea de a

qué se refería.

- No hay términos para definirlo, pero La Agencia los define como “usos condicionados”, ya te explicaré por qué. El caso es que estos documentos recogían acontecimientos en los que el Eje dispuso de cierta ventaja de origen desconocido. Un claro ejemplo es lo que se ha comentado en algunos documentales, como el hecho de que Hitler detectaba submarinos con un mapa y un péndulo.

- Si – saltó Ángel – es cierto. No recuerdo quién fue pero me lo comentaron hace tiempo. De todas formas eso son tonterías que se dicen de Hitler, como que estuvo buscando el santo grial para conseguir la vida eterna...

- Exacto – Alejandro asintió con la cabeza gratamente sorprendido – No has podido estar más acertado, Ángel. Himmler, jefe de las SS, comenta en repetidas ocasiones mediante varios de sus escritos su gran interés por el ocultismo; de hecho, fue el máximo exponente de las búsquedas de objetos históricos realizadas por el ejército alemán. Incluso hay videos y documentación varia que analizan al detalle todas las expediciones que se llevaron a cabo.

- ¿Qué más sucesos se registraron en esos documentos? – preguntó el detective.

- Podría pasarme el día hablando y no terminaría de contártelos todos, aun así os pondré un ejemplo bastante claro para que me entendáis mejor. Grecia fue uno de los objetivos primordiales de Mussolini, de modo que no dudó en enviar tropas para conquistarla. Sin embargo, los griegos, grandes conocedores de su abrupto y pelicular terreno no tardaron en repeler al ejército invasor aprovechando esa gran ventaja. Alemania intervino poco después y logró lo que los fascistas no pudieron. Una entrevista con un oficial griego reveló que los soldados del ejército nazi parecían conocer perfectamente el territorio hasta un punto sobrenatural. Según sus palabras, guiados por una fuerza superior que les libraba de emboscadas y demás trampas, en teoría indetectables para cualquier extranjero.

Los rostros de Fran y Ángel mostraban abiertamente su tremendo asombro ante la ilustración del historiador. Alejandro les dio unos segundos para asimilar la información expuesta.

- Bien, dicho esto, creo que debo contaros algo más para que comprendáis dónde os habéis metido; sobre todo tú, Fran – dijo debatiéndose entre el enojo y la displicencia – Cuando la guerra concluyó, se encontraron determinados objetos entre las pertenencias del Hitler y sus dirigentes más allegados, como Himmler o Goebels, que parecían un tanto exóticos. Según testimonios de altos cargos supervivientes, estos objetos les proporcionaban al dictador y su camarilla ciertos... poderes. En un principio no se tomaron en serio dichos testimonios, algo comprensible, pero había demasiados rumores sobre las tendencias ocultistas de los nazis, así que tras meses de investigación y pruebas diversas se llegó a la conclusión, y se demostró, que aquellos “objetos” realmente tenían propiedades especiales, y pudieron tener mucho que ver en el alzamiento nazi.

- ¿Y qué objetos eran? – la pregunta de Fran era propia de cualquiera que estuviera oyendo aquella increíble historia. La tendencia natural de cualquier persona es ser escéptico siempre ante temas de esta índole sobrenatural, pero todo parecía tener cierto sentido de un modo macabramente conectado.

- Eso no puedo decírtelo – Alejandro se retrajo contra el respaldo como si hubiera visto la mismísima muerte en aquella simple pregunta – Lo que pasó después solo lo saben determinados miembros que forman parte de La Agencia. Los líderes de las naciones aliadas se reunieron y tomaron la decisión de crear una organización secreta que se dedicaría en exclusiva a buscar, encontrar y proteger objetos potencialmente peligrosos como los hallados tras la guerra.

- Comprenderás que me resulte difícil de creer... – comentó el investigador con pasmosa sangre fría – Sobre todo teniendo en cuenta que todas esas cosas se pueden aprender viendo documentales del Discovery o del Canal Historia, o alguna que otra película.

- A los niños también se les dice que existe el coco pero cuando crecen

dejan de creer en él. Es un mecanismo humano común; nos negamos a admitir aquellas cosas que no nos convienen o que no cuadran con nuestra percepción de la realidad, pero eso no significa que no estén ahí. Los documentales y la información al alcance de la gente están más que controlados y medidos para hacerles creer que saben mucho, pero en el fondo, no saben nada.

- Igual que los políticos... – inquirió Ángel inoportunamente. Sus dos amigos le contemplaron indolentes sin tomar en serio un comentario que fácilmente podría pasar por uno de los chascarrillos recurrentes del psicólogo un sábado noche después de unos cuantos legendarios con lima. Alejandro terminó por entender la analogía y a fin de cuentas no distaba mucho de la verdad.

- ¿Por qué un nombre tan genérico? “La Agencia”... – cuestionó Fran. Alejandro se inclinó hacia delante con expresión inquisitiva.

- Si fueras a montar una organización secreta, de verdad la llamarías “Agencia de Investigación y Defensa Paranormal”, o preferirías un término genérico con el que poder hablar de ella en público sin que nadie sospeche? – Alejandro se quedó mirando a su amigo, que había entendido inmediatamente tan aplastante lógica.

- Entendido. ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

- Llegará el momento en que requieran de tus servicios. No lo harán a través de ningún contacto, sino por correo ordinario; será entonces cuando empiece tu misión.

Epílogo

El sentido de la vida, curiosa expresión. Demasiado compleja para tener una sola respuesta correcta. De hecho, dudo que tenga una respuesta. Partiendo de la base de que no son más que palabras creadas por el ser humano, al igual que otras que hacen referencia a sentimientos o estados de ánimo, hay que tener presente que podrían no significar nada en absoluto. Pero por otra parte, y ciñéndonos a su sentido connotado, sirven para definir lo que cada individuo decide hacer con el tiempo del que dispone durante su existencia. Hay personas que dedican su vida a ayudar a los demás, otras a hacer el mal, a recabar la mayor fortuna posible, o simplemente a llevar una conducta estandarizada regida por la sociedad en la que les ha tocado vivir. Pero la cuestión más interesante viene ahora. ¿Acaso hay alguna manera concreta de aprovechar al máximo una vida? ¿Está sacando más provecho a su existencia una persona que se dedica a mantener incontables relaciones sexuales de forma lúdica o aquella que se centra en serle fiel a una sola? ¿Tiene más sentido ser un ermitaño o convivir y conocer cuantas más personas mejor? ¿Debemos seguir nuestros instintos buscando nuestra propia felicidad o ceñirnos a las leyes y normas que rigen la sociedad que hemos creado? Las respuestas pueden parecer obvias, pero les aseguro que no lo son. Lo que sí podemos afirmar sin temor a equivocarnos es que hay una réplica diferente para cada uno de nosotros, que la vida tiene un comienzo y un final, y que la mayor verdad que hallaremos no es otra que decidir por nosotros mismos cómo queremos utilizar el tiempo del que disponemos desde que nos emerge el sentido común hasta el fin de nuestros días. Esa es la única verdad que encontraréis si caéis en la desgracia del buen juicio o en la ausencia de una confortable ignorancia.

La felicidad podría ser el eje central de todo este sentido de la vida, lo cual es bastante irónico si te paras a pensarlo. En una ocasión me preguntaron si

era feliz, a lo cual respondí que era imposible afirmar o negar de forma tan genérica. Personalmente, pienso que la felicidad no es un estado mental continuo, sino momentos puntuales por los que merece la pena estar y sentirse vivo. Supongo que es ahora cuando entra en juego el modo de ver las cosas de un modo positivo o negativo, el vaso medio lleno o medio vacío. Francamente, creo que la mejor manera de plantear cualquier hecho o situación es la forma objetiva racional, así nos evitamos engañarnos a nosotros mismos o a los demás si hubiera falta de imparcialidad por nuestra parte. Como se suele decir, racionalizamos para hacer sentir mejor a los demás, pero mentimos para sentirnos mejor nosotros.

Con los años he aprendido que el gran problema que conlleva la adquisición de nuevos conocimientos relevantes es que su contenido puede no ser de nuestro preciso agrado. Nunca he sido tan feliz como cuando no era consciente de casi nada. Por desgracia, el tiempo nos acaba haciendo más sabios aun en contra de nuestra voluntad, es ley de vida que descubramos determinados elementos básicos (o complejos) que van surgiendo a cada paso que damos.



Más allá de la razón
La muerte nómada

Antoni Scaluggia

MÁS ALLÁ DE LA RAZÓN

LA MUERTE NÓMADA

“En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos...”

Apocalipsis 9:6

La Biblia

En memoria de mi querido padre, Antonio Sacaluga Acera

Ya no había vuelta atrás. A veces cuesta entender cómo hemos llegado a ciertas situaciones fatales para nuestra persona, pero Fran sabía exactamente cómo y por qué había terminado tal y como estaba.

Los atormentados gritos cargados de desesperación e impotencia seguían filtrándose por aquel tétrico pasillo de fría roca, atravesando la desvencijada reja de metal que hacía de compuerta y que no suponía ningún obstáculo para evitar que aquel derroche de sufrimiento y agonía llegase hasta la reducida sala subterránea donde se encontraban. Los alaridos eran ya bastante carga de angustia para el detective pero aún así su mirada se desviaba involuntariamente hacia los monitores de la pared que describían las escenas de horror que los provocaban y que se estaban sucediendo a pocos metros de su posición. No eran imágenes apabullantes sólo por su carga de sadismo, sino porque casi con toda certeza él sería el siguiente.

- Estoy esperando – advirtió el francés de porte elegante que seguía impertérrito frente al detective acompañado por su guardaespaldas, el cual ya había desenfundado su pistola y la sostenía entre sus manos cruzadas.

Los segundos se hicieron eternos y las posibilidades se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. A pesar de su preparación física y marcial el detective era consciente de que no podría desarmar a tiempo al secuaz y aún logrando esa hazaña restaría el imponente francés, que a juzgar por su porte y a pesar de su edad no parecía una presa fácil de reducir. Su única oportunidad era usar el revólver que escondía en la parte trasera de su pantalón y que ya empezaba a

palpar con las yemas de sus dedos. Por desgracia, sólo disponía de un disparo, y las consecuencias se antojaban impredecibles. Las órdenes de la misión fueron claras, localizar e identificar, pero su arrogancia una vez más le había llevado por el peor camino y ahora se enfrentaba a un final nefasto, peor que cualquier otro que hubiera podido imaginar.

El tiempo para tomar una decisión se había acabado. El francés hizo un leve gesto mirando de reojo a su hombre y este levantó el brazo apuntando con su pistola al joven detective. Ya no había nada que pensar. Esa teoría que llevaba días fraguándose en su mente desde que hablara con Alejandro, y tras aceptar aquella misión, era su última esperanza. Tanto si estaba en lo cierto como si no, era su única posibilidad de salir vivo de allí.

Tres semanas habían transcurrido desde aquella conversación con Alejandro en el despacho de Ángel, la cual se prolongaría hasta altas horas de la madrugada entre detalles y aclaraciones acerca de sus últimas experiencias. La misteriosa Agencia suponía un profundo barrizal de responsabilidades donde Fran se había metido prácticamente a ciegas. Era algo realmente difícil de concebir para una mente tan escéptica como la suya pero al menos le sirvió para solventar algunas de las incógnitas que quedaron pendientes desde que todo empezó con la visita del señor Ohlfan a su oficina.

Para empezar, según le comentó Alejandro, Rafael Álamo estaba recibiendo un tratamiento de rehabilitación especial tanto física como psicológica con gran discreción por cortesía de La Agencia, la cual le estaba procurando una notable mejoría para su salud y calidad de vida en todos los sentidos. La casa de campo de Rafael fue purgada, según palabras textuales de Alejandro, al igual que la subasta de Internet creada por el detective, su paso por el Holliday Inn y la casa maldita de Weiland Pedersen, así como el propio Pedersen. Fran trató de explicarle sus difusos recuerdos acerca de su investigación en Pluckley pero el historiador parecía saber más acerca de aquello que él mismo. Lo último que recordaba era descubrir la cripta secreta de Pedersen tras una pared falsa hecha con tablones de madera y quedarse atónitamente paralizado por el pánico al ver al ex-agente de La Agencia levantarse sin vida de su tumba y dirigirse hacia él. Pero lo que no podía saber era que otros dos agentes encargados de seguirle le salvaron de lo que pudo ser algo mucho peor.

Pocos días después, y por mera curiosidad, buscó noticias por Internet

sobre el pueblo en cuestión. Cuál fue su sorpresa al leer en el Daily Express que “Una vieja casa abandonada a las afueras de Pluckley ha salido ardiendo esta madrugada, probablemente debido a la imprudencia de unos jóvenes que accedieron a ella buscando un refugio donde pasar la noche”. Al menos eso creyó traducir. Pero todo eso era lo de menos, lo más espeluznante fue la información que Alejandro accedió a explicarle a regañadientes sobre el pelirrojo inglés, ya que según él estaba clasificada como alto secreto y podía acarrearle grandes problemas si contaba más de lo estrictamente necesario. En realidad, aun formando parte de La Agencia, el escalafón más bajo en su caso, no le daba acceso a dicha información ni por asomo, pero la amistad y la compasión de Alejandro hacia su amigo terminó por imponerse a su sentido común.

Weilland Pedersen fue uno de los agentes externos de La Agencia en la costa oeste de Inglaterra, con movilidad disponible por toda Gran Bretaña. Se caracterizaba por ser extremadamente discreto en sus investigaciones y hallazgos, incluyendo en esta circunspecta discreción a la propia Agencia, lo cual no gustaba a sus enlaces directos. El eje central del correcto funcionamiento de La Agencia se fundamentaba en el tráfico de información, y evadir cualquier tipo de dato podría ser fatal para el éxito de una misión. A Pedersen se le reconocieron pocas amistades dentro de la organización y ninguna fuera de ella. Lo que no hacía falta aclarar, aunque también se comentó, es que Wenstein y él mantuvieron una estrecha colaboración durante sus últimos años en activo. Finalmente, durante una misión en 1982 en Blackpool, antigua localidad de Lancashire, Weilland informó sobre el éxito de su misión a su enlace inmediato y pocos días después desapareció, se esfumó de la faz de la tierra. Hasta ahora. Alejandro no quiso dar más reseñas al respecto, pero estaba claro que aquella última misión debió estar relacionada con el misterioso manuscrito que cayó en manos de Rafael y más tarde en el propio Fran.

Tres semanas. Tres semanas pasaron desde que comenzara la investigación del caso Álamo, pero en su mente seguían grabadas a fuego las imágenes de aquel libro y aquel inglés pelirrojo que parecía haber burlado a la muerte más

allá de los límites naturales, algo descabellado para cualquier mente racional como la suya.

No eran ni las cuatro de la tarde, pero Fran ya estaba aparcando su Lexus en la puerta de su chalet. Como él mismo solía decir, una de las pocas ventajas de tener tu negocio y ser tu propio jefe era la flexibilidad horaria, sobretodo en el mundo de los detectives privados; claro que tampoco tenías horario fijo y a veces los casos requerían seguimientos y atención constante durante muchas horas, incluso días.

Las tardes de viernes solía jugar al tenis con Jose Luis Rivas, un policía local con quien hizo amistad a base de multas de tráfico y que acabó por convertirse en un buen amigo y contacto dentro de la policía, así como fuente de información para ciertos casos. De modo que tenía que pasar por casa para cambiarse de ropa y coger la maleta de marras, una roja y blanca de Adidas que le regaló Elisa hace ya un par de años. Pero un detalle llamó su atención mientras atravesaba el porche de la entrada. Un Opel Astra negro con los cristales traseros tintados estaba aparcado justo en frente. Era un dato aparentemente sin importancia pero si algo había aprendido en su profesión es que absolutamente todo cuanto te rodea puede ofrecerte claves para alcanzar nueva información, y lo cierto es que jamás había visto ese vehículo por aquella zona; para más inri tampoco recordaba haberlo visto ni en Málaga ni en Rincón de la Victoria, su residencia habitual. No hizo gran esfuerzo por tratar de buscar un motivo a aquel hecho, simplemente se volvió para un último vistazo mientras sacaba las llaves y abría la puerta. No parecía haber nadie dentro de aquel coche. En ese instante comenzó a sonar el nuevo tono de su móvil, una simpática canción que por algún motivo le recordaba sus vacaciones del año pasado en Ibiza. Era Rivas.

- ¿Qué pasa, socio? – saludó.

- Fran, ¿listo para otra paliza? – su inconfundible voz sonó más agradable

de lo habitual. Por regla general era un hombre estricto, correcto y concienzudo en muchos aspectos, y eso se veía reflejado en su personalidad, en su forma de ser y en su tono de voz.

- Tu sueñas, chaval, el otro día me pillaste bajo de forma, así que no te emociones – replicó en tono sarcástico. Fran estuvo retirado de todo durante algunas semanas desde que empezara a encargarse del caso Álamo, pero uno de los primeros con quién retomó el contacto fue con Jose a través de sus habituales partidos de tenis – Necesitarás algo mejor que tu raqueta de feria para ganarme. La conseguiste jugando a los patitos o qué... – se detuvo en seco al cruzar por delante del salón y retrocedió un par de pasos. Aquel paquete que había sobre la mesa no estaba ahí cuando se marchó a primera hora de la mañana.

- ¿Sigues ahí, Fran? – preguntó Rivas al no oír nada durante varios segundos.

- Si, si, espera un momento... – el detective se levantó la parte trasera de la camisa y sacó su revólver de la funda. Estaba claro que alguien había entrado en su casa durante su ausencia –Luego te llamo, ¿vale? Y concretamos la hora – musitó en voz baja mientras oteaba a su alrededor.

- De acuerdo, después hablamos.

Fran colgó el teléfono casi sin dejar terminar la frase a Rivas, lo guardó en el bolsillo y continuó avanzando por toda la casa registrando habitación por habitación, incluida la escueta segunda planta y la terraza. Nadie, no había nadie. Más calmado, pero con el arma aun en ristre, volvió al salón para examinar aquel sobre con más detenimiento, fue entonces cuando recordó las palabras de Alejandro: “Llegará el momento en que requieran de tus servicios. No lo harán a través de ningún contacto, sino por correo ordinario; será entonces cuando empiece tu misión”.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y los nervios comenzaron a punzarle el

estómago recordándole una sensación que hacía años que no sentía. En apariencia daba la impresión de ser un paquete vulgar y corriente; color pardo, tamaño estándar... nada raro. Al sostenerlo con ambas manos resultó tener un tacto maleable pero lo que tuviera en su interior daba la sensación de ser un tablón rígido. Un detalle cuando menos curioso era que en la parte de la mesa que rodeaba la zona donde se encontraba el paquete se habían condensado varias gotas de agua, algo que no supo explicar a priori. Un vistazo rápido al techo en busca de filtraciones desechó aquella solución lógica. Al abrir el cierre en su lado más estrecho, cual bolsa de patatas fritas, un caño de vapor helado salió de su interior sorprendiendo al joven malagueño que no daba crédito. Sin pensarlo demasiado metió la mano y palpó lo que parecían ser un folio rígido de tamaño A4. Al sacarlo, una sensación de frío seco le invadió y pudo comprobar que aquel folio congelado tenía gran cantidad de información escrita, o mejor dicho grabada, con una especie de tinta de color aguamarina. Un motor rugió a las afueras de la casa sacando a Fran de su ensimismamiento; este se acercó a la ventana del salón que daba a la calle. El coche negro ya no estaba, lo cual aumentaba sus sospechas y motivos para pensar que todo aquello formaba parte de alguna trama de La Agencia. Tras devolver su atención a la gélida página, en la cual habían aprovechado al máximo el espacio para escribir dada su falta total de sangría, espacios y párrafos, comenzó a leer su contenido con gran curiosidad:

Informe JPB-1785. Nombre en clave del ítem701: Muerte nómada.

Origen: Desconocido. Dada su composición con partes de iridio se data su manufactura como máximo en 1803. Se han registrado tres usos condicionados desde entonces.

Ubicación actual: Desconocida. Se recomienda al agente comenzar la búsqueda en Ouargla, Argelia. Su enlace allí será Abdelaziz Abdenur.

Apariencia: Lo único que distingue al ítem del resto de revólveres comunes es su tambor, compuesto únicamente de cuatro recámaras.

Órdenes adicionales: Se desconocen los efectos secundarios de su último uso, por ello es prioritario encontrarlo cuanto antes y bajo ningún concepto

debe utilizarse o, en su defecto, permitir que alguien lo utilice.

Usos: 1943. Kandy, Sri Lanka. Lord Louis Mountbatten instala varias jefaturas en el Palacio Real de Kandy por motivos diplomáticos y militares. En aquel momento es el encargado de las operaciones en el sudeste de Asia. Durante su estancia allí, un espía alemán con órdenes de asesinar al oficial inglés es descubierto, pero tras eludir a la guardia se encierra en una habitación. En el exterior de la sala aguardan refuerzos ya que se ha confirmado que va armado, al menos, con un revólver. Desde el interior se oye un estruendo inusual y las tropas disponibles asaltan la habitación donde se había atrincherado el infiltrado. Pero ya es tarde. El espía acorralado se ha disparado, aparentemente, un tiro en la sien acabando con su vida. Poco después de analizar todo el habitáculo y al individuo resulta imposible encontrar rastro de arma alguna, de hecho, ni siquiera hay olor ni restos de pólvora alrededor del cuerpo. Horas después del incidente se realiza la autopsia al cadáver hallando en el interior de su cráneo lo que parecen ser restos de una bala de pequeño calibre (.22 LR). El análisis sobre su composición revela un sesenta y siete por ciento de nitinol, un veintiocho por ciento de zinc, tres por ciento de iridio y un dos por ciento de un material desconocido. Un breve careo entre diplomáticos ingleses y alemanes revela la indiferencia y negativa por parte del Eje al no atribuirse el intento como propio. Aseguran no saber nada sobre el caso ni sobre el soldado en cuestión. El caso es archivado como alto secreto.

1957. Timisoara, Hungría. Zsolt Flieg es detenido por la policía como principal sospechoso de varios atracos y homicidios. Durante su espera en la sala de interrogatorios el detenido se queda solo por un instante y el policía encargado del caso oye un disparo dentro de la sala. Al entrar encuentra el cuerpo exánime del sospechoso con una herida en el lateral del cráneo. El agente asegura haberlo registrado a fondo y no haber encontrado armas en ningún momento, ni siquiera después de haber oído el disparo. Durante su autopsia se le extrae una bala de calibre .22 LR y el análisis en los laboratorios vuelve a revelar un dos por ciento de aleación desconocida y un porcentaje menor de zinc en casi un once por ciento. El caso es archivado como alto secreto.

1996. Virginia, Estados Unidos. Jason Nihram es abatido por la policía

local de Norfolk en un intento de atraco a mano armada tras herir mortalmente a uno de los dependientes. Durante el interrogatorio, la única superviviente declara haber visto cómo el revólver que portaba el atracador desaparecía justo tras efectuar el disparo. Dicha arma nunca fue encontrada. La autopsia del dependiente fallecido revela la misma composición anteriormente citada con una sola diferencia, el zinc se ha reducido a un ocho por ciento. El caso es archivado como alto secreto.

- Mareos, taquicardias, falta de percepción... Fran, lo que tienes es ansiedad – explicó Ángel pausadamente mientras esbozaba media sonrisa.

- ¿Y eso te hace gracia? – replicó el detective incrédulo.

- No, es que... ¿quién lo iba a decir? El niño mimado de papá que juega a ser detective padece de ansiedad. Lo veo irónico, la verdad.

- Dudo que sea el primer caso que te encuentras... tener dinero no lo es todo, cabrón engreído – añadió mientras daba otra calada y echaba el humo por la ventana lateral del despacho.

- A decir verdad... si... es el primer caso de ansiedad por investigar un libro maldito de ritos ancestrales de inmortalidad y descubrir un santuario debajo de una casa abandonada donde residía un muerto viviente que...

- Ya vale, te he entendido – interrumpió al empezar a revivir mentalmente aquellos desagradables recuerdos.

- ¿Lo ves? Solo con hablarte de ello te ha cambiado la cara.

- Bueno, y suponiendo que tuvieras razón, ¿Cuándo se me va a pasar este atontamiento?

- Francamente, no lo sé.

- ¿Estás de broma? – cuestionó preocupado.

- No, no lo estoy; la desrealización suele estar vinculada a un problema y hasta que este no es subsanado... – Fran miraba con incredulidad a su amigo y se negaba a creer que fuera víctima de una crisis de ansiedad tal y como le

aseguraba Ángel – Creo que es mejor que lo explique con una de mis magistrales metáforas.

- Si, por favor...

- A ver – el psicólogo se acarició la barbilla buscando una comparación adecuada, apta para un cociente menos privilegiado que el suyo – La mente procesa la información de manera un tanto compleja; no tengo tiempo para explicarte cómo funcionan los procesos de asimilación, acomodación, estructuras, esquemas y demás, pero trata de imaginar un director de agencia de aduanas. Este señor siempre está en su oficina de grandes cristaleras transparentes y toda la información debe pasar por sus manos. En la puerta siempre hay uno o cientos de trabajadores, cada uno con un problema o una información diferente, y por regla general el director da perfectamente abasto con sus deberes. ¿Pero qué ocurre cuando el trabajo le sobrepasa y ve que un problema o información concreta le está costando la salud y no ve solución a corto plazo? Pues muy fácil; le ordena a su secretaria, la señorita ansiedad, que cierre la puerta. De ese modo gana tiempo para buscar un procedimiento que arregle el conflicto que tanto le preocupa. ¿Todo claro hasta ahora?

- Creo que sí, continua... – respondió mientras procesaba la explicación.

- Bien, como puedes ver no es más que un mecanismo natural de defensa del cerebro para evitar daños mayores; el problema es que no solo evita que el trabajador de la contrariedad asalte la oficina, es que no permite a nadie entrar mientras no sepa cómo arreglar dicho problema deteniendo así el proceso natural de comunicación. El aislamiento no es completo, ya que el director puede ver y oír a través de las cristaleras a todos los trabajadores, pero la información llega con retraso y distorsionada, de ahí el déficit de percepción que padeces.

- Así que es un método de defensa... – Fran continuaba escéptico ya que siempre se había considerado fuerte mentalmente – ¿Y qué puedo hacer para arreglarlo? ¿Hay medicinas?

- Hay medicinas para aplacar los síntomas, pero no para solucionarlo.

- ¿Qué?

- Pues que puedo recomendarte pastillas que aumenten el nivel de noradrenalina, otras que te relajen... Pero no puedo recetarte nada, recuerda que soy psicólogo, no psiquiatra. La ansiedad se cura de una sola forma, con voluntad. Siento hablarte como un fanático religioso pero me temo que en este caso es así, debes luchar contra la ansiedad dejándola de lado, o mejor aún, aprovechándote de ella.

- ¿Aprovecharme de ella?

- Cabe la posibilidad de que la desrealización nunca desaparezca, por eso debes aprender a vivir con ella.

- ¿Nunca? ¿Aunque arregle el problema? – rebatió impaciente.

- Me temo que sí. A veces la ansiedad no es provocada por un problema, sino por una información, y una vez aprendido algo normalmente no se olvida. Por lo general, esa información está ligada a la muerte.

- Eso lo explicaría todo... – añadió recordando el rostro descompuesto del exánime Weiland.

- Bueno, tranquilo, te recomendaré algo para que mejores. Ve a ver a este hombre y dile que te envío yo – Ángel sacó una libreta del cajón y comenzó a escribir los nombres de dos pastillas, Esertia y Orfidal, así como el nombre de un psiquiatra de su confianza. Arrancó la pequeña hoja y la dejó en el otro extremo de la mesa – Mira el lado bueno, ahora podrás concentrarte mejor, recuerda que el director está solo en la oficina, libre de distracciones... aunque es un detalle que pocos saben apreciar.

- ¿Puedo preguntarte algo?

- Claro... – respondió sin dudar.

- ¿Tiene algo de especial el número cuatro? – cuestionó un tanto extrañado. La inefable sensación de haber memorizado involuntariamente la información de aquel gélido folio volvió a apoderarse de su mente. El revólver del que hablaba aquel informe tenía solo cuatro recámaras en su tambor, eso debía significar algo.

- ¿El número cuatro? – replicó el psicólogo. Se tomó unos segundos para pensar – Pues... depende de lo que estemos hablando. Cuatro son los puntos cardinales, los elementos, las estaciones del año, los componentes del ADN, los grupos sanguíneos, los jinetes del apocalipsis... No sé si te habré ayudado pero yo en tu lugar hablaría de esas cosas raras con Alejandro, él entiende más que yo de estos temas.

- Tienes razón – giró la muñeca y comprobó la hora. Faltaban menos de treinta minutos para el descanso de Alejandro – Iré a verle a la universidad.

- Ahora que lo pienso... – Ángel dio un respingo del asiento como si le hubieran dado una descarga – El cuatro en China está considerado un número de mala suerte dada su similitud de pronunciación con la palabra muerte – Fran clavó su mirada atónita en el psicólogo como si le hubiera dado una pieza importante del puzle.

- ¿Y cómo carajo sabes tú eso? – cuestionó incrédulo.

- Bueno, una vez me lié con una china gótica que...

- No quiero saberlo – interrumpió sin vacilar.

- Espero haber sido de ayuda. ¿Puedo hacer algo más por ti?

- No, ya has hecho bastante. Además, tendré que darme prisa, tengo salir de viaje unos cuantos días, y el vuelo sale mañana a primera hora. No le cuentes nada de esto a Eli – respondió mientras tiraba la colilla por la ventana. Fran daba la impresión de querer explayarse más en su explicación pero por algún motivo era incapaz de hacerlo, y Ángel se percató de ello al instante. Se sintió tentado de preguntar pero el rostro tenso de su amigo hablaba por sí solo mientras se daba media vuelta y se dirigía a la puerta.

- Descuida, no diré nada. ¿Quieres que te acompañe?

- Es mejor que te quedes – dijo sin girarse – Te veo a la vuelta.

- ¿Y el tratamiento?

- También a la vuelta.

- Ante todo te recomiendo que te tranquilices – dijo Alejandro mientras vertía el azúcar en su café – La primera vez siempre es impactante, todos hemos pasado por ahí: viajar a otro país, investigar algo que no terminas de comprender... Pero te acostumbrarás, como a cualquier otro trabajo. Además, por tu profesión habrá detalles que manejes con soltura. Tu experiencia te será de gran utilidad.

- Si pero estamos hablando de algo bastante más serio, ¿no te parece? – el profesor no parecía especialmente preocupado y aquella actitud de pasividad le hacía recelar; en el fondo esperaba encontrar a su amigo más preocupado que él mismo, pero resultó ser al contrario – ¿Qué se supone que tengo que hacer en... Ouargla? ¿Y por qué recuerdo todo lo que ponía en el informe?

- Los informes se tallan en tablas especiales con un líquido llamado Hielo Azul, que se borra a medida que lo lees y se graba en tu memoria. No me preguntes cómo, pero así funciona – Fran terminó de comprender el motivo de la vigilancia de aquel coche frente a su casa, debían asegurarse de que él fuera el primero en encontrar el sobre – ¿Ouargla? ¿Por qué no lo has dicho antes? – Alejandro frunció el ceño al oír el nombre de aquella ciudad. Fran prefirió no interrumpirle y se mantuvo en silencio a la espera, simplemente se encogió de hombros – En Argelia tiene su sede secreta una secta muy conocida, bueno, conocida para nosotros. Se hacen llamar “Nuevo Orden”. Su líder es un hombre francés, no sabemos gran cosa sobre él pero le dicen “El Guía”. Creo que debo explicarte un par de cosas sobre las sectas, si tu misión tiene que ver con ellos te serán de utilidad, incluso puede que te salven de algún problema importante.

- Soy todo oídos... – añadió impaciente sin hacer caso a nada de lo que ocurría en la cafetería.

- Para empezar, una secta no es más que un grupo de personas que veneran una deidad o una serie de ideales, aunque no siempre tienen que ver con la religión, pueden basarse en la ciencia, por ejemplo, o en el esoterismo, hay donde elegir. Antes de seguir quiero que te quede clara una regla – Fran se inclinó para oír mejor entre el bullicio lo que iba a decir – Jamás, bajo ningún concepto uses la palabra “secta” en presencia de uno de sus miembros, supondría un insulto directo para ellos y tu fracaso inmediato en la misión, y eso en el mejor de los casos. Si tienes dudas, dirígete a ellos como “organización”, o en su defecto como oigas que la definen entre sí. Presta mucha atención a los detalles.

- Procuraré no olvidarlo – afirmó un tanto sobrecogido.

- Los detalles del funcionamiento interno te los dará tu enlace allí, porque tendrás un enlace, ¿no?

- Así es, un tal Abdenour, ¿le conoces?

- No, no me suena. De todas formas hazle caso, el te guiará – aseguró mientras daba un sorbo a su café – Bien, sigamos. Todas las sectas tienen detalles en común pero esta en concreto se asemeja bastante a las directrices del Bahaísmo, aunque esta sea más una religión que una secta, o Los Maestros de los Illuminati – Fran no se molestó ni en preguntar, era obvio que no sabía nada sobre el tema y que Alejandro se lo explicaría – Están en contra del sistema y su contracultura se centra en la eliminación de gobiernos organizados, fronteras nacionales, privatización de propiedades y todo tipo de religiones.

- Has dicho que se parecían a los Illuminati, pero no creo que se pueda ser más antisistema. Suena a comunismo.

- Pues hay diferencias. Los Illuminati también estaban en contra de las herencias, el concepto de familia, y tenían un plan detallado sobre cómo debería organizarse el mundo y la sociedad. Pero la organización que nos ocupa no se ha pronunciado aún a estos respectos. Según tengo entendido, reclutan constantemente a nuevos miembros a los que acogen y adiestran en sus doctrinas, “obligándoles” luego a cumplir cometidos en beneficio de la organización. Muchos de ellos ilegales.

- Menudos cabrones... – exclamó Fran indignado – ¿Y qué me dices del Bahaísmo?

- La Fé Bahai es distinta, no son tan radicales en cuanto a la distribución como en la centralización. Ellos consideran prioritario un tribunal internacional, una fuerza militar internacional que imponga la paz... en resumidas cuentas, libertad de pensamiento, de movimiento y la seguridad y el bien común ante todo. Unidad en la diversidad. Como ves, sus intenciones son “buenas”.

- ¿Has dicho imponer la paz? – cuestionó el detective conteniendo la carcajada.

- Sí, pero no nos desviemos del tema, Fran. Por regla general hay una jerarquía interna; bajo el líder principal se suelen desprender escalafones menores en función de los conocimientos sobre la doctrina e ideales de la organización, servicios prestados, y demás méritos. Así hasta el escalón más bajo, como son los nuevos miembros, en este caso tú.

- ¿Y cómo se entera la gente de estas cosas? ¿Se levantan una mañana y dicen “Hoy me apetece ir a la sede secreta de Argelia, a ver qué se cuentan”? – preguntó irónicamente.

- Usan la mejor publicidad que se puede tener, el boca a boca – se notaba cierta pesadumbre en su tono al hablar – Una vez adquieren los conocimientos básicos, los peones suelen ser enviados para aumentar el número de afiliados. Es como una prueba de iniciación, así demuestran que su convicción en los ideales es lo bastante grande como para convencer a otros. Para que me entiendas mejor, es como un virus.

- Ahora hablas como Ángel... – comentó Fran mientras se encendía otro cigarro.

- Un virus necesita de un huésped para multiplicarse. De modo que lo único que debe hacer es introducirse en un organismo que no pueda rechazarle y una vez dentro puede extenderse sin oposición. Pues así funciona, envían a miembros que ya están dentro de la organización a sus respectivos países para buscar potenciales adeptos, preferiblemente con recursos económicos, ya te

puedes imaginar por qué.

- Lo tienen todo muy bien pensado, me recuerda a las entrevistas para trabajar de comercial... – el detective sentía otra vez la satisfacción de aprender nuevos datos hablando con un hombre tan culto como Alejandro – Bueno, tengo que irme ya, debo preparar la maleta y hacerme a la idea de lo que me espera. A saber cuánto tiempo me lleva esta misión; no sé cómo voy a explicárselo a Eli... – explicó mientras se ponía en pie.

- Minucias como esa no pueden ser un inconveniente si quieres trabajar en esto. Cómprale un perro y céntrate – ordenó como un general se dirige a sus soldados.

- Tienes razón – respondió el joven mientras sonreía. De pronto su expresión se vio truncada por una idea descabellada y se tornó en seriedad.

- ¿Te pasa algo? No pretendía...

- No, no pasa nada, es que me has recordado que tengo que comprobar algo antes de irme.

- Fran... ojalá pudiera ayudarte más – el profesor daba la impresión de estar reprimiendo algo para sí, pero era incapaz de identificar qué podía ser – Buena suerte, hijo. Lo harás bien.

El detective apagó lo poco que quedaba de su cigarro en el cenicero de cristal y se despidió con un sutil guiño de su ojo derecho. Lo cierto es que estaba deseando llegar a su casa y comprobar si la teoría que se le acababa de ocurrir podía tener algo que ver con la experiencia que estaba a punto de suceder.

Ser el centro de atención de aquellas miradas no era plato de buen gusto. Era más que obvio que la indumentaria elegida no había sido la idónea si quería pasar desapercibido. Las dos docenas de argelinos que viajaban en aquel arcaico autobús no se molestaban en disimular su curiosidad por el joven reluciente y bien vestido en comparación con el resto de los presentes. Aquel hecho unido al interminable viaje de cinco horas en avión con escala en Toulouse hacían de cualquier habitación de hotel un sueño que no terminaba de llegar.

El autobús, por llamarlo de alguna forma, debía transportarle desde Houari Boumedienne, uno de los aeropuertos más modernos del continente situado a las afueras de la capital del país, hasta el sureste del centro de Argel, a unos diecisiete kilómetros de distancia. Según las indicaciones, una vez en la capital solo restaba tomar otro transporte que le llevaría, ahora sí, al norte de Ouargla, una de las provincias más extensas del país. Cuál fue su sorpresa al comprobar en su GPS que aún estaba a más de seis horas de viaje, aproximadamente setecientos kilómetros. Si la intención de La Agencia con aquel itinerario era despistar dando un rodeo impresionante, sin duda lo habían conseguido, y eso sin mencionar el suplicio del viaje. Pero, ¿despistar a quién?

Las horas transcurrían eternas y el joven detective no se atrevía a dormirse, ya que estaba rodeado de señores que probablemente serían encantadores como persona a pesar de su inquietante apariencia y mirada insidiosa, pero por algún motivo le ponían nervioso. El aspecto del paisaje que se divisaba por el ventanuco del autobús iba convirtiéndose paulatinamente de urbano a

desértico. La percepción podría asemejarse a viajar desde el centro de Marruecos a Tatoonine. Su contacto le esperaba en una cafetería situada en la misma plaza donde le dejaría el transporte. El deseo de conocerle aumentaba con cada inhalación de aire viciado que se respiraba en aquel vehículo de escasa ventilación a más de cuarenta y dos grados centígrados, y subiendo.

Aquellas horas fueron utilizadas, una vez asimilada la situación, para repasar mentalmente la información suministrada por sus amigos y por La Agencia, así como prepararse para lo que estaba por venir. Inevitablemente se iban conformando escenas y visiones imaginarias de cómo sería su contacto Abdelaziz, el misterioso líder francés de la secta, o incluso las instalaciones de la propia organización, que a la vista del rústico panorama no debían de ser muy sofisticadas. Aunque todos aquellos pensamientos no eran más que meras especulaciones generadas en gran parte para apaciguar los nervios y pasar el tiempo mientras llegaba al destino. Por alguna razón, el recuerdo de su viaje a Inglaterra le sobrevino, solo que esta vez los motivos eran bien distintos, y el riesgo mucho mayor.

Unas tres horas y media más tarde comenzó a divisarse en la lejanía la silueta de un conjunto de edificios de arquitectura característicamente musulmán de colores parecidos al de la tierra pajiza, lo más parecido a la civilización en muchos kilómetros a la redonda. El autobús comenzó a reducir la velocidad poco antes de alcanzar un destartado cartel que rezaba: N-46 Bou Saada. Se hizo entonces una parada para ir al baño, estirar las piernas o solo por el implícito placer de apearse de aquel horno, un descanso más que merecido.

El aspecto de aquel pueblo recordaba a un polígono industrial; algunas naves no tenían techo, solo cuatro paredes de ladrillos, adobe o incluso de piedra, y desde lejos podía oírse el barullo que salía de su interior. Otros edificios parecían ser fábricas o mercados variados donde la muchedumbre discutían sobre precios, intercambios o cualquier otra cosa que Fran no

comprendía por desconocimiento del idioma. Mientras oteaba toda la actividad que hervía a su alrededor se refrescó bebiendo de una botella que compró en el aeropuerto y se encendió un cigarro. El conductor no tardó en volver, y mientras se subía al autobús gritó algo ininteligible para el detective, aunque no era difícil suponer que la marcha iba a reanudarse.

Otras tres horas transcurrieron y Fran ya se había acostumbrado al calor, el fuerte olor a humanidad que pululaba por el interior del vehículo y la incomodidad de su asiento. Casi empezaba a adaptarse a la situación, incluso a relajarse, cuando el conductor gritó otra expresión incomprensible para él. Quizá en francés hubiera podido entender algo pero dado que el noventa y nueve por cierto de los viajeros eran argelinos, el idioma usado por el estoico conductor fue el árabe. Al asomarse por la enharinada ventana creyó entender aquel grito. Estaban llegando a lo que parecía ser un control de la policía. Otro cartel en mitad de la carretera comunicaba la llegada a Bour el Aicha, un pequeño pueblo, por no decir asentamiento, que podía divisarse a un par de kilómetros a la izquierda de la carretera. Para sorpresa de Fran, y de cualquier otra persona que tuviera una idea equivocada sobre aquel país, la policía estaba equipada con modernos trajes de color oscuro, incluso portaban equipos antidisturbios y armas de gran calibre. Por si fuera poco, también estaban presentes otros policías que, según dedujo, debían ser locales ya que sus uniformes eran de un color verdoso a juego con la pintura de sus coches. Tras una brevísima conversación entre el conductor y uno de los agentes, les permitieron seguir su camino, ya muy cerca del final. Entre las pocas palabras que pudo entender el detective desde su posición no destacó ninguna que le resultaba familiar.

Finalmente, y tras casi un día de viaje, la ciudad de Ouargla se descubría ante los incrédulos ojos del nuevo investigador de La Agencia. A decir verdad, y tras otear sutilmente los alrededores, su apariencia era asombrosamente similar a la de otras ciudades islámicas; suelo arenoso de color ambarino, edificios de arquitectura árabe con arcos de herradura, bóvedas y minaretes, todo ello mezclado con angostos pasadizos entre edificios, algunos en ruinas, y fuentes naturales de piedra que adornaban los

pequeños parques y plazas que se distinguían a simple vista. Al observar a los habitantes podía deducirse que era bastante más civilizada que otras regiones de aquel continente. Como Tetuán, pensó Fran para sí rememorando un viaje guiado hace unos años junto a Eli y algunos familiares. Durante su ensimismamiento, allí de pie frente a la parada de la estación, no se percató de que había un hombre observándole disimuladamente un par de metros a su derecha.

- Cuente hasta cinco y sígame – susurró el hombre de rasgos árabes con la característica fuerza semántica de su idioma sin dejar de mirar al frente. Fran dio por sentado que se trataba de su contacto, así que no dudó en obedecer. Cargó la maleta sobre su hombro y comenzó a caminar esquivando a los presentes, siempre manteniendo la distancia que le habían indicado.

Las calles se volvían más angostas y solitarias a cada paso y Fran no pudo evitar plantearse si aquel hombre realmente era Abdelaziz. Pocos metros después de empezar a dudar, sus pasos le llevaron a una minúscula plazoleta desierta rodeada de partes traseras de varias viviendas rústicas hechas de piedra. El misterioso guía se detuvo, miró a su alrededor y tras ver que estaban completamente solos se encaró hacia el detective.

- Señor Velasco – aquella frase fue más una afirmación que una pregunta – Un placer conocerle. Mi nombre es Abdelaziz Abdenour, pero puede llamarme Abdel. Seré su contacto en la ciudad – sacó una tarjeta un tanto roída y se la ofreció – Vaya a este hotel. Siga esa calle, no tiene pérdida – afirmó mientras señalaba otro diminuto pasadizo - Tiene reserva a su nombre. Habitación 26. Nos veremos allí.

- Gracias Abdel - recogió la tarjeta y vio que el hotel era L'Hotel Lynatel - Nos vemos luego.

Abdel hizo un gesto de aprobación con la cabeza y desapareció por el mismo camino por el que habían venido. El detective guardó la tarjeta en el bolsillo trasero de su pantalón y se puso en camino. Dos calles después en línea recta se descubría a su izquierda, en la lejanía, una de las avenidas principales de la ciudad. La calle donde se encontraba era una perpendicular que a juzgar por un letrero debía ser la 1er Novembre 1954. La fachada del hotel se podía divisar desde su posición. Era fácilmente reconocible gracias al enorme letrero del mismo nombre con neones azules que coronaba el edificio. Lo cierto es que había pasado de una vista rural a una mucho más urbana en unos pocos metros. En aquel momento le recordó a ciertas fotos de los años sesenta que solía enseñar su madre durante las reuniones familiares cuando era pequeño, salvando las diferencias culturales. Pero no era momento de recrearse en el panorama.

El interior del hotel no era nada especial pero teniendo en cuenta donde estaba no se podía pedir mucho más. Las enormes y brillantes losetas cuadradas amarillas y rojas que conformaban el suelo cual tablero de ajedrez le parecieron a Fran de lo más mareantes. Por suerte, una enorme alfombra junto a la recepción, hecha enteramente de mármol gris reluciente, permitía descansar la vista.

Tras hablar con el recepcionista, un agradable señor de mediana edad, calvo, con un frondoso bigote y ataviado con un jersey verde decorado con rombos de aspecto irónicamente navideño, subió hasta su habitación por las escaleras pasando antes por un patio interior donde había una fuente romboidal sin agua. Al llegar a la puerta pudo sentir antes de abrir, allí de pie sobre la alfombra roja que recorría todo el pasillo, que había alguien dentro esperándole. Casi sin sorpresa por su parte, abrió la puerta y descubrió a Abdel sentado en una silla al fondo del dormitorio principal. Era el momento de saber los detalles de su misión.

- Por favor, pase y siéntese - sugirió con un talante mucho más relajado que en el primer encuentro.

- Supongo que tiene información para mí - dijo el detective mientras avanzaba por la monocromática sala únicamente decorada con muebles marrones de madera. Al llegar a la altura del intercepto dejó caer la maleta en el suelo. El argelino se levantó y ofreció su mano a Fran, que no dudó en estrechársela.

- ¿Ha tenido un buen viaje? – preguntó rompiendo el hielo en un español bastante decente mezclado con un deje francés.

- Los he tenido mejores, la verdad – prefirió no entrar en detalles.

- Soy consciente de que es un trayecto largo y un poco incómodo. Se lo pregunto por si quiere descansar antes de que le explique lo que tiene que hacer. Es muy importante que esté atento a lo que le voy a explicar.

- Estoy bien, Abdel. No se preocupe. Podemos empezar – asintió Fran mientras tomaba asiento.

- De acuerdo – alargó su mano hasta la mesa que tenía a su derecha y agarró una carpeta blanca que había encima y que hasta el momento había pasado inadvertida para Fran. Se la ofreció – La organización en la que debe infiltrarse es conocida como Nouveau Ordre, perdón, Nuevo Orden – corrigió sobre la marcha – Es una organización criminal que se hace pasar por una religión independiente, pero en realidad se dedican a actividades ilegales de diversos tipos.

- Disculpe un momento, Abdel – interrumpió – Si saben todo eso, ¿por qué no se les detiene y ya está?

- Entiendo su pregunta. Pero no es tan sencillo. Sus actividades ilegales siempre las llevan a cabo personas a las que no se puede relacionar con dicha organización, ya que no rezan como miembros.

- Entiendo. Continúe por favor.

- Su líder es francés, Gilbert Arsenè. No sabemos mucho sobre él, suele ser muy discreto y la mayor parte del tiempo vive en Francia ocupándose de sus negocios “legales”. Pero viene a esta sede varias veces al año para dar la bienvenida a los nuevos miembros y tratar personalmente con aquellos que sean de su interés.

- ¿De su interés?

- Si. Algunas veces llegan personas con buena posición social o con buen patrimonio. Ahí es donde entra usted – Fran sintió un nudo en el estómago – Nos hemos encargado de que sepa de su existencia. Un joven español, hijo de padres ricos, dueños de varios negocios en la costa sur de Andalucía, que

siente gran interés por invertir en la organización. Con un poco de suerte le recibirá personalmente, pero eso ya depende de usted. Los detalles de su personaje están en la carpeta – indicó mientras señalaba los documentos que el detective tenía en las manos. Fran los examinó de un rápido vistazo; entre ellos se encontraba un DNI con una foto suya y todos sus datos pero el apellido no era el mismo, sino uno extrañamente familiar.

- ¿Francisco Álamo? – cuestionó atónito.

- Así es – Abdel no parecía sorprendido – Necesitamos llamar la atención. Nos consta que sus padres reales tienen un buen nivel económico pero no son el perfil que podría interesar al señor Arsenè, por no mencionar que casi con toda seguridad tratará de comprobar la información que le demos. Por eso hemos usado el apellido de un hombre de negocios reconocido como el de Rafael Álamo. Él está de acuerdo y confirmará cualquier dato que usted le de a Gilbert.

- Todo eso está muy bien. Pero el informe que recibí hablaba de un revólver...

- Así es. Wafat wadawi. En su idioma sería "Muerte nómada". El revólver de cuatro balas.

- Exacto – por fin llegaban al final de la cuestión, pensó Fran.

- Por lo que sabemos, Gilbert es un gran coleccionista de armas. Es su gran afición. Su colección es famosa en los círculos donde suele moverse. Por eso sospechamos que podría estar en su poder.

- No lo entiendo – replicó indignado – ¿Ese es el motivo por el que debo arriesgarme a entrar en una organización criminal? ¿Porque ese hombre colecciona armas?

- Usted no tiene que entender nada. Pero ya que insiste se lo explicaré – su tono se volvió más seco – Uno de los hombres de confianza de Gilbert está colaborando con nosotros por motivos que no puedo revelar, y asegura haber visto un arma entre su colección que encaja con la descripción de la Muerte nómada. Pero su implicación termina ahí. Tenemos que confirmar esa

información con uno de nuestros agentes, en este caso, usted.

- Una historia digna de película – respondió sin poder evitar el tono escéptico del que solía hacer gala. Aquella idea descabellada que le sobrevino al terminar la conversación con Alejandro iba tomando forma poco a poco, aunque era pronto para arriesgarse a darla por cierta – ¿Puedo hacer otra pregunta?

- Adelante.

- ¿Como supieron por dónde empezar a buscar el revólver? Está claro que cada vez que se dispara pasan dos cosas. El objetivo muere, y el arma se teletransporta a otra parte del mundo sin dejar ni rastro. El asesino perfecto.

- Es usted un hombre muy curioso Monsieur Velasco. La mayoría se habrían conformado con la información que le acabo de facilitar – la mirada de Abdel se volvió más insidiosa a la vez que satisfecha. Otro punto positivo para la teoría de Fran.

- Me gusta tener todos los datos posibles cuando estoy a punto de jugarme el pellejo... Soy así de raro.

- Está bien. No puedo entrar en detalles pero basta con decir que el arma parece seguir un patrón. Aunque si quiere mi opinión no son más que suposiciones. Por lo que sé, sus apariciones son totalmente aleatorias.

- Bueno, está claro que habrían acertado si confirmo que el arma está aquí. ¿No?

- Supongo que sí – respondió sin mucho ímpetu – Si no le importa, volvamos al tema principal. No tenemos mucho tiempo.

- De acuerdo.

Tras disfrutar durante algo menos de una hora del peligro que suponían las dotes de conducción de Abdel al mando de aquel Mercedes-Benz clase Ce230 de color verde por las kilométricas y rectilíneas carreteras de las afueras, dirección oeste, se podía discernir una extensa silueta medieval presidiendo un horizonte plano de arena ocre. Aquel conjunto de edificios de talante histórico, acurrucados unos contra otros, estaba cercado por una sobradamente amplia valla de rejas metálicas como si se tratara del Area-51.

- Ahí está – advirtió Abdel rompiendo el silencio después de varios minutos – La sede.

- ¿Eso es un castillo? – preguntó Fran sorprendido.

- Durante el siglo XII fue un palacio, pero se convirtió en qasaba en el siglo XIV por motivos de guerra... – se detuvo a pensar un par de segundos – Creo que en español se dice alcazaba. Ahora queda poco de las murallas, llevan siglos derribadas – narraba mientras conducía.

Podía resultar extraño en primera instancia el hecho de que un edificio de tal valor histórico estuviera perdido en mitad de la más absoluta nada y en propiedad de un particular, por muy importante que este fuera, pero Fran recordó en ese momento su viaje a Marruecos de hace tres veranos cuando visitaron playas vírgenes de una calidad extraordinaria, de arena finísima, con aguas cristalinas sin el menor rastro de suciedad y formaciones rocosas recubiertas de un musgo verdoso de excepcional belleza y tersura. Sin embargo, y a pesar de que era la época más calurosa del año, la playa estaba completamente desierta, algo habitual según los guías que habían contratado y

que les llevaron hasta allí en unos carruajes improvisados formados por dos caballos y un palé con ruedas. Un desperdicio y un sinsentido que no pudo evitar equiparar a lo que estaba viviendo en ese momento. Pero era otro país y otras costumbres, pensó.

Cuanto más se acercaban más detalles se podían divisar. La edificación estaba construida sobre una base de sólida roca de escasa altura, de hecho ese era el material que predominaba por toda la construcción. Efectivamente, las murallas eran poco menos que un recuerdo y no superaban el metro de altura en el lado más alto, aunque no había escombros en los alrededores. Dada la armonía entre lo bélico y lo pomposo era fácil creer a Abdel cuando dijo que había sido un palacio en sus orígenes. Las torres cilíndricas y cuadradas, antaño unidas por las ya inexistentes murallas, se turnaban para rodear la pequeña urbe que había en su interior. Justo en ese momento, Fran divisó a un par de kilómetros a la derecha lo que parecía ser una solitaria atalaya en mitad de la nada. Pero su atención no tardó en volver a posarse en la entrada del recinto, ya que empezaba a distinguirse movimiento. Varias personas estaban concentrándose en lo que parecía ser la única entrada de la valla metálica, donde dos hombres estaban pidiendo algún tipo de documento a todos los que pretendían acceder al interior. Una docena de coches, algunos más lujosos que otros, se repartían junto al lateral del vallado a modo de parking improvisado, en cada uno de los cuales parecía haber un conductor.

- No olvide lo que hablamos en el hotel – ordenó Abdel cuando estaban a solo unos cientos de metros de la entrada – Su misión es localizar e identificar el arma, nada más. No entre en conversaciones personales con nadie, intente pasar desapercibido y cíñase a su personaje.

- No hay problema – afirmó Fran, aunque en el fondo era consciente de que no sabía lo que iba a ocurrir.

- Yo le esperaré aquí fuera. Asista al evento, investigue, y cuando haya terminado salga y le llevaré al hotel.

Ocho segundos después, que trascurrieron en un tenso silencio, el coche alcanzaba la altura del resto de vehículos allí aparcados, frenando en seco y generando tras de sí una nube de polvo que pasó por encima del capó. Abdel echó el freno de mano y miró a Fran, que no se molestó en decir nada, bastó con un leve gesto de asentimiento justo antes de apearse. Al bajar y mirar a su alrededor se dio cuenta de que las personas que estaban esperando para entrar eran de lo más dispares. Había tanto hombres como mujeres vestidos con ropa igualmente heterogénea, exageradamente innecesaria en algunos casos, pensó Fran, dado el calor sofocante que reinaba en aquel desierto. Desde trajes y vestidos elegantes hasta pantalones y camisetas roñosas. Sus dueños, a juzgar por un rápido vistazo, eran de distintas nacionalidades. Parecía increíble, el detective en ningún momento pudo imaginar la capacidad de convocatoria que poseía esta organización. Mientras se acercaba se podía oír a uno de los dos vigilantes pidiendo el documento de identidad antes de dejarles entrar, al mismo tiempo que el otro comprobaba una lista. Ambos eran de origen islámico, robustos y de mirada decidida.

- Documentación – ordenó el vigilante con escaso acento castellano cuando Fran llegó hasta él. El detective sacó su DNI falso de la cartera y se lo entregó. El guardia lo miró durante un par de segundos y luego levantó la mirada fijándola en el rostro de quién se lo acaba de dar – Francisco Álamo – dijo en voz alta girando levemente la cabeza hacia su compañero. Este repasó la lista y marcó uno de los nombres que había en ella.

- Puede pasar – confirmó el segundo guardia. Fran recogió su documento sin decir nada y cruzó el umbral de la verja, no sin antes sentir como los nervios se iban acumulando en su garganta. Antes de dirigirse a la entrada se giró una última vez para confirmar que Abdel seguía allí esperándole.

A unos veinte metros se encontraba la entrada principal a la ciudadela, un amplio arco sin puertas custodiado por dos torres situado justo en el centro del extenso muro que se extendía a ambos lados. Las torres estaban francamente deterioradas y tenían señales de impactos del tamaño de un balón de fútbol. En una de ellas aún se conservaba parte de lo que tiempo atrás fue un matacán.

Los otros asistentes también avanzaban con paso lento examinando la fachada, algunos hasta conversaban ente ellos, especialmente los que lucían mejores vestimentas. Destacaban una despampanante mujer de rasgos arios, un caballero rubio de ojos azules de aspecto nórdico y otros dos hombres bastante jóvenes cuya nacionalidad no supo descubrir a primera vista, aunque uno de ellos pareció pronunciar una frase en italiano y el otro destacaba por su fanfarronería. Estos dos últimos parecían haber llegado juntos y no se separaban el uno del otro.

Una vez atravesado el gran arco se descubría una hermosa y pacífica plaza de armas repleta de palmeras que desembocaban en un patio con una pequeña fuente borbotante de agua rodeada por dos semicírculos de piedra que hacían las veces de banco. Justo detrás se encontraba la fachada del primer edificio. Constaba de dos plantas y tenía un total de seis ventanas entre sus dos niveles, cuatro arriba y dos abajo a ambos lados de un portón donde una joven y bella mujer de piel canela esperaba mostrando su mejor sonrisa. Lucía un vestido de seda típicamente musulmán, marrón chocolate, rematado con un hijab del mismo color que el vestido pero con los bordes dorados. A su lado había dispuesta una mesa con un surtido de auriculares bluetooth que iba ofreciendo a los asistentes que se acercaban a ella a la par que les daba una breve

explicación, la cual Fran aún no alcanzaba a escuchar. Algunos de los invitados no recogieron el dispositivo. Un rápido vistazo a la derecha reveló que entre la hilera de palmeras se entreveía otro camino cuesta arriba, pero no era momento de deambular.

- Bienvenido, señor – saludó la joven al detective en un inglés perfecto – ¿De qué nacionalidad es usted?

- Soy de España – contestó devolviéndole la sonrisa.

- ¡Oh, España! – sus ojos se iluminaron hasta hacer brillar sus enormes pestañas – Qué país tan maravilloso. ¿Habla usted inglés? Puedo ofrecerle un servicio de traducción si lo desea – ofreció señalando con la mano la mesa que tenía a su izquierda.

- No será necesario, la entiendo perfectamente, señorita...

- Aaminah... – respondió con timidez – ¿Y usted?

- Me llamo Francisco, pero puede llamarme Fran – de pronto se dio cuenta de que otros cuatro individuos se alineaban detrás de él esperando su turno con cierta ansia, y no eran los mejor vestidos precisamente.

- Es un placer conocerle, Fran, puede pasar. Espero verle luego.

- Yo también – aseguró. Un delicado olor a jazmín le sobrevino mientras pasaba a propósito lo más cerca posible de la joven. Por un momento había olvidado dónde estaba.

Al pasar sintió de golpe un descenso de la temperatura, el aire era mucho más fresco que en el exterior. El recinto era un gran salón recargado de estilo nazarí con varias columnas atravesando la parte frontal como si de un acueducto se tratara. Allí, al fondo, habían preparadas varias sillas a ambos lados de una puerta. El suelo había sido pulido y recubierto por brillantes losetas de color carmesí aunque las irregulares paredes de piedra parecían

conservar toda su antigüedad intacta. El resto de la decoración era casi inexistente, excepto por un par de bustos de mármol anaranjado oscuro y una solitaria y rústica chimenea en una de las esquinas. La puerta del fondo parecía dar a otro patio interior.

Cuando el resto de invitados entraron, la puerta por la que habían accedido se cerró. Había sido Aaminah justo después de pasar y lanzar una leve sonrisa a Fran al girarse y cruzar las miradas. Todos los presentes quedaron observándose entre sí. Por la otra entrada, la que parecía dar al patio, comenzaron a entrar varios hombres vestidos con idénticas camisas y pantalones que fueron sentándose en las sillas que habían dispuestas a ambos lados de la puerta. Todos llevaban auriculares y pequeños micrófonos enganchados en la oreja derecha. Estaba claro que al haber distintas nacionalidades presentes debían traducir lo que fuera que iba a decir, presumiblemente, el anfitrión.

Pocos segundos después otro señor de una altura considerable hizo su aparición con gran parsimonia, no cabía duda de que era el líder de la organización, Gilbert Arsenè. Aquel caballero de figura imponente, vestido con un elegante traje negro y camisa blanca, no era ni de lejos como Fran se había imaginado. Debía rondar los cincuenta años a juzgar por las arrugas de su rectangular rostro y las entradas de su reseca frente. La aún considerable cantidad de cabello grisáceo que conservaba se recogía hacia atrás con un toque desordenado. Lo único que destacaba más que sus profundos ojos verdes era su gruesa y un tanto rechoncha nariz. No parecía un hombre que destacase por la belleza de sus rasgos físicos, pero poseía ese halo de seguridad y veteranía que lo hacían indudablemente atractivo. Cuando se detuvo a una muy corta distancia de los presentes repasó a todos y cada uno de ellos con la mirada mientras esbozaba una minúscula expresión de satisfacción.

- Bienvenidos, y enhorabuena – expresó con decisión en un perfecto inglés,

idioma que obviamente iba a ser una constante durante todo el evento. No había duda de que dominaba a la perfección el lenguaje pero daba la impresión de introducir deliberadamente un ligero toque francés a su acento. Los seis traductores que estaban sentados detrás de él comenzaron a hablar en distintos idiomas – Enhorabuena por estar aquí, pues ya han dado el paso más importante de cualquier viaje, el primero. Y si están aquí es porque sienten la necesidad de cambiar, la necesidad de saber, la necesidad de mejorar. Y nadie – remarcó esa última palabra – les ha obligado a venir hasta aquí, ha sido su decisión. Una decisión nacida de una mente y un corazón cansados, cansados de injusticias, de desigualdades, y de falta de respuestas. Cuando una persona alcanza ese punto siempre busca una solución en el exterior, pero yo les invito a que miren en su interior. El verdadero líder es aquel que provoca la reacción que da lugar al cambio, y eso es lo que les ofrezco, mostrarles la dirección correcta para que sean sus propios líderes – Aquel discurso mantuvo ensimismados a todos desde la primera palabra. La oratoria de aquel hombre no era natural, pero tampoco artificial, y desde luego sabía cómo captar la atención. Fran consiguió retirar la vista del anfitrión unos segundos y pudo comprobar cómo todos los demás parecían hipnotizados incluso antes de que les llegara la traducción al dispositivo bluetooth de sus orejas; eran incapaces de retirar la vista del declamador y mucho menos de interrumpir – Les invito a que pasen aquí la noche, así podré atender a cada uno de ustedes personalmente. Hemos dispuesto todo lo necesario para su comodidad. Mis ayudantes les atenderán en cuanto necesiten – señaló a los traductores que había tras él y a Aaminah en el otro extremo del salón – Ahora si me lo permiten debo retirarme, les veré a todos más tarde. Relájense y disfruten. Les garantizo que las respuestas llegarán muy pronto. Au revoir.

- Hemos avisado a sus chóferes para que no les esperen – anunció Aaminah llamando la atención y provocando que todos los invitados se girasen hacia ella. Cruzó la sala mientras hablaba – Si me acompañan les mostraré las instalaciones.

- ¿Chi ha detto che trascorrerà la notte in questa topaia? – exclamó el italiano bastante enfadado. Fran se fijó en todo como de costumbre y Arsenè ya no estaba presente. Había aprovechado el momento de despiste para desaparecer.

- Puoi lasciare che vuoi, signore Gatto... – respondió Aaminah lanzando una mirada desafiante sin dudar ni un segundo. Su compañero, el cual Fran creyó que podía ser estadounidense, agarró disimuladamente el brazo del joven que prefirió apretar los dientes en lugar de responder. No hacía falta ser conocedor del idioma para traducir tanto la pregunta como la respuesta. Nadie más se atrevió a rechazar la invitación a pasar allí la noche – Por aquí, por favor – indicó al resto, de nuevo en inglés, mientras volvía a mostrar su mejor sonrisa y se dirigía a la puerta que daba al patio trasero. Este era mucho menos amplio que el de la entrada principal y servía como pasarela al siguiente edificio. Había que bordear una fuente rectangular excavada en el suelo de varios metros de largo. A través de un arco sin puerta se accedía a otra gran estancia, esta vez mucho más recargada que la anterior. Una enorme mesa dispuesta en el centro de la sala repleta de comida y bebidas variadas servidas en platos y jarras de bronce que a Fran le recordaron, dado su añejo aspecto, a la colección de antigüedades que vio en la casa de Wenstein cuando estuvo en Inglaterra. Dos mujeres con atuendos de sirvientas aún estaban trayendo bandejas y botellas desde otro acceso de lo que presumiblemente podría ser una cocina. También habían preparadas un par de cachimbas en dos mesas auxiliares – Este es el salón principal, tienen comida y bebida, y si suben a la segunda planta por esas escaleras llegarán a las habitaciones. Todas están preparadas y tienen la llave en la cerradura. En los armarios encontrarán ropa de abrigo para la noche y ropa interior tanto de señora como de caballero, así como objetos de aseo personal. Elijan la habitación que prefieran, son todas idénticas. El baño y las duchas están al fondo del pasillo. Que disfruten de su estancia. Estaré cerca por si me necesitan – se despidió y se marchó por otra puerta que había en el lateral de la sala. Varios miembros del grupo no dudaron en sentarse y empezar a degustar algunos de los platos que había en la mesa. Unos pocos no sabían muy bien cómo reaccionar y el resto subió por las escaleras. La primera reacción de Fran fue coger el móvil y contactar con Abdel, pero no tenía cobertura, algo lógico teniendo en cuenta su localización. Aquel repentino cambio de planes no parecía una buena señal, pero tal vez el abrigo de la noche fuera una buena oportunidad para investigar por su cuenta. Instintivamente, palpó su costado en busca de su revólver, pero este se había quedado en casa ya que no podía llevarlo durante el viaje. Tampoco había traído consigo el anillo que le regaló Wenstein. En su defecto, echó mano del paquete de tabaco y se encendió un cigarro mientras subía las escaleras. En la segunda planta se extendía un largo pasillo con gruesas

portezuelas ovaladas de madera color castaño a ambos lados. Curiosamente, sólo las habitaciones de la derecha tenían aún la llave puesta, dato curioso para el detective ya que no subieron tantos invitados como habitaciones había en el lado izquierdo. Al cruzar el marco descubrió una estancia bastante austera y de reducidas dimensiones, con un camastro cubierto por sábanas y mantas escarlatas además de media docena de cojines del mismo color. El mobiliario se reducía a un armario y una especie de mesita de noche compuesta por una estructura serpenteante de metal y una bandeja dorada sobre la que reposaba un mechero y una lámpara de aceite exactamente igual que la del genio de Aladdin. Una pequeña ventana proporcionaba las únicas vistas posibles en aquel lugar, una vasta extensión de terreno arenoso hasta donde alcanzaba la vista, amén de otro patio interior bastante más amplio y donde confluían otros edificios. Desde aquella posición era fácil suponer que las ventanas de las otras estancias daban al patio principal. Fran se acercó a la ventana con intención de abrirla y echar el humo de su cigarro además de renovar un poco el aire viciado del cuarto. Solo un detalle alteraba aquella monótona y rectilínea visión del horizonte. Era la atalaya, la torre de vigilancia abandonada que pudo ver en la lejanía desde el coche de Abdel cuando estaba llegando. Debía estar a unos dos kilómetros, calculó mientras agachaba la vista y seguía con la mirada el alfeizar que rodeaba la fachada hasta el edificio anexo.

Allí sentado sobre la cama el detective repasaba los acontecimientos, analizaba la situación y los invitados intentando encajarlos en su teoría, pero lo cierto es que todo se estaba complicando más de lo esperado. De modo que aparcó momentáneamente su análisis y decidió bajar e inspeccionar los alrededores, había tiempo de sobra hasta la cena. Al bajar trató de cruzar en dirección a la salida por donde se fue Aaminah sin llamar la atención pero algunas miradas recayeron sobre él. Aquella puerta solo daba al lateral del edificio, una cuesta próxima al muro que parecía descender hasta la entrada principal y ascender hacia una plazoleta bastante más vasta, cuyo suelo se componía de empedrados de cantos de cuarcita bastante bien conservados, y que presentaba un recinto en el lado frontal rodeado de columnas, presumiblemente usado como caballerizas en su día, y otras dependencias entre las cuales destacaba una en concreto. Y no sólo destacaba por el guardia

de seguridad que se hallaba en su portón, sino por la fachada. Estaba claro que aquel edificio era la residencia más prominente y ostentosa de todas, digna de la nobleza de la época. Ahí debía alojarse Arsenè, supuso Fran.

El análisis no fue óbice para oír el traqueteo de los pasos que se acercaban desde retaguardia. Uno de los invitados iba acompañado por otro de los empleados encargados de la seguridad, uno que no había visto hasta ahora. Parecía que las entrevistas personales ya habían empezado, y el primer turno correspondía al señor rubio de rasgos nórdicos. Fran se preguntó cuánto personal tendría a su disposición Arsenè entre esos muros, un dato importante si, llegado el momento, se veía obligado a investigar sin ser visto. Hasta ahora el recuento iba por seis traductores, cuatro guardias de seguridad, tres sirvientas y Aaminah, aunque esta última no supo muy bien dónde encuadrarla. Como en una predicción, ambos individuos se dirigieron al suntuoso edificio de la izquierda, ya no cabía duda de que esa era la oficina del líder, y por tanto el mejor sitio dónde buscar el revólver. Al abrirse el portón desde dentro se descubrió otro guardia más, ya eran cinco. Fue entonces cuando el detective cayó en la cuenta. Si les dejaban campar a sus anchas por los alrededores de la ciudadela es porque no había nada de auténtico interés. El único lugar donde podría estar lo que buscaba era dentro de aquella morada palaciega.

El detective seguía reposando junto a la mesa sin probar bocado mientras los invitados iban siendo llamados uno tras otro a la presencia del líder por los rudimentarios escoltas de modales amablemente forzados. Durante esas horas trató de llegar a entender a qué tipo de actividades, ilegales o no, se podría dedicar aquella organización y qué clase de estructura debía tener para lograr atraer la atención de nuevos miembros de todas las partes del mundo.

Casi instantáneamente y sin que Fran la viese llegar, Aaminah apareció a su lado sobresaltándole. Parecía llevar varios minutos observando al investigador sin que este se diera cuenta. Como venía siendo habitual una sonrisa se dibujaba en su amable rostro, pero la primera impresión que el detective tuvo de ella no era la misma tras su contundente reacción para con el italiano. En cualquier caso era imperativo continuar la representación de su personaje.

- Mis disculpas, espero no haberle sobresaltado – susurró apaciblemente.

- No, en absoluto, es un placer volver a verla – replicó mientras se ponía en pie – Sólo estaba... descansando.

- Espero que todo sea de su agrado. Si hay algo que pueda hacer por usted...

- Lo tendré muy presente... – afirmó complacido. Aquella parte de su personaje, soltero y mujeriego, no fue difícil de representar; bastaba con actuar como lo hubiera hecho Ángel.

- El señor Arsenè le recibirá ahora si no le importa – cambió de tema sin perder la expresión mientras señalaba la salida – Por favor...

Aquello alertó a Fran. A todos los demás los vino a recoger un secuaz desaliñado, pero para él enviaron a Aminah. Aún así, sin perder la compostura, se levantó y caminó hasta el patio acompañado por la bella joven que le seguía un par de pasos por detrás. Hubo tiempo para un cruce de silenciosas miradas complacientes antes de llegar al acceso principal del que Fran estaba convencido era el único edificio de genuino interés para él. Allí seguía el vigilante apostado. Aminah se detuvo junto a la puerta y la golpeó delicadamente tres veces con sus nudillos. El guardia no tardó en abrir y dejar paso a ambos. Lo primero de lo que se percató el detective es que la forma de aquella residencia palaciega era trapezoidal, y no cuadrada como podía imaginarse desde fuera. Las paredes se extendían hacia ambos lados con una bóveda de cañón apuntada por techo formando un recibidor amplio y diáfano donde se presumía imposible pasar sin ser visto. Unas escaleras recubiertas de alfombras rojas conducían al segundo piso, a una sala capitular donde un banco de piedra que sobresalía de la pared la rodeaba por completo, salvo en los lados de la puertas. De pronto se sintió como un vulgar villano esperando para ver a su terrateniente, de hecho esa era exactamente la finalidad de ese tipo de estancia. Aminah lo adelantó por primera vez en todo el trayecto y se dirigió a la puerta del fondo.

- Puede pasar, señor Álamo. Permítame darle un consejo, sea totalmente sincero... – indicó Aminah mientras abría la puerta. Fran asintió con la cabeza y no dudó en pasar. Era la hora de la verdad.

El contraste no podía ser mayor. El lóbrego despacho al que acababa de entrar no tenía ni siquiera un tragaluz y estaba completamente recubierto de madera azabache. Contrastaba drásticamente con el resto del entorno, mucho más luminoso y anacrónico. Fue patente desde el primer vistazo que aquella sala había sufrido una remodelación completa. A simple vista recordaba al interior de un ataúd cerrado, con un solitario mueble de gran tamaño en la pared derecha y una enorme mesa tras la cual se hallaba el hombre que le había hecho llamar. Aminah cerró la puerta dejándolos solos en completa intimidad.

- Señor Álamo – exclamó en un inglés diluido entre varios acentos. Se levantó de su silla y estrechó la mano al joven español por encima de su monumental mesa – Permítame presentarme, mi nombre es Gilbert Arsenè.

- Es un placer, señor Arsenè – devolvió el saludo. Ambos quedaron en silencio unos segundos.

- Por favor, tome asiento. Seguro que se está preguntando por qué ha venido hasta aquí – aseguró el francés en tono amable. Fran prefirió no responder con presteza, pero el silencio y la expresión de Arsenè dejaban claro que él no iba a ser el siguiente en hablar.

- Bueno, supongo que esa es la parte obvia, estoy aquí por negocios – replicó. Arsenè negó con la cabeza pero el detective mantuvo la compostura como si no entendiera nada tratando de disimular sus incipientes nervios.

- Según he oído su familia ya tiene negocios en su tierra, al sur de España. Así que debe haber otra razón.

- Es cierto, mi padre es el dueño de varias empresas de Málaga. Empresas prósperas... pero aburridas – adquirió adrede una actitud prepotente – Quizá a mi padre le apasione vivir entre papeles y controlar sus inmobiliarias, sus restaurantes y el resto de negocios, pero a mí no. Yo busco algo... más interesante. Por eso estoy aquí – el francés quedó pensativo un momento, como escudriñando al detective, el cual había conseguido llamar su atención.

- ¿Qué ha oído exactamente sobre nuestra organización? – cuestionó esta vez más circunspecto entornando los ojos. Comenzaba el terreno pantanoso de la conversación. Recordó que estaba hablando con el líder de una organización ilegal en mitad de un desierto en el centro de Argelia. Una respuesta errónea y nunca encontrarían su cadáver.

- No suelo hacer caso de los rumores pero, para ser sincero, he oído lo suficiente como para desplazarme hasta aquí con la esperanza de que usted respondiera a esa pregunta.

- Tenemos varios negocios aburridos, como usted los define, pero nuestra especialidad es moldear las mentes y cambiar la realidad. Soy consciente de

que le puede resultar... extraño.

- ¿Moldear mentes? ¿Cambiar la realidad? Disculpe pero no termino de entender.

- Se lo diré de otra forma. ¿Cree que es justo que haya malas personas durmiendo plácidamente cada noche mientras otras, inocentes y bondadosas, no pueden conciliar el sueño? ¿Cree que una persona debe pagar el resto de su vida por cometer un error o tomar la decisión equivocada?

- No, claro que no.

- Pues eso es lo que somos capaces de hacer. Podemos introducir miedos y fobias en la mente de aquellos que no las tienen, o dar una segunda oportunidad a todos lo que deseen empezar una nueva vida dejando atrás sus errores.

- No puedo negar que suena interesante pero, ¿cómo lo consiguen?

- Eso depende de lo que se pretenda conseguir. Me temo que no puedo especificar los pormenores, pero digamos que conocemos las... técnicas necesarias para cada caso.

- ¿Y cómo se rentabiliza eso exactamente?

- Esa es la parte fácil. Imagine cuánto pagaría alguien por castigar a quien le ha sido infiel, o por quien ha perdido a sus hijos, su casa y parte de su dinero solo porque un juez así lo ha decidido, o el pobre diablo que ha caído en bancarrota por culpa de un mal asesor. Robos, violaciones, asesinatos, hay cientos de casos. Si algo abunda en la sociedad en la que vivimos son las injusticias, desgracias ante las cuales la ley nos desampara, y siempre habrá quien busque que se haga justicia.

- Comprendo. Debo admitir que me ha hecho sentir curiosidad. ¿Puedo hacerle una pregunta más concreta?

- Como no...

- Digamos que hay alguien que me ha hecho... perder a un ser querido. Y da

la casualidad de que conozco la existencia de su organización. ¿Qué pasaría entonces? ¿Cómo podría solicitar sus servicios y qué clase de justicia podrían hacer con ese individuo?

- Verá, Monsieur Álamo, me da la impresión de que espera una respuesta directa, sencilla y digna de película, pero esto no funciona así. De hecho es bastante complejo. Aun así, imagine que ha sufrido esa desgracia que ha puesto de ejemplo y un conocido o allegado a usted o a su familia le ofrece una posible solución al problema y decide aceptar. En otras palabras, usted no nos busca a nosotros, nosotros le buscamos a usted.

- ¿Y cuánto cuesta esa solución? – cuestionó intrigado.

- Hay distintos tipos de clientes, habrá quién pueda hacer frente a los costes y quién deba pagar con acciones que beneficien a nuestra organización.

- Creo que ya no me quedan más preguntas – concluyó resignado tras unos segundos de asimilación – En todo caso creo debería ser yo el que explique ahora lo que puedo ofrecer. No sé si tienen ya suficiente presencia, por decirlo así, en el sur de España, pero quizá yo podría encargarme de representarle y buscar clientes de cierto nivel que favorecieran los objetivos de la organización. A fin de cuentas, todos queremos un mundo mejor.

- Bien dicho... – afirmó poco convencido – Continuaremos más tarde; si me disculpa, debo atender al resto de invitados – cortó la conversación radicalmente – Por favor, descanse esta noche, mañana nos volveremos a reunir y le propondré algo más concreto.

- Ha sido muy interesante, Monsieur Arsenè. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo que nos favorezca a ambos.

Fran no entendió el final repentino de la conversación, había seguido su papel al pie de la letra y no hizo nada que pudiera delatarle. Al levantarse de la silla y mirar a su derecha Fran se percató de un detalle hasta entonces inadvertido entre la lobreguez que reinaba en la estancia. Aquella estantería parecía estar cerrada con llave a juzgar por una resultona cerradura que unía

sus puertas, así que estaba claro que algo de valor debía almacenarse en ella. Se detuvo y fijó su mirada sobre la cerradura varios segundos sin darse cuenta.

- ¿Le resulta interesante? – preguntó Arsenè.

- Disculpe, es que me preguntaba... ¿qué podría tener tan valioso en ese armario como para guardarlo bajo llave en mitad del desierto? – aquella cuestión no pareció desagradar a Arsenè que incluso esbozó una sonrisa.

- Le responderé con mucho gusto en honor a nuestra futura relación – el francés se aproximó al mueble y sacó del interior de su chaqueta una pequeña llave de hierro con la que empezó a abrir la vitrina – Debo confesarle que una de mis grandes aficiones es coleccionar armas. Aquí sólo guardo algunas, las mejores están en mi casa de París.

- Qué coincidencia, mi padre también es un... – la vitrina se abrió de par en par y Fran tuvo que dejar su frase a la mitad. No hizo falta inspeccionar mucho tiempo aquella colección para que un revólver en particular le llamase la atención. El resto, escopetas de caza, ballestas, cerbatanas, arcos, trabucos, y otras difíciles de catalogar, carecían de importancia ante ese extraño y artesanal revolver plateado. El detective acabó la frase por pura inercia – Es un apasionado de las armas.

Aquel artefacto recordaba más a la maqueta de una armadura de caballero medieval que a un arma de fuego. Parecía estar fabricada con gruesos cilindros y placas de un metal gris brillante que le daban un aspecto robusto y voluminoso a pesar de sus reducidas dimensiones. Las planchas parecían estar unidas mediante diminutos remaches; el cañón estaba acompañado tanto por arriba como por abajo por otros dos cilindros que parecían sujetarlo y alinearlos; la empuñadura, hecha de una sola pieza lisa, era una extensión del resto del revólver y sólo presentaba grabados dispares con símbolos decorativos; el gatillo no tenía puente, era una especie de péndulo terminado en un círculo hueco perfecto donde introducir el dedo índice. El tambor estaba

tapado por una plancha lisa y ovalada, lo que hacía imposible saber si era el arma que estaba buscando.

- Qué maravillosa coincidencia, espero poder conocerle pronto – asintió.

- Desde luego. Monsieur Arsenè... – Fran tuvo que hacer un esfuerzo para autoconvencerse, y darle cierta consistencia a su interpretación, de que su padre era Carlos Mancheño, un gran amigo de la familia y famoso cazador de la provincia de Cádiz, ya que su auténtico progenitor odiaba la violencia y especialmente cualquier instrumento relacionado con quitar vidas.

- Por favor, creo que ya podemos apartar los formalismos, llámeme Gilbert – interrumpió el francés cortésmente a la par que agarraba el hombro de Fran. Su rostro adquiría facciones cada vez más demoníacas cuanto más sonreía en medio de la escasa iluminación del cuarto.

- Cómo no... Usted puede llamarme Fran – replicó con idéntica cortesía fingida. El joven español vio la oportunidad de resolver todo el asunto allí mismo – Estaba pensando, Gilbert, que sería un magnífico comienzo para nuestra relación si pudiera volver a mi país con un presente para mi padre. En su nombre, y por el precio adecuado, por supuesto.

- Deduzco que con “presente” se refiere a uno de mis artículos de colección – cuestionó retrayéndose y perdiendo su semblante de diabólica afabilidad.

- Así es, mi padre siente una debilidad especial por las pistolas – Fran volvió la vista hacia el mueble y rebuscó exageradamente moviendo la cabeza arriba y abajo – Como esa... – señaló el revólver de aspecto blindado. Consideró oportuno esperar su reacción antes de continuar con la argucia.

- Entiendo su propuesta, Fran, y me parece una idea excelente, pero ningún coleccionista que se precie vendería sus objetos, y menos aún uno con... un valor añadido – la oportunidad se desvanecía velozmente.

- ¿Valor añadido? – preguntó haciéndose el sorprendido.

- Así es, una historia interesante. Aunque no suelo contarla, es un tanto... increíble.

- Gilbert, me temo que ya no puede dejarme con la incógnita, sería muy cruel por su parte – alegó Fran tratando de mantener el nivel de simpatía al máximo.

- Está bien. Allá va – avisó resignado – El hombre al que se la compré me dijo que perteneció a un soldado libio retirado que se vio obligado a disparar contra otro hombre durante su turno de guardia nocturna en la frontera con Chad – aquella no era la historia que Fran esperaba oír pero podría resultar de utilidad – Le dio el alto varias veces pero aquel hombre no se detuvo, siguió avanzando como si no fuera consciente de dónde se dirigía. Estaba oscuro pero el soldado creyó ver cómo sacaba un arma así que lo abatió. Al acercarse encontró la pistola junto al cadáver y por alguna razón no pudo evitar quedársela. Lo que pasó luego no lo sé, el anterior propietario sólo me dijo que el soldado cayó en desgracia y mal vendió todo lo que tenía, y este revolver no fue una excepción.

- Una historia increíble, sin duda. ¿Y quién era el anterior propietario? – el detective preguntó por defecto sin pensar.

- Un anticuario marroquí, tenía una tienda en las afueras de Lyon.

- Disculpe, Gilbert, pero usted no parece la clase de hombre que va de tienda en tienda – replicó un tanto incrédulo. Arsenè soltó la primera carcajada en toda la reunión.

- No, claro que no, tengo quién se encarga de eso. Rastrean objetos que pueden interesarme y me envían la información. Si finalmente lo adquiero se llevan su comisión. Negocios...

- Comprendo... – Fran daba por perdida la ocasión. No sería prudente insistir, podría levantar sospechas indeseadas y aquel no parecía un hombre con el que se debiera actuar a la ligera – Bueno, es una lástima. No quiero robarle más tiempo, tendrá mucho que hacer. Ha sido un placer.

- El placer es mío – respondió Arsenè – Le veré más tarde durante la cena.

La noche había llegado y consigo trajo un descenso brusco de la temperatura ambiente. El frío estaba amortiguado por el calor de las brasas que desprendía la chimenea del salón y la presencia de los invitados y el servicio. Habían dispuesto la mesa con todo lo necesario para una cena de gala presidida por Arsenè. El detective fue de los primeros en sentarse, poco antes de que la atractiva mujer rubia, presumiblemente alemana, tomara asiento a su derecha y el joven italiano que discrepó con Aaminah a su izquierda. Su actitud no parecía haber mejorado demasiado a juzgar por su expresión y los efusivos comentarios que compartía con su compañero americano sobre cómo se habían dejado convencer para venir. Fran no quería intervenir pero le pareció oír hablar sobre secuestros, rituales para borrar la identidad y métodos de tortura que volvían loca a la gente. El americano trataba de detener a cada frase el discurso de su imprudente amigo.

La verborrea del italiano se vio interrumpida por un espectáculo inesperado. Varias mujeres ataviadas con un bediah, ruidosos vestidos recargados de monedas doradas, deleitaron a los presentes bailando la danza del vientre mientras otras tantas tocaban instrumentos orientales generando la música apropiada para la ocasión.

Las charlas parecían distendidas entre todos, pero Fran no había cruzado más de dos palabras con nadie. Su mente estaba centrada en otros propósitos, como el de conseguir cerciorarse de que aquel revólver metálico era en realidad La muerte nómada. ¿Pero cómo podría llegar hasta él? La única entrada estaba custodiada por un guardia en el exterior del edificio y otro dentro de él, por no mencionar que todos los espacios eran diáfanos y hacían

imposible esconderse. Aún haciendo un alarde de espionaje digno de una novela de Tom Clancy, otros inconvenientes le esperaban una vez dentro del despacho de Arsenè. El armario donde se guardaba el arma tenía una cerradura que, a pesar de ser arcaica, representaba un nivel de dificultad superior a la habilidad de Fran para forzarla y la llave se encontraba, por si todo lo anterior fuera poco, en el bolsillo de la chaqueta del francés, aunque en ese momento no la llevaba puesta.

Otro aliciente añadido se sumó a su objetivo. Si por algún extraño milagro lograrse superar todos esos obstáculos y llegar a tener el revólver en sus manos para comprobar si el tambor era de cuatro balas, ¿por qué no llevárselo? La respuesta le sobrevino de inmediato. Quizá porque sería la primera persona de la que sospecharía el francés al haber mostrado tanto interés por ella y se convertiría en blanco de una organización de la que conocía más rumores que certezas, por no mencionar que sus órdenes eran simplemente localizar, no recuperar. En cualquier caso era demasiado complicado.

Durante el segundo plato, entre tanta cábala, la mirada perdida de Fran se posó por casualidad sobre las patas de cangrejo que uno de los invitados menos glamurosos que intentaba infructuosamente abrirlas y extraer la carne de su interior clavando el cuchillo por el lateral. El invitado que estaba junto a él se dio cuenta y le golpeó levemente con el codo llamando su atención. Acto seguido le mostró con cierta maña que aquel manjar era más fácil de abrir golpeando por arriba y abriéndolo longitudinalmente. Aquella simple explicación le dio súbitamente a Fran un absurdo pero posible plan. Recordó el alfeizar que recorría todo el lateral del edificio desde su cuarto hasta el frontal del palacete dónde se encontraba el despacho de Arsenè. Si podía llegar hasta allí quizá pudiera acceder de alguna forma al interior, y lo que es mejor aún, iría directo al tejado o a la segunda planta bordeando así la seguridad que había a ras suelo. Era una locura, pero no dejaba de ser una posibilidad. De repente le invadieron las ganas de subir a su cuarto y comprobar la viabilidad del plan, pero debía esperar el momento adecuado, que desde luego no era ese. Quizá cuando todos durmieran bien entrada la noche.

La amena velada tocaba a su fin y Arsenè, de pie como todos en aquel momento, se despedía personalmente de cada uno de sus invitados deseándoles una buena noche. Al llegar a la altura del español se detuvo con una expresión de complacencia y le estrechó la mano.

- Le he notado muy pensativo durante toda la cena, Fran, espero que no se deba a nuestro futuro acuerdo – cuestionó con parsimonia.

- No, en absoluto... – “si supieras lo que estaba pensando...”, se dijo para sí mientras le devolvía la sonrisa – Estaba relajado, disfrutando de la velada. Eso es todo.

- Excelente. En ese caso que descanse. Nos veremos mañana para hablar de los detalles.

- Gracias por todo, Gilbert, así será.

Cuando todos se habían ido Fran subió a su habitación y cerró desde dentro. Encendió un cigarro y se acercó a la ventana, la abrió y sacó medio cuerpo a través el marco. Ya había anochecido así que debía tener cuidado de fijarse bien por si alguien estuviera observándole. El patio parecía en calma. Gilbert y Aminah entraron en escena desde el fondo del patio, un par de sombrías siluetas que se dirigían paseando con calma hacia la entrada de uno de los edificios anexos a la residencia de Arsenè. Parecían estar dialogando sobre algo pero la distancia y el volumen de sus susurros lo hacían inaudible para el detective.

Al perderse ambos en la oscuridad Fran volvió a centrar su atención en el estrecho y peligroso camino que conducía hasta el palacete. El ancho del alfeizar no parecía superar el tamaño de su pie y desde allí hasta el final de la

fachada había otras cinco ventanas por las que debía cruzar. Una vez allí había dos opciones: intentar forzar una ventana situada a un metro de la pared o bien tratar de trepar los algo más de dos metros que le llevarían al tejado. Las opciones eran a cual peor, la caída sería aparatosa desde esa altura si algo fallaba. En cualquier caso no era el momento, ahora debía intentar descansar hasta que todos estuvieran dormidos. De modo que programó el despertador en su móvil a una alta hora de la madrugada y se recostó en la cama entre todos aquellos cojines. Había que esperar.

El tono del despertador resonó más de lo esperado en medio de aquel silencio y Fran se afanó por acto reflejo en apagarlo lo antes posible a pesar de estar aún prácticamente dormido. Al abrir los ojos sintió una fuerte sensación de frialdad en el ambiente. Según el reloj de su teléfono eran las cuatro de la madrugada, de hecho era lo único que podía ver en ese momento, todo estaba oscuro salvo la parte del cuarto más próxima a la ventana, por la cual entraba un haz de luz natural. Al incorporarse se volvió imperativo hacer uso de la ropa de abrigo que le habían proporcionado, el frío era seco pero rotundo. Se aproximó de nuevo a la ventana y contempló el motivo de tanta iluminación, había luna llena. Cientos de puntos blancos se esparcían sobre un manto tan negro como el vacío, una noche estrellada de belleza inquietante. En el patio no había nadie, ni siquiera el guardia en la entrada del palacete, y tampoco se oía ningún ruido en las habitaciones contiguas. Ya no había motivos para no intentarlo, así que comenzó a levantar su pierna derecha para voltearla a través del marco, pero un detalle extraño llamó su atención. En la lejanía, cerca de la atalaya, un conjunto de nubes resplandecían en el cielo en tonos rosados y purpúreos, algo que interpretó sobre la marcha como un fenómeno atmosférico de gran singularidad. Al fijarse con más detenimiento, varias formas humanoideas parecían agruparse alrededor de una insólita hoguera cuyo fuego compartía los colores de aquellas anómalas nubes, algunas de ellas permanecían inmóviles formando una fila. La distancia hacía imposible dilucidar más datos sobre aquella incomprensible visión. Fuera como fuese, el siguiente paso estaba claro, de modo que sin más dilación sacó todo el cuerpo hasta quedar en equilibrio sobre el pequeño saliente y con la espalda pegada a la pared. La altura hasta el suelo del patio parecía aún mayor con tanta oscuridad, recordaba a unas enormes fauces de alguna criatura

primigenea de la mitología; ya no podía estar seguro de si el frío se lo provocaba el ambiente o sus propios nervios.

Paso a paso fue avanzando y revisando cada ventana antes de cruzarla. Para su sorpresa, solo uno de los invitados estaba en su dormitorio sumido en un plácido sueño, el resto de cuartos estaban vacíos. Una vez alcanzado el final del trayecto concluyó que era mejor opción la ventana, más próxima a su posición de lo que aparentaba desde la lejanía, y por la cual se accedía a la sala capitular donde tuvo que esperar justo antes de reunirse con Arsenè. La otra opción era trepar hasta el tejado por aquella pared de piedra rugosa con el consiguiente riesgo añadido, y no solo por la dificultad sino por el hecho de no saber si existía algún acceso viable al interior desde la azotea.

A pesar de que la ventana estaba más cerca de lo que creía, el movimiento que debía realizar era arriesgado. El detective alargó su mano hasta agarrar con firmeza la jamba del marco. Cuando afianzó el agarre extendió su pierna derecha hasta posar el pie en el alfeizar, solo entonces pudo liberar su mano y abrir la ventana. El resto fue sencillo. Una vez dentro se detuvo a escuchar, pero todo estaba en completo silencio. Con el fin de asegurarse, se acercó a la escalera que descendía hasta la planta principal y se echó al suelo asomando solo la cabeza, lo justo y necesario, hasta que su vista abarcó el espacioso distribuidor donde horas antes había estado el guardia que le abrió la puerta. No había nadie. Al levantarse y acercarse a la oficina de Arsenè le invadieron las dudas. Aún así, asió el frío pomo y comenzó a girarlo emitiendo un chirrido que, aunque muy leve, resonó a sus anchas por toda la sala. Una ranura de pocos centímetros era suficiente para comprobar que la más absoluta oscuridad inundaba la oficina. Era poco probable que hubiera alguien dentro, de modo que empujó la puerta un poco más hasta que pudo acceder y volvió a cerrar. Sus pulsaciones se dispararon al no ver absolutamente nada. Una vez más, su móvil hizo las veces de linterna para iluminar aquel océano de penumbra. El aire era más cálido que fuera, posiblemente por el recubrimiento hermético de madera en todo el cuarto. La luz del teléfono iba revelando poco a poco el escaso mobiliario. Al aproximarse al armario comprobó sin mucho asombro que el cerrojo estaba echado, era de esperar que un hombre como

Arsenè no cometiera el error de dejarlo abierto. Entonces, como si de una señal se tratase, alumbró la mesa y divisó lo que parecía ser la chaqueta del francés reposando sobre en el sillón del escritorio. Sin demora se acercó y registró los bolsillos en busca de la llave. Para su decepción, no encontró nada. La única expectativa residía ahora en los tres cajones del escritorio, cajones que no tardó en inspeccionar a conciencia. Pero tampoco estaba allí. Las opciones se habían agotado y con ellas la oportunidad de forzar el mueble y revisar el arma. En el fondo sabía que las posibilidades de éxito de aquella incursión eran mínimas. De modo que, tras resoplar con cierta decepción, se encaminó hacia la salida. Su paso se vio interrumpido por un minúsculo pormenor que llamó su atención. Al bordear la mesa, un finísimo hilo de luz apareció y desapareció sobre la pared que había a su izquierda. Extrañado, Fran se lo achacó a su estado de tensión. Por acto reflejo retrocedió y el haz de luz volvió a aparecer sobre la pared. Al verlo más de cerca se dio cuenta de que esa luz no era un reflejo, sino que procedía desde el otro lado de la pared. Con su única mano libre palpó la superficie tan rápido como pudo en busca de un interruptor. Un crujido proveniente del otro lado de la sala le hizo girar bruscamente dándole un susto que volvió a poner sus pulsaciones al máximo. Al alumbrar comprobó que no había nadie, y que debió ser la madera al dilatarse por la diferencia de temperatura, pensó intentando calmarse y centrándose de nuevo en la pared. Los nervios le hacían buscar cada vez más enérgicamente algún resorte pero no halló nada. Rendido, decidió apoyar la cara contra la pared para intentar escuchar algo del otro lado. Debido a la oscuridad no calculó bien la distancia y golpeó con el rostro la madera empujándola. Casi a la par que el impacto sonó un clic y parte de la pared sobresalió convirtiendo el fino haz de luz en un foco mucho mayor. Una trampilla de su altura se había abierto descubriendo una habitación anexa mejor iluminada. La primera reacción del detective fue ser precavido y revisar si estaba solo. La sala era una especie de biblioteca. Casi no se percató de que una figura grotescamente desfigurada le estaba observando desde el fondo del cuarto. El pavor que le provocó aquella desnuda y repulsiva visión le dejó paralizado, jamás había visto nada semejante. A pesar de su forma humanoide ni un solo órgano o atributo anatómico estaba donde debería estar. Pasó casi medio minuto hasta que el investigador se dio cuenta de que aquel ente invadido por las deformidades no era más que una escultura de gran realismo. Así y todo, el desasosiego de sentirse observado por ella hacía que resultara un esfuerzo tanto mirarla como entrar en la habitación. Con gran esfuerzo por

su parte, Fran se acercó un poco más y contempló que era cada vez peor cuanto más se distinguía. Una sensación febril y ganas de vomitar empezaron a minar sus sentidos, de modo que se giró llevándose la mano a la boca y tratando de borrar de su mente lo que acaba de ver. Al levantar la mirada vio que en la pared junto a la trampilla una especie de tirador. Cayó en la cuenta de que ese lado del muro coincidía con la vitrina del despacho. Al tirar de él extrajo una mampara que, para su asombro, era la parte interior del armario donde estaban las armas. Allí estaban todas, aunque a él solo le interesaba una, el problema es que no era el mejor sitio para examinarla. La curiosidad se impuso al sentido común cuando clavó la rodilla en el suelo, dejando el móvil sobre su muslo y examinando con ambas manos el revólver blindado. La placa de metal de su parte central se deslizó hacia delante descubriendo y expulsando mecánicamente hacia fuera el tambor, un tambor con forma de rombo al que sólo le quedaba una bala. Ya no había duda, era La muerte nómada lo que sostenía entre las manos. La cuestión ahora era si llevarse consigo aquella arma. Si Arsenè se daba cuenta de su ausencia no habría mayor sospechoso que él. Por otra parte, su estancia allí no podía prolongarse demasiado y tampoco había razones para que el francés repasara una por una las armas de su colección. De modo que se guardó el revólver en el abrigo, dejó la vitrina como estaba, salió a la oficina y cerró la trampilla. Era hora de volver a su cuarto.

Allí estaba de nuevo, haciendo equilibrio sobre el alfeizar del edificio con la espalda pegada a la fachada y el viento helado congelando su rostro y sus manos, solo que ahora regresaba a su dormitorio con el objetivo cumplido. Justo cuando estaba llegando volvió a divisar la atalaya, pero no era momento de detenerse. Una vez en su cuarto pudo observar la escena con más calma, una calma muy relativa. Lo cierto es que desde su posición y sin unos prismáticos difícilmente podría descifrar lo que estaba sucediendo junto a la torre. Solo había una forma de saber más y desde su cuarto no lo iba a conseguir. Entonces sintió la tentación de hacer otro dislate un poco menos arriesgado. Sin pensárselo mucho más escondió el revólver bajo el colchón y se dirigió a la puerta. La abrió lo bastante como para saber que el pasillo estaba vacío. De modo que salió, cerró con llave y se la guardó en el bolsillo. Descendió a oscuras por las escaleras y cruzó el salón, ahora desierto, donde se sirvió la cena hacía solo unas horas. Resultaba extraño no haberse encontrado con absolutamente nadie durante toda su expedición. Una vez en el patio buscó con la mirada el resquicio por donde Arsenè y Aaminah desaparecieron después de la velada. Al fondo a la derecha, justo en la esquina que conformaban dos edificios, se podía vislumbrar que los muros no estaban unidos. Lo cierto, razonó Fran para sí, es que no resultaba necesario moverse sigilosamente entre las sombras como un espía profesional, de hecho era preferible aparentar naturalidad, pasear, y en caso de toparse con alguien explicar con calma que no podía dormir y estaba dando un paseo por los alrededores. No había nada que ocultar, después de todo lo peligroso ya estaba hecho. En el peor de los casos le sugerirían amablemente volver a su cuarto, supuso.

Con paso lento atravesó el patio hasta llegar al hueco formado entre los dos edificios. Al cruzarlo se encontró frente a un camino de piedra con una leve

inclinación ascendente, y por detrás de este a unos veinte metros se encontraba la valla que delimitaba el perímetro. La noche estrellada favorecía vagamente la visión y cuanto más avanzaba por la cuesta mejor se definían las siluetas que estaban junto a la atalaya. En primera instancia le resultó difícil de asumir lo que creyó estar distinguiendo. Varias figuras formaban de pie en fila, con la vista al frente y permanecían quietas y totalmente desnudas mientras otras, ataviadas con túnicas, parecían estar dibujando algo en sus cuerpos o recubriéndoles de una plasta brillante similar al barro. Empezaba a temer que su excusa del paseo relajante en mitad de la noche no fuera suficiente si le descubrían contemplando aquel ritual, o lo que fuera que estaban haciendo. La curiosidad jalaba de él y le incitaba a salir del perímetro para acercarse más a la surrealista escena, pero la sensatez le indicaba lo contrario, ya había tentado a su fortuna bastante por esa noche. La mejor opción era volver a su dormitorio y descansar en la medida de lo posible, no sin antes documentarlo todo en un par de fotografías que hizo con su móvil. Con un poco de suerte, nadie se percataría de sus actos antes de su partida.

A la mañana siguiente, con el sol sobre el cielo y el desayuno sobre la mesa, Fran intentaba con todas sus fuerzas aparentar normalidad. Todavía sin el más mínimo apetito se obligó a degustar algunos de los alimentos de la mesa con tal de transmitir una sensación de serenidad al resto de los presentes, los cuales se vieron claramente disminuidos en número. Muchos de los que recordaba todavía no se habían presentado y algunos de los que ya estaban allí se comportaban de forma extraña, cual autómatas.

Pocos minutos después Arsenè hizo su aparición junto a Aaminah. Parecía estar bastante satisfecho, su expresión era tan afable como en su primer discurso, quizá más.

- Amigos, ¿podrían prestarme atención un instante? Debo anunciarles algo importante – exclamó atrayendo la atención de todos. El detective sintió un repentino ardor por lo que fuera a decir el francés – Debido a asuntos que

requieren mi presencia, me temo que debo ausentarme inmediatamente. Pueden pasar aquí el resto del día o marcharse cuando lo deseen. Mi ayudante – señaló a Aaminah – hablará con todos ustedes para darles las indicaciones pertinentes. Les ruego que me disculpen. Ha sido un placer conocerles.

El francés nada más concluir el discurso comenzó a despedirse individualmente de todos los presentes acompañado de su bellísima ayudante. Fran creyó conveniente levantarse de su asiento y aproximarse a Arsenè, no habría mejor forma de saber si se había dado cuenta de la ausencia del revólver en su arsenal o si sospechaba de él. Un primer cruce de miradas seguido de una sonrisa complaciente fueron buena señal.

- Gilbert – estrechó la mano con fuerza – Lamento que tenga que irse, espero que no sea nada grave.

- No se preocupe, Fran, no es nada que no tenga solución – negó con la cabeza – Pero debo encargarme personalmente de ciertos asuntos. Por cierto, hay algo de lo que querría hablar con usted antes de marcharme, aunque preferiría hacerlo en otro lugar. ¿Sería tan amable de acompañarme?

- Claro – afirmó un tanto receloso.

- Bien... Sígame, por favor.

El francés dejó a Aaminah con el resto de invitados y se dirigió a la salida trasera acompañado por el joven español. Durante el paseo, a la altura del patio, se unió sobre la marcha uno de los hombres de Arsenè. Era uno de los dos que pasaron lista el día anterior en el acceso al recinto, concretamente el más corpulento. Este les siguió manteniéndose un par de pasos por detrás de Fran el resto del camino. La dirección que estaban tomando les llevaba directamente al edificio donde el detective estuvo la pasada noche, algo que interpretó como una mala señal.

- Ayer me preguntó por nuestras técnicas – indicó Arsenè con total serenidad mientras hacía un gesto para que le abriesen el portón. Una vez dentro se dirigió hacia una gruesa puerta de madera ubicada en el extremo derecho del amplio distribuidor. Se detuvo frente a ella y se giró hacia Fran – Esta noche he estado pensando, y no me parece justo que deba marcharse con tan poca información. Así que he decidido mostrarle algo... – aseguró mientras abría la puerta descubriendo una escalera de caracol de piedra que descendía y le invitaba implícitamente a pasar sin hacer gesto alguno. El detective empezó a sentir una fuerte inquietud en su estómago a modo de alarma. La idea de huir pasó como una estrella fugaz por su mente pero fue descartada al volverse y encontrar al hombre que les había seguido con una expresión poco amistosa. Trató de calmar sus nervios antes de hablar.

- No es necesario, Gilbert, si cree...

- Insisto – interrumpió Arsenè entonando aquella palabra más como una orden que como una invitación.

Poco más se podía analizar de la situación, ni siquiera se veía mucho más allá de la puerta debido a la falta de ventanas en las paredes y la tenue luz que se colaba desde su posición. Sin más alternativa, el detective cruzó y empezó a descender seguido por el francés y su guardaespaldas a juzgar por el ruido de pasos que se oían tras él y que se mezclaban con los suyos propios. Cuanto más profundo bajaba más se arrepentía de no haber tomado una decisión alternativa. Los escalones eran irregulares y un par de veces se vio obligado a apoyarse en la pared de fría roca para evitar hacer el resto de la bajada rodando. Unos cuantos peldaños más tarde se descubría ante él lo que parecía ser una pequeña sala de control desierta, similar a la que hay en las cárceles, que hacía de preludeo a un pasillo enrejado propio de una prisión tercermundista. Una mesa pegada al muro derecho, una silla justo detrás de ella y una docena de monitores planos numerados anclados a la pared eran el único ornamento entre esos muros. Por acto reflejo, Fran avanzó un par de pasos y ojeó el lúgubre corredor que se extendía tras la reja vislumbrando varias puertas metálicas a ambos lados hasta donde alcanzaba la escasa luz.

Definitivamente aquel sitio tenía todos los elementos de una mazmorra.

- Moldear una mente es como la maleabilidad del metal incandescente – aleccionó Arsenè sacando a Fran de su observación – Se puede conseguir cualquier forma imaginable con la técnica adecuada, pero al igual que el metal, la mente tiene sus límites antes de fragmentarse definitivamente. Unos límites que no deben cruzarse.

- Con fragmentar debo suponer que se refiere a la locura... – replicó Fran sin saber muy bien por qué. El guardia hizo su entrada y se situó junto al francés con los brazos cruzados.

- No – negó rotundamente – La locura, como la sociedad la califica, es un estado mental como cualquier otro, pero sólo es un comportamiento que dista de las normas establecidas. Yo hablo de romper la consciencia, la noción de la realidad, de incapacitar una mente por completo. Sería como un recipiente vacío, no sirve para nada, salvo en determinados casos – el detective no era capaz de articular palabra. La situación empeoraba por momentos – Creo que ha llegado el momento de saciar su curiosidad. Mire las pantallas... – indicó señalando con la mano a la par que se situaba junto a Fran frente a los monitores. Casi la mitad estaban apagados, pero el resto, cuya calidad de imagen era discutible además de estar en blanco y negro, mostraban en perspectiva isométrica media docena de celdas, algunas de ellas con un diseño fuera de lo común. Dentro de cada calabozo había un recluso en estado deplorable, hombre o mujer, y en distintas posiciones y actitudes – Mire el número dos... – ordenó Arsenè. En la pantalla, cuya imagen se diferenciaba del resto por ser alguna clase de infrarroja, podía verse un hombre vestido con ropas elegantes aunque muy desgastadas, deambulando frenético y de forma errática con los brazos extendidos palpando el aire. Al mirar más de cerca Fran se percató de que una especie de malla recubría el suelo, las paredes e incluso un saliente rectangular que hacía las veces de camastro – ¿Alguna vez ha visto de cerca la impotencia, Fran? – preguntó tratando de contener una sonrisa tras sus labios. El francés extendió la mano hasta el panel de control y pulsó uno de los botones. La celda se iluminó de repente y el encarcelado saltó bruscamente cayendo al suelo retorciéndose y gritando de dolor. Arsenè no levantaba el dedo del botón mientras los gritos desgarrados se filtraban a

través del pasillo rebotando cada vez con más fuerza sobre las frías paredes de piedra y llegando más nítidas hasta la sala de control. El resto de presos también sintieron los alaridos y miraron en todas direcciones acobardados. Fran sintió un fuerte escalofrío en su espalda y el impulso lógico de acabar con aquella desagradable escena. Arsenè parecía inmune y le miraba indiferente mientras permanecía inmóvil y el sufrimiento del pobre encarcelado iba en aumento, el cual se arrastraba por el suelo desesperado buscando un resquicio sin electrificar.

- Creo que ya lo entiendo – intervino Fran con voz entrecortada.

- Ni mucho menos – replicó Arsenè levantando el dedo y poniendo fin a los berridos de su víctima – Comprendo su reacción. Es normal sentir lástima por alguien de quien no sabe nada. ¿Recuerda lo que dije la primera vez que nos vimos? En este mundo hay personas que no merecen dormir mientras otros sufren en vela por sus acciones. Ese hombre – señaló el monitor – entraba en las casas de noche a robar y violar sin piedad a seres honrados, pero no volverá a conciliar un plácido sueño cuando hayamos moldeado su mente. Cada vez que cierre sus ojos sentirá como el daño que ha hecho a otros cobra vida en la oscuridad y se vuelve en su contra.

- Gilbert...

- Mire el número 6 – interrumpió sugestionado mirando a una joven desnuda que se acurrucaba aterrorizada en la esquina de su celda y cuya belleza seguía siendo obvia a pesar de su lamentable estado. Otro interruptor fue pulsado y un ruido metálico que recordaba a una compuerta de hierro desplazándose dio paso a una lluvia de docenas de pequeñas siluetas alargadas y sinuosas que Fran no identificó a priori. La joven abrió los ojos y la boca con tal ímpetu que pudo verse incluso a través de aquellos monitores con una resolución tan inexacta. Las siluetas cobraron vida al caer al suelo y la mujer empezó a temblar y a chillar histérica mientras trataba de huir aplastando su espalda contra la pared. El detective se dio cuenta entonces que aquellas formas eran distintas clases de serpientes, las cuales inundaban cada vez con más rapidez todo el suelo de la celda. La chica se subió presta al camastro pero Arsenè volvió a usar el panel y la cama se replegó rápidamente dentro de la pared tirando a la joven sobre aquella marea de sierpes que no tardaron en morderla por todo el cuerpo – No son mortales, por si se lo está preguntando. La

finalidad de este ejercicio no es matar, sino hacerle sentir a esta mujer la misma conmoción que ella ha provocado decenas de veces en otros hombres aprovechando la combinación de un hermoso cuerpo y un corazón tan negro como una marabunta de víboras. Pero cuando hayamos terminado de curarla, su interior será tan bello como su exterior.

- ¿A esto llama curar? ¿A torturar a la gente hasta dejarla traumatizada? – cuestionó Fran, que ya no pudo resistir más en silencio ante aquella atrocidad – ¿De verdad cree que alguien sometido a esta salvajada puede volver a su vida como si nada hubiera pasado?

- De entre todos los invitados le he elegido a usted por algo, señor Álamo. Es usted joven y aún no está corrompido por los estándares de la sociedad. Esperaba que entendiera la finalidad de lo que hacemos aquí.

- No hace falta ser joven para entender que se lucran secuestrando a gente y cobrando por torturarla durante un tiempo, por venganza, envidia o lo que se les ocurra – el detective era consciente de que estaba cavando su tumba al contradecirle pero no se sentía capaz de continuar con la farsa de su personaje.

- No es cuestión de venganza, Fran, ni siquiera de justicia. Es cuestión de equilibrio.

- Llámelo como quiera, nadie se merece lo que les hacen aquí.

- Me decepciona, Fran... – aseguró negando con la cabeza – Comprender nuestras terapias era su pasaporte de salida. Estaba dispuesto a pasar por alto sus... acciones de anoche. Pero ya veo que no vamos a llegar a ningún acuerdo.

- Eso parece – el español se preparó para actuar, pero entonces el secuaz sacó de debajo de su camisa una pistola y la sostuvo entre sus manos cruzadas.

- Llegados a este punto... ¿hay algo que quiera decir antes de que demos por finalizada la reunión?

Tras el ultimátum de Arsenè todo quedó en silencio. Los atormentados gritos cargados de desesperación e impotencia seguían filtrándose por el tétrico pasillo de fría roca, atravesando la desvencijada reja de metal que hacía de compuerta y que no suponía ningún obstáculo para evitar que aquel derroche de sufrimiento y agonía llegase hasta la reducida sala subterránea donde se encontraban. Los alaridos eran ya bastante carga de angustia para el detective pero aún así su mirada se desviaba involuntariamente hacia los monitores de la pared que describían las escenas de horror que los provocaban y que se estaban sucediendo a pocos metros de su posición. No eran imágenes apabullantes sólo por su carga de sadismo, sino porque casi con toda certeza él sería el siguiente.

- Estoy esperando – advirtió el francés, que seguía impertérrito frente al detective.

Los segundos se hicieron eternos y las posibilidades se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. A pesar de su preparación física y marcial el detective era consciente de que no podría desarmar a tiempo al secuaz y aún logrando esa hazaña restaría el imponente francés, que a juzgar por su porte y a pesar de su edad no parecía una presa fácil de reducir. Su única oportunidad era usar el revólver que escondía en la parte trasera de su pantalón y que ya empezaba a palpar con las yemas de sus dedos. Por desgracia, sólo disponía de un disparo, y las consecuencias eran impredecibles. Las órdenes de la misión fueron claras, localizar e identificar, pero su arrogancia una vez más le había llevado por el peor camino y ahora se enfrentaba a un final nefasto, peor que cualquier otro que hubiera podido imaginar.

El tiempo para tomar una decisión se había acabado. El francés hizo un leve gesto mirando de reojo a su hombre y este levantó su brazo apuntando con su pistola al joven detective. Ya no había nada que pensar. Esa teoría que llevaba días revoloteando por su mente desde que hablara con Alejandro después de aceptar la misión era su última esperanza. Tanto si estaba en lo cierto como si

no, era su única posibilidad de salir vivo de allí.

Alejandro seguía esperando impaciente en Plaza Nueva, delante de la imponente fachada de la Real Chancillería frente a la Iglesia de Santa Ana. Su desplazamiento hasta el centro de Granada no había sido un viaje de placer, no esta vez. La razón que le impulsó a visitar a su superior, Javier Mora, era la ausencia de información acerca de su amigo Fran, que partió hacía ya cuatro días con destino a Argelia. Su insistencia a base de llamadas telefónicas no obtuvo respuestas más allá de la indiferencia, de modo que se vio obligado a pedir explicaciones en persona. Aunque él sabía perfectamente que poca o ninguna potestad poseía para ejercer presión sobre un superior.

A pesar de haber estado frente a aquel edificio en repetidas ocasiones, su magnificencia y su simbolismo no dejaban de sorprenderle, una visión que trató de usar para distraer sus preocupaciones y el tiempo de espera. En este caso su mirada se centró en el recargado balcón central, situado justo encima del portón principal. Estaba adornado con columnas corintias, era el de mayor tamaño de los tres balcones que la fachada presentaba y sobre él descansaba un escudo de España y las estatuas de La Justicia y La Fortaleza, ambas sentadas sobre el frontón. Como último complemento, las banderas de España y Andalucía sobresalían por encima de la barandilla del balcón.

La Real Chancillería de Granada era públicamente utilizada como sede del Tribunal Superior de Justicia y Fiscalía Superior de Andalucía, pero en su interior se habilitaron varios espacios logísticos, incluyendo parte del Archivo, para miembros y actividades de La Agencia. Otra de las ventajas de ese enclave era su restricción absoluta de acceso al público ajeno a asuntos relacionados con la justicia, salvo días concretos del año.

- ¿Alejandro? ¿Qué hace usted aquí? – preguntó un hombre entrado en años de baja estatura y bien vestido rompiendo a Alejandro su concentración.

- Javier – respondió entre el alivio y la sorpresa al verle – Le estaba esperando.

- Espero que no sea por el asunto de ese joven, ya le he dicho que no debe preocuparse.

- Créame, sería un error subestimar...

- Este no es lugar para hablar del tema, sígame – interrumpió con su habitual tono militar.

La reacción del profesor Mora no sorprendió a Alejandro, que no vaciló en seguirle a través del portal y los ostentosos pasillos de caracteres y decoraciones medievales que conducían hasta un patio central sin techar y las enormes escaleras de piedra que desembocaban en la segunda planta. Como de costumbre había gran movimiento de oficiales, oidores, alcaldes y fiscales pertenecientes a las seis salas de justicia, algunos de ellos cruzaban sendos saludos con el profesor a su paso.

- Le dije que no era buena idea – comentó Alejandro ya en la planta superior mientras se dirigían al fondo de uno de los pasillos – Fran es un buen chico pero no sabemos cómo ha podido reaccionar a... –

- Se está dejando llevar por motivos personales, y ya sabe lo que opinan mis superiores y yo mismo acerca de esa actitud – apuntó con seriedad. Javier se detuvo frente a la puerta de su despacho y se giró hacia el historiador – Le recuerdo que ese joven aceptó bajo su propia responsabilidad, y no hay más que hablar.

- No sólo me preocupa lo que le pueda pasar. Sino lo que él pueda hacer...

– corrigió Alejandro. Javier quedó un instante en silencio descifrando aquella advertencia. Finalmente y tras un minúsculo suspiro sacó una llave del bolsillo y abrió la gruesa puerta de madera. Dio un último vistazo a Alejandro justo antes de darle la espalda y entrar.

- Vuelva a Málaga, le informaré en cuanto... – su orden se vio interrumpida al sentir un frío metálico en la sien que le dejó petrificado.

- Sorpresa, viejo – murmuró una tercera presencia con innegable carga de ira. Esa voz resultó familiar a Alejandro, que se asomó al marco de la puerta para descubrir que pertenecía al mismo hombre por el que había viajado hasta allí.

- ¡Fran! – exclamó debatiéndose entre la alegría y la inquietud al ver que estaba encañonando a su superior.

- ¿Cómo me ha encontrado? – cuestionó el profesor Mora, cuya arrogancia le instaba a mantener la vista al frente a pesar de la delicada situación en la que se encontraba.

- Ese es mi trabajo, ¿recuerda?

- Debo admitir que estoy sorprendido...

- Cierra la boca, hijo de puta. Ni te imaginas el problema en el que me has metido.

- Cállese. Esto no es necesario. Ya no tiene...

- ¡Que cierres la boca, joder! – gritó el detective apretando los dientes y empujando la sien de Javier con el cañón del arma – Yo ya estoy muerto, es cuestión de tiempo que me encuentren. Pero a ti... a ti te llevo conmigo.

- Fran, espera – reclamó Alejandro tratando de calmarle, por desgracia su amigo estaba fuera de sí – Hay algo que no sabes...

- Hágle caso – sugirió su superior. Al girar la vista hacia el lado del arma contempló atónito el resto del revólver, era La muerte nómada. Su expresión de arrogancia cambió repentinamente para dar paso a una de profundo estupor

– ¿Cómo ha conseguido...?

- No haya nada más que hablar – afirmó el detective con rotundidad.

- ¡Fran, no!

- Adiós – se despidió mientras apretaba el gatillo.

El chasqueo mecánico del percutor retumbó en la habitación provocando que ambos cerrasen los ojos y alzaran las manos por acto reflejo en un vano intento por detener la bala. Inesperadamente, el sonido del disparador fue el único que oyeron ya que no produjo ninguna reacción en el arma. Javier y Alejandro, aún con la respiración contenida, abrieron sus ojos de nuevo y contemplaron estupefactos a un Fran sonriente, el cual sostenía y mostraba con su otra mano una pequeña bala de color plateado.

- Con esto hace más ruido... – dijo mientras volteaba el revólver con un hábil gesto de muñeca y lo enfundaba en su pantalón. Su amigo resopló aliviado – Por cierto, han dicho que hay algo que no se. Si se refieren a que Arsenè es miembro de La Agencia y que lo de Argelia ha sido una prueba y no una misión, no se molesten en explicármelo, lo supe al poco de leer el informe.

- ¿Y cómo te diste cuenta? – preguntó Alejandro con gran curiosidad.

- La verdad es que tú me diste la idea. El día antes de partir tomamos un café, y cuando estábamos a punto de irnos me dijiste que le comprase un perro a Eli. Entonces me vino a la memoria un libro de curiosidades que leí hace años, tenía relación con el título del informe: JPB-1785.

- ¿Y qué? – cuestionó de nuevo sin entender nada.

- Jean Pierre Blanchard – al mencionar ese nombre una expresión de complicidad se dibujó en el rostro del profesor Mora – Un inventor francés del siglo dieciocho conocido por su aportación al mundo de la aviación, pero

recordado por un dato curioso. Para demostrar el funcionamiento de su paracaídas lanzó a un perro durante uno de sus viajes en globo en 1785. Esto podría haber sido una simple casualidad, pero luego vi el código asignado al revólver, el 701. Blanchard lanzó al perro el siete de enero.

- ¿Sólo por eso creíste que todo era una farsa? – cuestionó el historiador incrédulo.

- No, lo cierto es que cuando llegué a Ouargla empecé a tener mis dudas. Habían montado una feria muy convincente: otros invitados, convite, así que pensé que aquel sitio debía tener alguna utilidad aparte de hacer entrevistas de trabajo, por decirlo así. Tampoco entendí por qué me enviaron, después de todo yo encontré el libro y descubrí a Pedersen en Pluckley. ¿No eran pruebas suficientes para entrar en La Agencia?

- Le recuerdo que el libro llegó a sus manos por mera casualidad, y de no ser por nuestra intervención usted habría sido devorado por Pedersen, o algo peor. De modo que... si, debíamos ponerle a prueba. Su resistencia a la tensión, al peligro, a lo inexplicable, a las distracciones, su capacidad de interpretación, sus dotes de comunicación, su implicación...

- Eso no se lo voy a discutir... – confesó Fran con cierto pesar.

- ¿Qué más detalles te hicieron sospechar? – intervino Alejandro de nuevo.

- El primero fue Abdel. Sus reacciones y respuestas ante mis preguntas sobre la misión y el revólver parecían improvisadas. Sobretudo cuando le pregunté por el patrón de teletransporte que podía seguir el arma cada vez que se disparaba y su indiferencia ante la posibilidad de encontrar el arma. En segundo lugar, Abdel me llevó hasta el evento y dijo que me esperaría hasta que acabase, estaba convencido de que duraría solo unas horas, pero luego resultó que tendría que pasar la noche allí. Me resultó un poco raro que no lo supiera teniendo en cuenta que Gilbert hace ese tipo de evento varias veces al año, según sus propias palabras. En tercer lugar está el asunto de la habitación. Cuando subí a elegir una, solo tres personas habían subido antes que yo, sin embargo, las cinco habitaciones de la izquierda ya estaban adjudicadas. Una casualidad muy beneficiosa para aquel que pretendiera que yo viese desde mi ventana el ritual que se celebró junto a la atalaya, por no

mencionar la tentadora posibilidad de acceder al edificio donde se encontraba el despacho de Gilbert. Desde los otros dormitorios ambas cosas habrían sido imposibles. La cuarta razón es el propio Gilbert, un gran actor, con gran carisma debo admitir. Durante nuestra primera charla pude notar que yo no era de su agrado, como posible recluta para La Agencia quiero decir, por eso dejó a medias una conversación de negocios que iba por buen camino y que podría haber sido muy beneficiosa para él si realmente era el líder de una organización ilegal. No había otro motivo para dejar escapar la oportunidad. Sin embargo, al día siguiente sintió un renovado interés por mí al darse cuenta de que, no solo había accedido a su despacho durante la noche, sino que además me había hecho con el revólver. No podía dejarme ir con él, eso me hizo pensar que quizá entre todo aquel montaje, y por raro que suene, La muerte nómada era lo único real. Así que me llevó hasta una sala con monitores y... bueno, digamos que trató de intimidarme ayudándose con ciertas artimañas, muy elaboradas debo decir. Admito que ese fue el peor momento, en el que más dudas tuve. Pero ya daba igual, así que le conté a Gilbert lo que les acabo de contar y me dio la razón, bastante impresionado debo añadir.

- ¿Y dejó que se llevara el arma? Eso lo dudo mucho... – apuntilló Javier.

- Pues sí, me dejó, pero con una condición – respondió mientras se aproximaba al escritorio de la habitación. Allí dejó el arma y la bala plateada junto a un móvil que estuvo apoyado sobre un lapicero y enfocando hacia la puerta durante todo aquel rato – No sé qué clase de problema tendrá Gilbert con usted, pero me dijo que podía llevarme el revólver si le grababa en vídeo llevándose un buen susto. También me pidió que le dijese que esto es por lo de Salamanca, signifique lo que signifique. No añadió nada más. Eso es todo.

- Debo admitirlo, lo ha hecho mejor de lo que esperaba – Javier parecía furioso pero no con el detective – Si quiere el puesto es suyo. Le doy mi palabra de que no habrá más pruebas.

- Francamente, no me fio de ustedes. Así que puede darle el puesto a otro – respondió encaminándose a la salida – Una cosa más, si su mensajero vuelve a entrar en mi casa sin mi permiso le pego un tiro. Quedan avisados.

- Fran – el profesor Mora llamó su atención – Usted y yo sabemos que ha

visto cosas que ya no podrá borrar de su mente. Cosas que nunca tendrán explicación si no se une a nosotros.

El detective se detuvo junto a Alejandro y lo miró en silencio con expresión de decepción. Un instante después se giró hacia Javier.

- En esta vida, viejo, hay cosas que es mejor no saber.

- Estábamos todos sentados a la mesa y un colega mío llevaba varios meses en el gimnasio. Estaba obsesionado – narraba Ángel mientras Eli y Fran apuraban los restos de sus platos – Y empezó a decirme “Mira, mira”, y no paraba de hacer posturitas y sacar músculo. “Mira, mira”, “Mira, mira”. Cuando me harté saqué mi cartera llena de billetes, la tiré encima de la mesa y le dije “Mira, mira”.

Los tres echaron a reír al escuchar otra anécdota del psicólogo que terminaba como de costumbre con una de sus jocosas réplicas. El ambiente distendido durante la cena en un lujoso restaurante del centro de Málaga hizo olvidar a Fran los acontecimientos que habían tenido lugar días atrás. Ahora disfrutaba de la compañía de sus amigos como si el caso Álamo nunca hubiera tenido lugar en su vida.

- Siempre tienes que quedar por encima, Ángel, como el aceite – dijo Eli entre risas, cuya opinión sobre él había mejorado significativamente.

- Bueno – intervino Fran – sólo hay una persona que puede dejarte en evidencia, y la tienes delante.

- ¿De qué hablas? – preguntó Ángel.

- ¿Recuerdas aquel botellón en Estepona? ¿Recuerdas a Isa?

- Vale, ya sé por dónde vas...

- ¿Mi amiga Isa? – preguntó Eli.

- Si, esa. Aquí el señor – señaló a su amigo – no paraba de presumir que era un gran bailarín de salsa. Que el paso tal, el paso cual... Así que me acerqué al coche, puse una canción de Marc Anthony y me marqué un baile con Isa de los que ganan un concurso. Cuando acabé le dije que siguiera él, pero no lo hizo...

- Eso no fue así – dijo Ángel indignado mientras Eli y Fran no podían parar de reír.

- ¿Cómo que no? Siempre igual, tienes una memoria selectiva, colega.

- Voy al baño, a la vuelta pido la cuenta y nos vamos a un pub cubano que conozco. Te vas a tragar tus palabras...

- Tendrá que ser otro día – apuntó Fran mirando a Eli – Hoy tengo algo importante que hacer.

Tras pagar la cuenta y renunciar al desafío de su amigo, Fran invitó a Eli a pasar la noche en su casa. Ella aceptó con mucho gusto y se marcharon en el Lexus del detective que no podía creer lo maravillosa que estaba resultando aquella noche. Al llegar a Rincón de la Victoria, nada más bajar del coche comenzaron los besos y arrumacos que se fueron repitiendo e incrementando a lo largo del porche y que dificultaron la apertura de la puerta. Una vez dentro, la intensidad de los besos y abrazos aumentaron hasta hacer difícil la tarea de saber dónde acababa uno y dónde empezaba el otro. Como si de la bola de una máquina de pinball se tratara fueron chocándose con todos los muebles en dirección al dormitorio mientras se quitaban la ropa y regaban el suelo con ella. Al cruzar el marco de su cuarto, Fran cargó con Eli sobre su pecho y ella le rodeó con sus piernas. Un ágil movimiento de talón del detective cerró la puerta de golpe.

Horas después, cuando la pasión había dado paso a un placentero sueño, Fran abrió sus ojos y contempló varios segundos a la mujer que tenía junto a él en la cama. Recordó las palabras de Rafael Álamo sobre ciertas personas que

acaban siendo más importantes para nosotros que nosotros mismos. Algo había cambiado dentro de él. Ahora veía a aquella hermosa mujer de otra forma mucho más profunda. En cierto modo creyó comprender las acciones del señor Álamo tras un brevísimo viaje mental a un futuro lejano donde ambos eran unos adorables ancianos que habían compartido toda su vida juntos. Pero por otra parte no era capaz de borrar los hechos sobrenaturales en los que había sido participe últimamente.

Al pasar los minutos y no poder conciliar de nuevo el sueño, optó por levantarse y salir hasta el salón en busca de un cigarro. Al abrir la puerta con cuidado de no despertar a Eli sintió algo moviéndose a ras de suelo al otro extremo del pasillo, cerca de la entrada. Su primer impulso fue buscar su revólver, pero dado el tremendo desorden no tuvo más remedio que avanzar sin más protección que su ropa interior. Al acercarse a la puerta de entrada se asomó intentando reconocer lo que había provocado ese sonido de arrastre. Entre la oscuridad solo pudo vislumbrar la silueta de un rectángulo sobre el suelo a unos quince centímetros del burlete. Se aproximó hasta quedar justo delante y se agachó para recogerlo. En el fondo sabía lo que era antes de examinarlo, otro sobre como el que recibió para la falsa misión de La muerte nómada. Solo que esta vez el paquete tenía adherida en su esquina superior izquierda una tarjeta identificativa con los datos de Fran como miembro de La Agencia, y un símbolo dibujado justo en su centro: ?

Epílogo

La muerte, esa gran desconocida. Desde el principio de los tiempos ha resultado una incógnita para todo ser vivo y las distintas culturas han tratado de darle un significado a lo largo de la historia. Todas han especulado sobre qué es y cómo continúa la vida después de ella aplicando distintos rituales funerarios. Pero en el fondo no sabemos absolutamente nada de ella, salvo dos cosas: que nos alcanza a todos, y que es totalmente aleatoria.

¿Cuántas veces hemos visto casos de jóvenes que nunca han fumado, bebido o tomado drogas pero contraen enfermedades terminales mientras otros ancianos que han llevado una vida insalubre y sin control aún siguen entre nosotros? La justicia tal como la entendemos no forma parte del diccionario de la muerte. Es absurda y aleatoria, y no hay nada que podamos hacer para evitarla.

Epicuro decía: No temas a la muerte, y no temerás a la vida. Una gran verdad. De hecho, al llegar a cierta edad, nos damos cuenta de que hay una gran diferencia entre vivir y estar vivo, y nuestro modo de vida influye decisivamente. Hay quién vive intensamente unos pocos años y aprovecha su tiempo mucho más productivamente que otras personas que están vivas muchos más años, pero que en realidad no viven, más bien se dedican a estar aquí y dejar que el tiempo pase de forma rutinaria, día tras día, hasta que finalmente se les acaba. Pero esto no quiere decir que una forma sea mejor que la otra, no hay respuesta correcta en este tipo de cuestiones. Todo depende de la percepción que cada uno tenga sobre el concepto de aprovechar.

Por otra parte, los seres humanos tenemos un mecanismo en nuestro interior que nos obliga, literalmente, a luchar contra este final hasta nuestro último aliento. Más de una vez, por ejemplo, he oído a personas asegurar que si alguna vez padecían un cáncer no se sometería a tratamiento. Pero llegado el momento no han tenido más remedio que enfrentarse a ese veneno que los médicos llaman solución, pero que en el mejor de los casos cura una cosa y estropea otras diez. ¿Por qué lo hacemos? ¿Por qué pasamos cualquier calvario con tal de seguir en este mundo? Personalmente quiero pensar que en el fondo no lo hacemos por nosotros, sino por nuestros seres queridos. Pensadlo un instante. Misma situación, misma enfermedad, dos personas, una con familia y otra que no tiene a nadie. ¿Cuál de las dos creéis que se esforzaría más por seguir con vida? En el fondo, si lo piensas, a quien deja este mundo se le acaban los problemas, pero deja tras de sí un profundo dolor a otras personas que le aprecian y le quieren. Evitar ese sufrimiento a nuestra familia y amigos es lo que más fuerzas nos da para seguir adelante por muy oscuro que sea el camino.